

S E R G I O M I C C O A .

TODOS QUISIMOS SER H ROES

6º EDICI N



ced
Cultura de Estudios para el desarrollo

© Todos Quisimos ser Héroes

6° Edición

Sergio Micco A.

I.S.B.N. 956-7815-12-7

Inscripción N° 142.604

Primera Edición

Septiembre 2004

Centro de Estudios para el Desarrollo, CED

San Crescente 551 • Las Condes, Santiago

Tel.: 231 2723 • Fax: 232 6860

E-mail: ced@ced.tie.cl

A Todo Sur

Anibal Pinto N°509, Depto.1101

Fono: 41-522525

Email: atodo.sur@terra.cl

Web: www.atodosur.cl

Concepción

Diseño e Impresión

Gráfica Funny S. A.

Tels.: 544 0351 - 5440358

E-mail: jsolo@123.cl - grfunny@123.cl

Octubre 2006

Í N D I C E

	Págs.
Presentación / Una invitación a los jóvenes del bicentenario Emilio Soria - Héctor Altamirano	5
Prólogo de Gabriel Valdés S.	11
1. Todos quisimos ser héroes (y terminamos siendo villanos)	15
2. Si no le gusta la política actual, cámbiela. Pero no se limite a hablar mal de ella	21
3. Lecciones de Confucio para la entrapada política chilena	27
4. Pericles y el fracaso como fuente de civilización y de cultura	31
5. Sócrates y sus enseñanzas para Chile	35
6. Platón, los jóvenes y el amor por la política	41
7. Aristóteles y la maldita obsesión por la eficiencia	45
8. Aristóteles y la política de la amistad cívica	49
9. Cicerón, los jóvenes y la amistad	53
10. Cicerón y su elogio de la vejez	59
11. Agustín de Hipona, la crisis y el entusiasmo	63
12. El Mío Cid y el redescubrimiento de España	69
13. Santo Tomás y la política de la trascendencia	73
14. Maquiavelo y nosotros sus lamentables seguidores	77
15. El Consejo de Maquiavelo	81
16. Cuauhtémoc o de la fortaleza del líder	85
17. La maldición de Galvarino	91
18. Bartolomé de las Casas, la justicia y un lugar llamado Verapaz	95
19. Tras la huella de Don Quijote	99
20. Sor Juana Inés de la Cruz y la valentía de ser mujer	103
21. John Stuart Mill y la sagrada libertad	107
22. El pequeño Napoleón y el crecimiento económico	111

23. O'Higgins como hombre magnánimo	117
24. Un O' Higgins olvidado	121
25. La templanza y José de San Martín	127
26. Pedro de Braganza, un emperador latinoamericano del siglo XIX	133
27. Simón Bolívar o del amor por la república	137
28. Arturo Prat hoy	143
29. Otro 21 de mayo	147
30. Miguel Grau o de la magnanimidad	153
31. Teodora, Semíramis y las demás	157
32. Carlos Marx o de la primacía de la libertad	161
33. Jacques Maritain: un filósofo encarnado	165
34. Emmanuel Mounier y el ideal de vida burgués	169
35. Keynes, el salvador del capitalismo, y las jirafas de cuello largo	175
36. Roosevelt y José Santos Ossa	179
37. Gandhi o de la aspiración universal por la paz	185
38. Hannah Arendt y el milagro del nacimiento	189
39. Gabriela Mistral nos invita amar la Patria	195
40. Martín Luther King, la ilusión y la esperanza	199
41. El Padre Alberto Hurtado, la felicidad y la solidaridad	203
42. Profesión de fe	207
43. Gramsci o del amor por el terruño	213
44. Asamoah o del día en que Brasil derrotó a Alemania	219
45. Monseñor Ariztía y la hermana muerte	223
46. Ha muerto el maestro Jaime Castillo	227
47. Hugo Trivelli y la Reforma Agraria	231
48. Mientras nosotros vivamos, nuestros héroes y heroínas no morirán	239
49. En medio del combate. Un homenaje a Amado Nervo	245
Dos extraños sueños	249
50. La noche que conversé con Allende y Frei	251
51. Un raro sueño latinoamericano	267

EMILIO SORIA
PRESIDENTE
del Frente de Profesionales y
Técnicos de la Democracia Cristiana

HÉCTOR ALTAMIRANO
SECRETARIO GENERAL
del Frente de Profesionales y Técnicos
de la Democracia Cristiana

Una invitación a la generación del bicentenario

¿Por qué los jóvenes de la generación del bicentenario debieran llegar al poder? ¿Por qué la generación de jóvenes chilenos que hoy piden más democracia, mejor educación y justicia para todos debiera dirigirse a La Moneda, el Congreso, al Municipio, a los partidos y a cuanta instancia de poder democrático existe?

Sergio Micco, en este libro, aborda la tarea de responder a esta pregunta. En él nos explica porqué nuestros jóvenes deben atreverse a volar alto, muy alto, hasta las más altas cimas del servicio público. Nada menos que nos propone conocer, amar y seguir a héroes y heroínas.

Ustedes, los jóvenes lo necesitan y el país los necesita.

Sin poder estamos condenados a la impotencia. El poder es la capacidad de lograr nuestros objetivos. El poder es la base de la política. Esta última es el proceso a través del cual hombres y mujeres que tienen intereses distintos e ideas diferentes dialogan, se

ponen de acuerdo y deciden pacíficamente cual es la mejor forma de organizar la sociedad. Lo contrario a la política es la guerra. Cuando fracasa la política, es la violencia la que llega. Así ocurrió en Chile el 11 de septiembre de 1973. Y la política democrática es el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo.

Sabemos que muchos jóvenes de la generación de los noventa creen que no necesitan aspirar a gobernar Chile. De hecho, en su inmensa mayoría no se inscribieron en los registros electorales. Creen que con el mérito personal y el esfuerzo individual saldrán adelante. Lo anterior es cierto, pero sólo lo es para una ínfima minoría de jóvenes. Claro, cuando uno nace sano las cosas salen más fácil. Si además se nace en una familia educada que nos cuida, protege y educa, mejor aún. Pero anotemos inmediatamente que nacer inteligente, sano y en buena familia no tiene mérito alguno. Es sólo fruto del azar y de la decisión de la diosa Fortuna. ¿O hicimos algún especial esfuerzo por nacer donde nacimos? Para bien o para mal.

De ahí que necesitamos a los mejores, a los favorecidos por la lotería de la vida y de la sociedad, trabajando por los demás. Es decir, los necesitamos devolviendo a la vida y a la sociedad lo que ellas les regalaron. Eso se expresa en el evangelio cristiano a través de la parábola de los talentos. "Tanto te di, tanto debes devolverme". O, como lo señala un sociólogo comunitarista norteamericano Amitai Etzioni "Haz por tu comunidad lo que a ella le pides que haga por ti".

Y una forma superlativa de servicio a los demás es el trabajo conjunto para construir una sociedad más justa. Una ciudad donde los menos favorecidos por la vida, los que parten de muy atrás, tengan una oportunidad de ser felices. Lo contrario es egoísmo sin

más. Algunos te dirán que hay otras formas de servicio. Pero sólo la política aporta respuestas estructurales a los problemas de fondo de la sociedad chilena. Una cosa es hacer una colecta y regalar una "Media agua". Dios lo reconocerá y el poblador lo agradecerá. Pero mucho mejor es dictar una buena ley de presupuesto que adjudique más dinero a salud, educación, vivienda y trabajo para todos. Eso es justicia, dar a cada uno lo suyo, y no sólo compasión. Que muy necesaria es.

Para otros, los que practican un feroz individualismo, lo dicho les deja indiferentes. Mal que mal, si la diosa Fortuna les sonrió, mala suerte para el resto. Estudiar, trabajar, pagar impuestos, ser un ciudadano que cumple las leyes y a pasarlo bien. ¿Qué de malo tiene lo anterior?

Nosotros les preguntáramos ¿vivirán felices en una ciudadela fortificada, temerosos de los que están afuera? Por que trabajar por los demás no es sólo cuestión de conciencia y decencia, sino que de conveniencia.

La conciencia universal dice "Haz por los demás lo que te gustaría que hicieran por ti". La decencia dice que hay algo de grotesco en el hecho que mientras unos veranean en lujosos centros de turismo, otros luchan por tener algo que comer en un campamento. Y la conveniencia dice que en un país de injusticias, más temprano que tarde llegará la pobreza en los duros rostros de la mendicidad, el narcotráfico, la delincuencia y la violencia política. Santo Tomás de Aquino recordaba al romano que sostenía que "más vale ser pobre en un país de ricos, que rico en un país de pobres". Sabio el hombre, ¿no?

Poner en el centro de la sociedad mis derechos individuales, olvidando los derechos de los otros, es como si uno pudiese ser feliz

en un mundo violento o al alzarse pisando los cráneos de nuestros hermanos, prójimos y lejanos ¿Quién puede ser feliz a costa de sus hijos, pareja, amigos, hermanos, padres, abuelos, vecinos, compatriotas? ¿Quién puede estar tranquilo después de ver el drama de los pobres y los indigentes?

Por eso, lectores de este libro los llamamos dejarse llevar por héroes y heroínas, sabios y profetas que viven entre las hojas de este libro. La felicidad, y todo lo que entendemos valioso, se juega de manera superlativa en la acción diaria por vivir en una sociedad más justa y libre, en una buena sociedad. Y esta es la tarea política por excelencia.

¿Cómo partir? Formando comunidades republicanas amantes de la sabiduría y de la amistad cívica. Comunidades de pensamiento y acción solidaria y republicana. Comunidades que se forman conociendo y viviendo ideales inmortales, pues sobrevivieron a la muerte de sus fundadores y discípulos. Funden, aquí y ahora las comunidades republicanas.

Conociendo a los que tienen a lado, sus futuros amigos, si se atreven a vivir la política de la amistad. Esa que enseña que amigos son dos marchando juntos, trabajando por lo mismo y superando los mismos obstáculos. Funden aquí y ahora la comunidad de los amigos en el republicanismo.

La comunidad de los que aman la sabiduría es la comunidad donde todos son profesores y alumnos a la vez. Para integrarla, estudien y estudien mucho, en comunidad. Y enseñen lo aprendido. Ese es su deber.

No le tengan medio a la palabra escrita. Sabemos que son una generación audiovisual, pero no dejen de dialogar con hombres y mujeres que vivieron y murieron como ustedes hace tres mil,

dos mil o cien años atrás. Es la tradición de la sabiduría que depende de ustedes si continua o muere.

¿A qué deben aspirar?

A ser anticipo de un nuevo Chile, de un Chile nuevo, del Chile del Bicentenario. Ese Chile nos lo imaginamos democrático y republicano, comunitario e igualitario, global y local, joven y viejo, masculino y femenino, cultural y natural, católico y protestante, judío y agnóstico, hispano e indoamericano, grande y bello como no lo ha conocido ninguna generación de chilenos antes de ustedes.

Nosotros, hijos de la generación que soñó con la revolución, luchó contra la opresión y ve consolidarse la democracia humildemente les entregamos este libro precedido de estas líneas. Les decimos que se atrevan a ser la generación del bicentenario. Y agregamos lo que decían los viejos profesores medievales, al retirarse de la vida académica:

¡¡Vivan sequente!!

¡¡ Bienaventurados los que están por venir!!

Bienvenidos ustedes, jóvenes de la Generación del Bicentenario.



Prólogo

Con emoción y admiración he leído la obra escrita por Sergio Micco Aguayo, bajo el título de "Todos quisimos ser Héroes", que contiene una recopilación de sus publicaciones semanales en el diario electrónico "El Mostrador" y en el Diario El Sur de la provincia de Concepción.

Admiro la intensa vibración que conmueve la personalidad del autor y que con tanta sinceridad y fuerza expresa en estos escritos. Quien lo conoce, como yo que he tenido esa fortuna, he visto y ahora he leído la energía vital que anima su indeclinable vocación hacia la profundidad de la filosofía, su convicción para asumir su fe religiosa y sus ideales para admirar a los hombres y mujeres de más alto valor histórico de todos los tiempos. "Quien se guía por las estrellas vive más feliz y mira más lejos", decía Charles Peguy.

Su presentación personal se lee en uno de sus mejores páginas al decir: "No confundo instituciones, organizaciones, que a veces son más bien verdaderas babilonias, con el pueblo de Dios y el Reino de los Cielos. Nada de andar probando que Dios existe, que si nuestra mente fuese capaz de ello, lo convertiríamos en teorema. (...) (...) Nada de modales de borrego que crean razas de sometidos y escriben basuras en el origen humano inmediato de la vida que es nuestra bendita sexualidad. Anatema para los que hacen del catolicismo una religión de menores de edad que andan buscando padres, tutores e inquisidores que tomen las decisiones por uno".

Es una presentación, madura, valiente y admirable, es un joven creyente de nuestros días, que piensa, que vive su fe y sus principios y que guiarán el pensamiento y la acción política de muchos.

Sergio Micco, abogado y cientista político, con excelencia, es ya un dirigente, será un líder en la política. Este libro es un testimonio de ello.

Los artículos forman una sinfonía bajo la melodía central del título "Todos quisimos ser héroes". Los héroes desfilan en orden histórico: "Llorar, amar, alcanzar la grandeza y morir con una sonrisa en los labios, mirando el cielo". Los héroes son indispensables. El autor admira a los grandes modelos y se pregunta ¿Qué sería de los árabes sin Mahoma, del cristianismo sin Jesús, de la hispanidad sin Cervantes, de la belleza sin Da Vinci, del pensamiento sin Aristóteles?

Con firmeza proclama su defensa de la política democrática. No permitamos que nos privaticen la política, dice, al demostrar la extraordinaria belleza del pensamiento de Confucio, el maestro de mil generaciones. Magnífica es su semblanza de Pericles, el más

grande estadista, que dirigió la pequeña comunidad griega cuya creatividad no ha sido superada. Notable son los capítulos sobre Sócrates y sus enseñanzas para el Chile actual, sobre Platón, los jóvenes y el amor por la política o sobre Aristóteles y "la maldita obsesión por la eficiencia" que pretende imponerse sobre la ética y la estética. Con fuerza demuestra la vigencia de la enseñanza de estos genios. El legado de Roma se expresa en los mensajes dejados por Cicerón. Irrumpe en la historia San Agustín de Hipona que proclamó una verdad actual: "decid que los tiempos son malos. Sed vosotros mejores, los tiempos serán mejores, vosotros sois el tiempo". Hermoso es el recuerdo de Teodora, Semíramis, Florence Nightingale y Madre Teresa de Calcuta, como mujeres de relieve histórico.

Sus mejores logros los obtiene el autor en la expresión de su acentuado amor por la patria en los estudios sobre Bernardo O'Higgins, Arturo Prat, José de San Martín y Gabriela Mistral.

Hermoso es el boceto sobre Gandhi, como guía para la juventud bajo las dictaduras. "Cuando el mundo se ahoga en intolerancias y choque de culturas, Gandhi surge como hombre universal". El estudio que refleja la mayor emoción es el dedicado a Hannah Arendt, "mujer sin hijos, filósofa sin partido, judía sin nación en el siglo de la ciencia que todo lo puede y del Holocausto que generó fábricas de cadáveres entona un canto de amor a la vida en el nacimiento". Es una bellísima oda a la paternidad.

Uno de los hermosos textos es el dedicado a Martín Luther King, héroe del coraje, la ilusión, la esperanza y la libertad en paz. Es notable el mensaje general del capítulo dedicado a Raúl Silva Henríquez y sin poder glosar todos se destaca una obra de notable fuerza y originalidad "La noche que conversé con Allende y Frei" o la que se agrega don Manuel Bulnes y después Camilo Henríquez.

Hermoso y certero texto que debería ser leído por muchos políticos y distribuido en las escuelas.

Sergio Micco es un intelectual con capacidad práctica y poética. Dirige instituciones y anima a juventudes. Se dedica a su familia, tema no menor, a sus amigos, que son muchos, y sobre todo tiene espíritu. Ama lo grande, lo hermoso, lo superior. De los políticos jóvenes de Chile, dedicado al servicio público, es el que tiene una de las mayores y más profundas formaciones, la mayor pasión por elevar el debate y una vocación madura hacia la política. Llegará lejos y será líder, para disipar la bruma de vulgaridad que se extiende en nuestros valles.

GABRIEL VALDES S.

Santiago, septiembre 2004



Todos quisimos ser héroes (y terminamos siendo villanos)

Todos quisimos ser héroes. Como Hugh Grant abrazando a Julia Roberts, en una placita de Londres, leyendo una novela ligera ¿Se puede pedir más en esta vida? Llenar el Maracaná, cruzar la cancha dejando atrás a la selección alemana entera, marcar el gol y besar la Copa del Mundo. O llenar el Central Park, cantar Hey Jude y hacer llorar de pena a nuestras fans.

Y no faltan los que fueron educados para Presidentes de la República como Lincoln o Juárez; santos combativos

como Agustín de Hipona o contemplativos como Tomás de Aquino; poetas universales como la Mistral o Whitman; pensadores eternos como Sócrates, Platón o Aristóteles; literatos inmortales como Cervantes o Shakespeare; generales victoriosos como Bolívar, O'Higgins o Freire o marinos heroicos hasta la muerte, como Arturo Prat en la rada de Iquique.

Nacer, amar, alcanzar la grandeza y morir con una sonrisa en los labios, mirando el cielo.

"Todas queríamos ser reinas" lloraba Gabriela Mistral.

Todos quisimos ser héroes, pero ¡ay!, hemos finalizando siendo villanos.

Es la condición humana. San Pablo se escandaliza consigo mismo: "De hecho, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero"... "¡Desdichado de mí! ¿Quién me libraré de mí mismo y de la muerte que llevo en mí?" Nadie, Pablo, nadie. En este mundo, nadie.

San Agustín se confiesa declarando que "no es lo mismo querer que ser capaz de ejecutar"(...) "¿De dónde sale esta monstruosidad?, ¿y por qué?(...) El espíritu ordena al cuerpo, y es obedecido al instante; ¿por qué el espíritu se ordena a sí mismo y se resiste a ello?". Porque somos débiles, como tú mismo lo descubriste.

Quisimos ser Hugh Grant, pero fuimos derrotados por una pizza de plátano y piña que terminó aumentando

nuestra voluminosa panza. Quisimos llenar el Maracan, pero fuimos incapaces de levantarnos los domingos por la mañana para jugar una "pichanga". Para qué hablar de la misa dominical? El sueño del Central Park qued reducido a nuestras lamentables canciones matutinas en la ducha.

De nuestros sueños de santidad saltamos a los muy carnales y espirituales pecados de la lujuria, la gula, la envidia, la ira, la arrogancia, la pereza, la avaricia y un sinfín de devaneos humanos, demasiado humanos. De generales heroicos pasamos a pagar cualquier precio por agradar al jefe, mantener el trabajo y pagar el dividendo de fin de mes. Familia obliga! Del Ch Guevara, sólo quedó el poster pegado en la pared de la buhardilla.

Querido lector, aconsejo en este momento de la lectura un minuto de recogimiento interior. Puede llorar en silencio. No se preocupe, nadie nos ve.

Pero no desesperemos, es decir, no abandonemos la esperanza que consiste en esperar lo mejor, a pesar de todo. Somos villanos en cuanto somos seres humanos, mortales y finitos. Somos villanos en cuanto somos ciudadanos, pues el villano es el habitante de la villa, como el ciudadano lo es de la ciudad. Vivimos en la ciudad de los hombres y de las mujeres, aun no de Dios. Somos seres espaciales y temporales. Tenemos una patria y una historia en las cuales vivimos y morimos.

Somos villanos y por ello tenemos necesidad de nuestros héroes. Ellos son modelos que nos orientan e impulsan a una formidable de superación. Siguiéndolos nos elevamos al cielo. Nuestros héroes encarnan un valor y relatan una historia de nobleza. No se trata entonces de enseñar moral en fríos códigos. El ejemplo del héroe modela el alma del villano y de la villa entera. Al amarlo, el villano se parece a él, pues tiende a él. Al amar a nuestros héroes, por pequeño y miserable que sea ese amor, nos acercamos tensamente a él, tendemos a él. Pues eso es el amor, deseo que anhela acabar con la distancia y reunirnos con el ser amado.

Por lo demás nuestros héroes fueron hombres y mujeres de carne y hueso, como todos. Platón fue acusado de nepotista. Aristóteles huyó de Atenas, y no tuvo la valentía de Sócrates. San Agustín fue soberbio y violento. Quería ser casto, "pero todavía no". Santo Tomás no tuvo palabras de justicia para mujeres y musulmanes. Bolívar y Miranda fueron unos eternos enamorados de sí mismos. San Martín y O'Higgins cedieron a la violencia injusta. Mahatma Gandhi fue acusado de ser un mal padre y Martín Luther King de haber sido infiel a su mujer. Sin embargo, hay algo en ellos, toda una vida, una palabra luminosa o un suceso que inspiren a millones de personas generación tras generación.

Esos modelos de vida que amamos como villanos se encarnan en personas estelares: la pensadora, la poetisa, la

artista, la heroína y la santa. La historia de estos modelos es el núcleo de la historia. La historia de los pueblos vive rememorando esos momentos en que surgió un modelo a imitar un camino a seguir. Como en 1810. El genio no pide, pero obtiene todo de nosotros, anonadados ante la creación e innovación de su obra. El santo no exhorta ni declama, le basta con el llamado que es su existencia, tan humana como pecadora y finalmente santa. El héroe rara vez habla o, mejor dicho, más que por la belleza de su eventual arenga, es recordado por la elocuencia de su acción noble, en su autodominio, coraje y fuerza. El artista conmueve con su obra en la que anida la belleza eterna y no la polilla ni el gusano.

No nos traguemos el discurso que nos llama a vivir libre y autónomamente. Ese que desprecia los héroes y los estilos de vida superiores. Nadie es absolutamente libre. Todos vivimos mirando hacia los otros. Los bebés humanos aprendemos imitando, desde el lenguaje hasta el código moral. Si les hablamos de misericordia, pero practicamos la mezquindad, egoístas serán nuestros hijos cuando crezcan. Somos así, seres que aprendemos imitando.

Por eso, no caigamos en la trampa de creer que no imitamos ningún modelo. Probablemente estamos siguiendo la mediocridad del buen burgués. Ese que no tiene más ambición que morir de viejo, hartado y seguro.

No consumamos nuestras vidas consumiendo, pues así como devoramos el tiempo en nimiedades, así el tiempo nos va devorando a nosotros. Hagamos de nuestras vidas algo digno de ser vivido y, ¿por qué no?, contado y leído.

Imitemos los grandes modelos. Seamos dignos de nuestros héroes. ¿Qué sería de los árabes sin Mahoma, del cristianismo sin Jesús, de la hispanidad sin Cervantes, de la belleza sin Da Vinci, del pensamiento sin Aristóteles?

Recuerdo a Plinio el joven: "Considero felices a los que, por gracia de los dioses, les es dado hacer cosas dignas de ser escritas o escribir cosas dignas de ser leídas, pero felicísimos considero a los que les cupo hacer ambas cosas". Esos son nuestros héroes.



Si no le gusta la política actual, cámbiela

Pero no se limite a hablar mal de ella

Soy un chileno que lee la prensa, ve televisión y escucha radio. Hago una vida social normal. Además, analizo encuestas, por lo que creo saber lo que ocurre entre nosotros. Pocos hablan de política y cuando lo hacen es para hablar pestes. La política es una plaga bíblica que hace salir sapos y culebras de las bocas de nuestros ciudadanos. Ser político es como ser un rufián. Las acusaciones son conocidas: “Los políticos sólo se acuerdan de nosotros para las elecciones”; “Esté quien esté en el poder, da lo mismo, todo sigue igual”; “Los partidos políticos lo único que hacen es pelear por cargos que utilizan en su beneficio propio”. La condena es tal que incluso hay políticos que se presentan a elecciones políticas, donde se compite por el poder político, apelando a su condición de antipolíticos.

Lo que ocurre es grave, muy grave. Ello porque al limitarnos a hablar mal de la política, sin hacer nada más, estamos aserruchando la rama en la que estamos sentados los demócratas. Esa rama que pertenece al árbol de la sociedad se llama república democrática. Y esa rama supone una buena política, o si no se pudre y se rompe.

Sabemos que somos seres gregarios, es decir, que debemos vivir juntos. Si queremos educar a nuestros hijos, recurrimos a la escuela. Si uno de ellos se enferma hay que ir al hospital. La salvación de su alma recibe cuidado en la iglesia. Necesitamos de los demás para vivir y vivir bien.

Y bueno, la señorita política irrumpe cuando nos topamos con la tragedia humana: somos libres y debemos vivir juntos. Pero no sabemos cuál es la mejor forma de organizarnos. La historia de la humanidad es, en buena parte, el relato de esta discusión que no pocas matanzas ha provocado. Heródoto, hace dos mil quinientos años, consignó este debate. En La Biblia los judíos discutieron si debían tener reyes, o seguir con sus jueces. Cuando nos damos cuenta de que no somos rebaños de ovejas ni hatos de vacas, surge la constatación de que somos distintos en intereses, opiniones y características. Nos damos cuenta de que hay algo en nosotros que, como entre otros animales, nos atrae al líder fuerte que ordena. Pero la experiencia nos

demuestra que esa solución se transforma en pesadilla. Que los bienes son escasos y las necesidades múltiples. ¿Cómo generarlos? ¿Cómo repartirlos? ¿Quién, cómo, cuando y qué se decide?

Y surgen dos vías para organizarnos. La primera es la vía de la violencia. Uno decide, el fuerte, y los demás deben obedecer. La segunda, es la vía política. Todos participan, deliberan y si no hay acuerdo, se vota. Se cuentan cabezas y no se cortan cabezas.

Por cierto, siempre habrá conflictos y la tentación de resolverlos por la fuerza siempre estará presente. Philippe Delmas, un historiador francés, lo ha señalado con claridad: "Durante el siglo XVI Europa sólo conoció diez años de paz; cuatro en el XVII, y dieciséis en el XVIII. De 1500 a 1800, en trescientos años, Europa pasó doscientos sesenta en guerra, con una nueva cada tres años (...). Las dos guerras mundiales, vecinas cercanas, causaron cien millones de muertos, de los cuales sesenta eran civiles. Las revoluciones rusa y china agregaron, por parte baja, cincuenta millones y un número creciente de historiadores estima la cifra en más del doble".

Las Naciones Unidas han calculado que 1200 millones de personas han muerto en guerras, desde que tenemos historia escrita. Y hoy sabemos que un 75% de esos muertos –"bajas" se les llama– son mujeres y niños.

Los latinoamericanos lo sabemos bien. Cuando fracasa la política democrática que se funda en la voz y en los votos, son la violencia y las balas las que la reemplazan.

Cuando el conflicto entre el Presidente Balmaceda y el Congreso Nacional llegó al paroxismo, se desató la guerra civil. Más de diez mil muertos quedaron en los campos de batalla y en las ciudades saqueadas. De un Chile de alrededor de dos millones de habitantes. Y la “Estrella de Chile se apagó en 1891”.

En 1973 el diálogo se hizo imposible y dejamos de sentirnos todos chilenos. La idea de una solución quirúrgica empezó a rondar por las mentes de muchos, de demasiados. Y las balas reemplazaron a los votos. El saldo es estremecedor. Una tradición democrática única en el mundo quedó destruida. Hasta el día de hoy se nos conoce por el General Pinochet. Y no para bien, como lo advirtieron los parlamentarios de Derecha en Londres. Cientos de miles de exiliados, decenas de miles de torturados, miles de muertos. Al poder militar se sumó la ideología de economistas neoliberales que aplicaron su modelo a raja tabla. Llegamos a casi un 45% de pobreza, ¿se acuerdan? Porque desde los tiempos de Platón los poderosos se alían con “expertos” que dicen conocer las leyes que rigen la sociedad y por ello los ignorantes deben callar y ellos mandar. Stalin, asesorado por insignes economistas, llegó a la conclusión de que

había que industrializar el país y bueno... fue una lástima para millones de campesinos rusos que se murieron literalmente de hambre.

Por ello no hablemos mal de la política democrática. No vaya a ser cosa que ese discurso termine favoreciendo a los otros, a los violentos. Esos que cuando se sienten poderosos, no dudan en oprimir. Y si no le gustan los políticos actuales, inscribese en los registros electorales, vote, participe y cámbielos. A los candidatos que pierden nada malo les ocurre. No les cortan la cabeza ni les quitan sus bienes. Simplemente pierden y se retiran a su hogar y vuelven a su profesión. Porque la política no es la guerra.

No permitamos que nos privaticen la política, nos quiten nuestros partidos, nos arrebaten la república y hagan de la democracia un juego de unos pocos. Que nadie tome las decisiones por nosotros. Y si no estamos conformes con lo que ocurre hoy en día, más que quejarnos, unamos nuestra voz a la de millones de ciudadanos tan libres como críticos y participemos democráticamente.



Lecciones de Confucio para la entrampada política chilena

K'ung Fu-Tzu vivió hace dos mil quinientos años. Se dice que vivió del 551 al 479 a.c. Los occidentales lo conocieron recién durante el siglo XVI, cuando latinizaron su nombre por Confucio. Los chinos lo han perseguido y venerado.

Tras el régimen comunista, la imagen de Confucio como el *maestro de las mil generaciones* de dirigentes chinos se ha terminado por imponer. Por eso nada más cierto que "desde que aparecieron los hombres nunca ha habido un hombre como Confucio".

Su padre murió cuando Confucio era muy joven, y su madre lo crió en medio de la pobreza. No obstante, él tenía

la ambición de ser ministro y príncipe para restituir las virtudes y retomar el progreso del país. No lo logró, pues vivía en una sociedad jerárquica donde el que nacía siervo moría siervo. En su desolación aparentemente se habría dicho: "Si no puedo ser príncipe, seré formador de príncipes". Y partió a buscarlos.

Desde ese momento se dedicó a recorrer las provincias de China enseñando lo que nunca cesaba de aprender. Junto a sus discípulos, humildes o jóvenes de alto rango, enseñó el arte del buen gobierno. Estudiaba sin descanso y enseñaba sin reposo. Ese era su oficio, su deber de maestro.

Sabía que no eran tiempos propicios para ello. Así enseñaba que "el que, aun sabiendo que nada se puede hacer, lo hace a pesar de todo".

Y lo hizo. Tras su muerte fundó una nueva China basada en la educación y en el mérito. Después de él los funcionarios civiles y dirigentes políticos llegaban a los cargos públicos tras largos estudios. Por eso se le conoció en occidente como "el santo patrón de la ilustración".

En sus *Analectas* encontramos compiladas sus sentencias y anécdotas breves. Tal trabajo lo hicieron sus discípulos cuando los recuerdos se hacían borrosos. Se repite la historia. Sócrates, Jesús y Confucio estaban más preocupados de la eternidad que en pensar en su inmortalidad terrena, en el recuerdo impreso de sus obras. Ellos nada escribieron.

Propongo algunas bellas sentencias; creo que nos haría bien leerlas.

La primera se conoce como la rectificación de los nombres. Cuando un duque le preguntó en qué consistía el buen gobierno, Confucio contestó: “en que el soberano sea soberano; el ministro, ministro; el padre, padre; y el hijo, hijo”.

Cuando estamos satisfechos con lo que hacemos como dirigentes, o mejor dicho, cuando ponemos el mejor de nuestros esfuerzos en hacer bien lo que tenemos que hacer bien, las cosas andarán bien. Cuando el diputado sólo piensa en ser senador o el concejal alcalde, las cosas no andarán bien.

Cuando llamamos a las cosas por su nombre esperamos que ellas se comporten como su nombre indica. Y cuando los nombres no indican lo que dicen es necesario rectificarlos. Es decir, la reforma política muchas veces pasa por la rectificación, más que por la innovación.

¿Es la democracia chilena realmente democrática? ¿Es realmente la república chilena la cosa pública que le pertenece a todos, instituciones armadas y políticas incluidas?

¿La UDI es realmente democrática? ¿De qué es independiente? ¿Qué es lo que renueva Renovación Nacional? ¿Qué tiene de cristiana la Democracia Cristiana? ¿Los socialistas aspiran a una sociedad socialista? ¿Cuál es el radicalismo que defienden los radicales?

Una segunda doctrina interesante de retener es la relación del ciudadano con los cargos públicos y la política. Para Confucio la lealtad con el gobernante, valor capital, consistía en criticarlo cuando había que criticarlo. El ministro debía servir al gobernante de acuerdo al recto camino, o si no, tenía que dimitir. El joven debía involucrarse en política, pues de lo contrario sería como "esas grandes calabazas que no se pueden comer y que sólo sirven para ser colgadas". No tiene sentido tener una piedra preciosa y preferir guardarla en una caja antes de ofrecerla.

Y, por último, Confucio, sin evitar el rasgo autobiográfico, nos enseñó que no le preocupaba "el no tener un puesto sino el hacerme digno de uno; no me preocupa el ser desconocido, sino el llegar a tener méritos por los cuales ser conocido".

Confucio, maestro de las mil generaciones.



Pericles y el fracaso como fuente de civilización y de cultura

En el pensamiento de Pericles, descrito por su adversario Tucídides, la conciencia de nuestros propios límites es la que genera la política. En efecto, fuera de los muros de la ciudad, de la polis, reina el terror de los enemigos de la civilización y de toda la crudeza de la naturaleza hostil al ser humano. Si vivimos en la comunidad política es justamente para sobrevivir.

Más aún, los atenienses creían que éramos animales políticos para vivir bien, pues sólo en la polis se podían satisfacer las más altas de las necesidades intelectuales y espirituales. La conciencia de necesitar a los demás, al maestro, al médico, al estratega, obligaba a vivir en comunidad.

Pericles, al recordar a los muertos en la guerra del Peloponeso, destacaba lo obvio: todos los hombres y las mujeres vamos a morir. No solamente somos animales que poseemos razón y discurso, es decir, "logos". Somos también animales mortales, pues al igual que todo el resto de los seres vivos, nacemos, crecemos, nos reproducimos y morimos. Somos animales racionales y mortales. Es el ciclo de la vida que el griego observa desarrollarse en la naturaleza. Pero, a diferencia del resto de la naturaleza, el ser humano tiene conciencia de su finitud: sabe que va a morir.

La desgarradora certeza de nacer como seres que vamos a morir, hace surgir la filosofía que tiene el color de los muertos, según Platón. Ello, pues la filosofía es aprender a bien morir. Por muy altos que sean nuestros orgullos y reales satisfacciones por lo que hagamos de nuestras vidas, la condición de toda la obra humana está tocada por la muerte. Sabio es el ser humano que actúa como si fuese a morir esa misma noche.

La política nace igualmente de la conciencia de que vamos a morir. En efecto, la polis protege nuestras vidas de ladrones, fieras y enemigos que rodean los muros de la ciudad. Pero la muerte inevitablemente saltará las murallas. Pericles morirá ignominiosamente producto de una peste que acabará con los vencedores de los persas. ¿Qué hacer entonces cuando no tenemos el talante del filósofo que

contempla la verdad eterna o del religioso que busca la salvación en un alma inmortal? La respuesta de Pericles es buscar la inmortalidad en los grandes hechos y en las grandes palabras. Hacer de nuestras vidas algo digno de ser contado por el historiador o el poeta. Y para ello debemos ofrendarnos a la grandeza de la polis. Atenas será inmortal por sus obras.

La respuesta a la condición mortal del ser humano que dieron los atenienses puede ser muy distante a nuestras preocupaciones, en tiempos de efímero individualismo o de la insostenible levedad del ser posmoderno.

Pero lo que no podemos negar es la grandeza de la apuesta espiritual de Pericles. Gracias a ella, esa pequeña comunidad que vivió y murió hace más de dos mil años y que nunca superó los setenta mil ciudadanos, alcanzó la inmortalidad. Sócrates, Platón y Aristóteles son recordados y admirados como modelos de filósofos. Sófocles y Eurípides son leídos aún hoy. Y la historia nace con Heródoto y Tucídides. Su inmortalidad consiste en que su obra los sobrevivió.

La eternidad que no conoce principio ni fin y se ríe del tiempo sea reservada a Dios. Que la fe fundamente la creencia en la inmortalidad del alma. Pero el nacimiento de la política, que derrotó a la muerte, como personas y como pueblo, sea reconocida como un legado de los atenienses.

Y tan alta historia fue escrita a partir de la conciencia de nuestros límites y del hecho que todo lo humano morirá. Y de ello se generó la política que creó el marco institucional que hizo posible esta hazaña.

Concluamos diciendo que lo que hoy despreciamos, la política, hizo nacer civilizaciones. Y que el miedo al fracaso y el horror a nuestros propios límites no nos debe paralizar. Por el contrario, hay que atreverse a volar alto. Si no podemos hacerlo solos, busquemos amigos y conciudadanos. Si sabemos que vamos a morir, hagamos de nuestra vida algo digno de ser recordado por nuestros hijos. Atrevámonos a pensar y actuar en términos de continentes y de siglos. Como los griegos lo hicieron. Tales sueños, democráticos de los griegos y republicanos de los romanos, inspiraron a los latinoamericanos de la independencia en 1810. Y ellos también sobrevivieron a su muerte. En tiempos del Bicentenario volvamos a recordarlos.

Si las armas son limpias, si los sueños son bellos, cumplamos con nuestro deber, salgamos a actuar y que el resultado sea reservado a los dioses de los paganos y a la Providencia de los cristianos.

Es el consejo de Pericles.



Sócrates y sus enseñanzas para Chile

Hablé ya de Confucio, el maestro de las mil generaciones de dirigentes chinos. Y luego me referí a otro grande, Pericles, líder de la democracia ateniense.

A los lectores de "El Mostrador" quiero hablarles hoy de Sócrates y, por esa vía, reflexionar acerca de los aciagos días que vivimos como chilenos. El desprestigio de nuestras instituciones políticas es tal que la mitad de los jóvenes chilenos miran con indiferencia a la democracia.

Muchos hoy se preguntan para qué sirven las ideas y los ideales en la actividad política. ¿Tiene algún mérito el intentar ser justo y no buscar sólo el propio interés aliándose al poderoso? ¿Si no puedes con tus enemigos, no será mejor unirte a ellos?

Recordemos a Sócrates, ateniense que no abandonó su ciudad salvo para servirla con honores en las batallas de Potidea (432 A.C.), Delio (424 A.C.) y Anfípolis (422 A.C.). Sócrates, el bueno, que no escribió ningún libro y cuyos pensamientos –recogidos por su insigne discípulo Platón– nos hablan con tanta claridad del bien y de la justicia. El fundó la filosofía occidental y ha sido reverenciado por musulmanes y cristianos, creyentes y agnósticos, romanos, hombres medievales, renacentistas y modernos. Es un maestro.

Su vida fue ofrendada al deber de enseñar lo aprendido, aunque ello fuese sólo una tonta certeza. “Solo sé que nada sé”. Cuando se le criticaba porque no participaba activamente en política, pues rehuía los cargos públicos y las arengas retóricas, replicó: “¿Participaría más en la política haciéndolo yo mismo, o teniendo cuidado de que los más posibles sean capaces de hacerlo?”. Sócrates será maestro de gobernantes que desarrollen “la más grande virtud y el más grande arte, el arte real”. Sócrates camina por los mismos senderos de Confucio por unos ... dos mil quinientos años.

Sócrates, como sabemos, fue condenado a beber la cicuta en el año 399 A.C. Lo acusaron falsamente Melito, Anito y Licón de impiedad y de corromper a los jóvenes. Sus conciudadanos de Atenas lo condenaron a muerte. Sus

jueces lo conminaron a que se defendiera. Su respuesta expresó la esencia de su existencia entera: "Toda mi vida, en la que no he hecho nada digno de castigo, ha sido una constante defensa".

Pareciera ser que Sócrates, condenado por los hábiles adversarios que reunieron más votos que él y vencieron, nos lleva al escepticismo radical. Pareciera que su muerte nos enseña una vez más que frente al poder del dinero y del mayor número, de poco valen las coherencias vitales y los sentidos de justicia. Por eso su amigo Critón, la noche anterior a la muerte del filósofo, lo conminó a huir al exilio. Ya había sobornado a los guardianes y el lugar de destino, que le aseguraría una vejez apacible junto a sus hijos, estaba preparado. Critón lo urge a asumir los hechos. Atenas está corrompida y no hay sentido del deber que valga. ¿Qué sería contradictorio con lo que dijo e hizo antes? ¿A quién le importa? Que mire a sus fiscales y verdugos y saque las conclusiones.

Pero Sócrates no cede. Morirá pues su conciencia le obliga a rendir un último homenaje a sus amigos y discípulos con los cuales tantas veces dialogó acerca de la justicia y de la virtud. Las leyes de Atenas le han permitido vivir una gran vida. Por ellas ahora le corresponde morir.

Sócrates es coherente consigo mismo. Es auténtico y jura su libertad hasta el fondo. "Yo tracé la línea". "Yo opté".

“Hoy respondo por mis actos y creencias”. El había enseñado a sus seguidores que es una ilusión el creer que se puede vivir sin moral y sin la voz de nuestra conciencia. Ello, pues esta última inevitablemente nos “echará a perder la fiesta”. La conciencia, es decir, el diálogo de uno consigo mismo, es inevitable. Sócrates dijo que “una vida sin examen no tiene objeto vivirla”. Esa voz de la conciencia no nos deja tranquilos. Por ello Sócrates también señaló que al anochecer, al entrar solo a casa, lo esperaba un hombre muy desagradable, que, según escribió, “continuamente me refuta, es un familiar muy próximo y vive en mi casa”. Era su maldita conciencia la que no lo dejaba dormir cuando no había hecho el bien.

Además, la escisión entre conciencia y acción terminará por destruir la sociedad entera. Para Sócrates, los que viven actuando en contra de su conciencia terminarán por invadirlo todo con sus malas prácticas y devorándose ellos mismos. La razón nos la da interpellando a Trasímaco en La República. Este último sostiene que la justicia es lo que le conviene al más fuerte. Sócrates lo refuta largamente hasta mostrarle los frutos finales de la injusticia: “¿Te parece (Trasímaco) que una ciudad o un ejército, o unos piratas, o unos ladrones, o cualquiera otra clase de gente sea cual fuese aquello injusto hacia lo cual marchan en común, podrán llevarlo a cabo si se hacen injusticia los unos a los otros?”. Trasímaco debe guardar silencio.

Los chilenos lo perciben bien. Si los partidarios de la coalición de gobierno seguimos divididos; si los máximos dirigentes opositores siguen acusándose mutuamente de no cumplir lo pactado; si las reformas que piden más de dos tercios de los chilenos por más de una década y que fueron por todos prometidas en tiempos electorales no se aprueban; si el financiamiento de la política sigue siendo simplemente un escándalo, no nos quejemos, terminaremos devorados entre nosotros. Y lloraremos, abandonados por todos, primeros por nuestros ideales, luego por los jóvenes y, finalmente, por las grandes mayorías que aún hoy siguen esperando por nosotros.

Como dijo una vez Erasmo: "San Sócrates, ora por nosotros".



Platón, los jóvenes y el amor por la política

Los jóvenes de hoy dicen detestar la política. Platón los entendería muy bien. Como dijimos, fue discípulo del buen Sócrates. Maravillado lo escuchó y lo siguió. Era su héroe. Vivió el horror de ver a su maestro acusado injustamente por Anito, Melito y Licón y sintió la amargura de verlo condenado a muerte. Una asamblea democrática lo declaró culpable 281 votos contra 220. Treinta y un votos más a favor de Sócrates y se salva. Cosas de la política. Por cierto, el joven Platón vio esto y se indignó. No podía ser bueno un sistema de gobierno que actuara así contra el hombre más justo de su tiempo. Partió al exilio y escribió las peores cosas contra la democracia. Sin embargo, al volver a Atenas, Platón redactó *El Político*, *La República* y *Las Leyes*, donde intentó soñar una república mejor y sentar las bases de la política del futuro.

Platón entendió que la repulsa de la política es insostenible. Ello porque es un engaño creer que nos podemos amputar a voluntad la dimensión política de nuestro ser. Si bien la política no es todo, está en todo o en casi todo. Y una existencia puramente apolítica sólo la puede vivir Robinson Crusoe (antes de la llegada de "Viernes"). Quien no participa en política sigue siendo un político, aunque de manera deficiente.

El "apolítico" es simplemente un ser que deja todo, su vida incluida, en manos de los poderosos. Ello es particularmente cierto en una sociedad como la nuestra, donde una infinidad de aspectos sociales influyen directamente en lo más íntimo de nuestras vidas. El apolítico deja esas dimensiones de su vida en manos de cualquiera, de los políticos profesionales, de los grandes empresarios, de las corporaciones, de los militares, de las burocracias públicas, menos en sus manos.

Además, el apolítico cercena una parte de su personalidad pues renuncia a entrar a la esfera pública. Renuncia a ejercer su derecho a voz, a proclamar lo que piensa y opina. No decide por sí mismo y así se empobrece en una dimensión clave de su personalidad y de su mayoría de edad que lo habilita para pensar y decidir autónoma, racional y críticamente. El político es aquel actor que ingresa en la esfera pública y se atreve a hablar diciendo lo que piensa, anhela y sugiere. Bravo.

El apolítico es un privado en el sentido griego de la expresión, es decir, un *idion*, un ser carente de la libertad y felicidad públicas. Por ello, en Protágoras, Platón hace decir a Zeus que la honestidad y la justicia deben ser distribuidos entre todos los ciudadanos, “pues no habría ciudades si unos pocos participan de éstas, como sucede con las otras artes. También establecerás por mi cuenta una ley: matar como un mal de la ciudad al que no sea capaz de participar de la honestidad y de la justicia”. Platón las emprende contra los “idiotas”, los que no participan en política, amenazándolos de muerte.

No sólo la política irrumpirá siempre en nuestras vidas, sociales como somos, sino que necesitamos también del poder, y su rechazo nos condena a la impotencia. En efecto, el poder es condición *sine qua non* de la grandeza de los espíritus, de las culturas y de los pueblos.

Como lo dijo Miguel de Unamuno, en su estilo: “puede sostenerse que fue la política lo que hizo la eterna grandeza de Atenas y de toda Grecia, y que la filosofía de Platón, la lírica de Píndaro, la trágica de Esquilo, la historia de Tucídides, por no decir nada de la elocuencia de Demóstenes, se debió a la política. Las democracias griegas fueron, ante todo y sobre todo, escuela de política, como lo fueron las repúblicas italianas. Donde el pueblo se desinteresa de la política, decaen ciencias, artes y hasta industrias (...) Y donde no

hay una intensa vida política, la cultura es flotante, carece de raíces”.

Seamos sinceros. Todos anhelamos el poder. Algunos, simplemente por las prebendas que incluye. Otros, los mejores, para realizar lo que llevan en el pecho, sus sueños e ideales. El poder no es más que la capacidad de hacer lo que se quiere hacer. El poder político es el medio mediante el cual, influyendo en los demás, logramos poner la ciudad en movimiento en la dirección de nuestros ideales. Sin el poder nuestros amores serían impotentes e infecundos, lo cual es algo triste y doloroso.

Necesitamos de poder, es decir, de capacidad para realizar nuestros proyectos. El tema no es si se quiere o no poder, sino para qué se quiere el poder. El joven Platón hubiese necesitado más poder para salvar a su maestro de esa votación eternamente maldita. Haber huido de ella acusándola de corrupta o torcida, sólo hubiese dejado aún más solo a su maestro, el más justo y bueno de los hombres.

Necesitamos jóvenes con grandes sueños, mejores capacidades y con mucho, mucho poder. Es quizás lo que el joven y triste Platón descubrió en su viaje a Egipto.



Aristóteles y la maldita obsesión por la eficiencia

Horror de horrores. El mundo de los negocios y la economía privada nos han invadido de tal modo que la esfera personal y familiar, junto con la esfera pública, marcada por la política y el interés general, parece que ya no existieran.

Vivimos obsesionados por palabras como ahorro, inversión, crecimiento, ganancia, gasto, beneficio, producción, propiedad, trabajo, precio, costo, arriendo, préstamo, hipoteca, crédito, pesos, dólares o UF. Incluso ya se habla de capital humano y de inversión en la gente.

¿Qué ha pasado con nuestras vidas?

Estamos frente a un problema central de la modernidad que Chile ha abrazado: la eficiencia. Ella ejerce su reinado total. Se trata de controlar y sojuzgar todas las condiciones y lograr el máximo beneficio con el mínimo costo.

Los medios deben ajustarse racionalmente a los fines. La acción humana ha de ser operativa en sus más recónditos detalles.

Esta forma de pensar llevó a Francis Bacon a decir que la naturaleza debía ser torturada para arrancarle sus secretos. ¡Y vaya si lo fue durante la modernidad! Efecto invernadero, deforestación, agujero en la capa de ozono, contaminación y extinción de especies, entre otros males.

Esta forma de pensar también nos condujo a Treblinka. Es el razonamiento de James Hillman en su libro *Tipos de poder*. Lo recomiendo.

Treblinka fue un campo de exterminio de la Polonia ocupada por los nazis. Su comandante, Franz Strangl, era la eficiencia en persona. En diecisiete meses fueron asesinadas 3 millones de personas. La "enorme tarea por realizar" de Himmler era muy costosa si se hacía como en la Unión Soviética, fusilando a los judíos y enterrándolos en fosas comunes. Se requería una forma de matar más rápida, indolora, incruenta, sin efusión de sangre ni gases fétidos, simple, que permitiera extraer dientes de oro con el menor número de soldados, testigos y costos posibles. Eureka: ¡las cámaras de gas!

Franz Strangl aplicó eficientemente el método. Era su trabajo. Cuando se le preguntó si alguna vez había conversado con alguno de los cinco mil judíos que llegaban al día

a Treblinka, contestó: “¿Hablar? No... yo generalmente trabajaba en mi oficina (había mucho papeleo) hasta eso de las 11. Luego hacía la ronda siguiente, comenzando en Tolentager. Para entonces, ellos ya habían adelantado el trabajo” (esto significaba que las 5 mil ó 6 mil personas que habían llegado esa mañana ya estaban muertas: el *trabajo* consistía en asfixiar, quemar y eliminar los cuerpos, lo que tomaba gran parte del día y a menudo continuaba durante la noche). “Llegaban, y en dos horas estaban muertas”.

Aristóteles llora. Y con él toda la humanidad, que hoy es sacudida por las matanzas en Palestina e Israel. ¿No aprendemos nada? ¿Estamos condenados a olvidar? Para el padre de Nicómaco, cuando nos preguntamos por la causa de las cosas se deben distinguir cuatro factores. Cuando estamos frente a una escultura y nos preguntamos cómo nació a la vida mundana, Aristóteles nos dice que es el artista y su energía quien inicia el movimiento y el cambio: es la causa eficiente. La causa material es el bloque de piedra sobre la que se esculpe. La búsqueda de una imagen bella es la causa final. Y, por cierto, el artista debe tener en la mente una idea, forma o imagen de la estatua que quiere construir. Esta última es la causa formal.

Las cuatro causas son necesarias y ninguna puede ser excluida. Los políticos tendemos a reivindicar la causa final de nuestras acciones. Para qué decir los filósofos y teólogos.

Los científicos tienden a preocuparse de la causa material. Y los economistas y administradores se ensañan con la causa eficiente.

Y ese es el error de Strangl. Se dedicó unilateralmente a la causa eficiente, sin tomar en cuenta la pregunta ética por la finalidad de sus actos o la materia sobre la que actuaba –el ser humano– y la idea de humanidad y trabajo que estaba detrás de su obrar.

Cuando la sola eficiencia nos domina, pagamos dos precios enormes. El primero es que todo se realiza a corto plazo, a pesar que los valores de la vida se juegan en un horizonte mucho más amplio (amor, ética, felicidad, vida buena). El segundo, el fin justifica los medios. Cuando reina la eficiencia, los dichos son “sólo hazlo”, “consíguelo”, “no hagas preguntas”, “quiero resultados y no explicaciones”.

Por todo eso, no aceptemos la hegemonía de la eficiencia. La finalidad ética debe imponerse sobre todo cálculo utilitario menor. La eficiencia es un valor a perseguir cuando se pone al servicio de lo bello, lo bueno y lo verdadero. En caso contrario, nos puede subir a un tren que termina en Treblinka.



Aristóteles y la política de la amistad cívica

¿Hay aún espacio para la
amistad y la política?

De la política mejor no hablar. Se la acusa de ser una actividad propia de corruptos, de seres ambiciosos amigos del poder y de lo ajeno. Es de buen tono hablar mal de los políticos. Si basta con leer las encuestas y practicar un poco el cinismo. Política, ya no hay política. La ha reemplazado el escarnio público. ¡¡Pobre del que se meta en política, sale trasquilado¡¡.

Con los amigos pasa otra cosa. Se les aprecia, pero ya no hay tiempo para los amigos. Desesperados entre las angustias del trabajo diario, apenas nos queda tiempo para la familia. A nuestros hijos, cuando nos hemos atrevido a tomar la decisión de tenerlos o la naturaleza ha tomado la

decisión por nosotros, apenas los vemos durmiendo cuando llegamos a casa. Y si no hay tiempo para los hijos, menos lo habrá para los amigos. Alguien ha reclamado en contra de la muerte de los “terceros lugares”, ni la casa ni la oficina, donde íbamos simplemente a encontrarnos a conversar gratuitamente, sin buscar nada más que la alegría de intercambiar vivencias y momentos.

“Amigos, ya no hay amigos”. La amistad ha sido reemplazada por la competencia y la soledad.

¿Cómo lograr que esto cambie y construyamos un mundo en que gobierne el amor y la amistad?

Quizás debamos partir nuevamente por recordar a los maestros.

Para los antiguos, la vida pública era una dimensión central de la existencia humana. En ella, mediante, los grandes hechos y las grandes palabras, irrumpimos en la esfera pública diciendo qué es lo que creemos mejor para la buena vida de la multitud. No se trata de buscar la felicidad sólo en el calor del hogar y en la satisfacción del trabajo. Se trata también de darle un sentido pleno y trascendente a nuestra vida, construyendo un mundo mejor.

Por ello, cuando Aristóteles aconsejó a su hijo Nicómaco acerca de las cosas importantes de la vida, recordó la belleza de la amistad y la importancia de la política en ella.

Volvamos a escucharlo.

“Sin amigos nadie querría vivir, aun cuando poseyera todos los demás bienes; hasta los ricos y los que tienen cargos y poder parecen tener necesidad sobre todo de amigos; porque ¿de qué sirve esa clase de prosperidad si se la priva de la facultad de hacer bien, que se ejerce preferentemente y del modo más laudable respecto de los amigos? ¿O cómo podría tal prosperidad guardarse y preservarse sin amigos? Porque cuanto mayor es, tanto más peligrá. En la pobreza y en los demás infortunios se considera a los amigos como el único refugio. Los jóvenes los necesitan para evitar el error; los viejos para su asistencia y como una ayuda que supla las menguas que la debilidad pone a su actividad; los que están en la flor de la vida, para las acciones nobles: “Dos marchando juntos”, así, en efecto, están más capacitados para pensar y actuar”.

Terminemos ya estos recuerdos del pasado y volvamos al presente.

Volver a ser amigos es la clave. Si nuestros líderes políticos, los que pertenecen a un mismo partido o coalición, se volvieran a juntar y hablar con confianza; si la política de la confrontación pasara a ser la política de la amistad cívica, aquella sin la cual, según Aristóteles, la polis moriría.

¿Ingenuidad? Nada de eso. Realismo. Los partidos políticos son organizaciones voluntarias. Nadie nos puede

obligar a participar en ellos. Y si a ellos vamos y sólo vemos trifulcas, nada productivo y descalificaciones internas, no volveremos más. Sobre todo en un Santiago donde se pasan 1,7 horas diarias en buses, micros y metro, y la presión laboral es altísima. Sobre todo si se es mujer y se trabaja fuera de la casa también.

¿Política de la amistad? ¿Ingenuidad? Nada de eso. Realismo. Los chilenos lo dicen en encuestas y estudios cualitativos. “No queremos ver más políticos peleando entre sí, particularmente si son del mismo partido”.

Creo que si Aristóteles viviera en la actualidad (y lo hace a través de su obra y recuerdo), nos preguntaría qué clase de vida y polis estamos viviendo. Y, alegre, sabio y comprensivo, nos llamaría a vivir la política de la amistad, la amistad cívica.

“Sin amigos nadie querría vivir”.



Cicerón, los jóvenes y la amistad

Cómo lograr que la participación política vuelva a inspirar a nuestros jóvenes y los partidos se reformen? La respuesta a ambas preguntas es: con amistad.

Ulrich Beck también se hizo la pregunta y señaló que la política debe partir por ser un espacio de encuentro donde la ética del mártir, como la de los sesenta, sea reemplazada por la estética del compromiso gratificante. Esta es la parte olvidada de las grandes movilizaciones de los sesenta, setenta y ochenta. El sueño de un mundo mejor se iniciaba en largas noches de bohemia entre los amigos. Las amistades ahí se cultivaban y surgían apasionados amores en las barricadas. Los revolucionarios del 68 lo hicieron consigna bélica-sexual: "Hagamos el amor y no la guerra".

La segunda cuestión es pasar de la retórica mal entendida y peor practicada a la mística de la tarea bien realizada. Es decir, que la acción política se proponga frutos concretos además, por cierto, de grandes sueños. Quizás entonces menos movimientos políticos y más campañas solidarias. Movimientos de hombres y mujeres libres que quieren la sociedad justa, pero que realizan aquí y ahora campañas solidarias puntuales que ayudan al desvalido o promueven una ley determinada.

Hacer el bien y pasarlo bien, podría ser la forma para recuperar el entusiasmo de la participación para construir un mundo mejor, un Chile más justo.

¿Algo nuevo bajo el sol? La verdad, no. Más bien, pensamiento clásico republicano.

Ya recordamos a Aristóteles cuando le decía a su hijo Nicómaco: "Sin amigos nadie querría vivir" El estagirita le dedica un libro fundamental: *Ética a Nicómaco*. En él, el filósofo quiere dejar lecciones de vida a su hijo. Nada más noble en su propósito y nada más sabio en su resultado. Parece decirle: "Hijo, cultiva amigos y lucha por la grandeza de la polis".

El discípulo de Aristóteles, Alejandro Magno, escuchó a su maestro. Cuenta la historia que, a causa de haber tomado un baño en las frías aguas del Cidno estando muy sofocado, la vida de Alejandro "el Magno" se consideró en

grave peligro. Los médicos no se atrevían a administrarle droga alguna. Sólo Filipo de Arcania, amigo de infancia de Alejandro, compuso cierta bebida cuyo poderoso y saludable efecto debía producirse inmediatamente. Mientras ésta se preparaba llegó a poder de Alejandro una carta de Parmenión, en la cual le aconsejaba desconfiar de Filipo. Le acusaba de estar secretamente entregado a Darío. Alejandro, sin manifestar emoción alguna, apuró la copa de un trago, entregando simultáneamente a Filipo la carta acusatoria, cuya falsedad quedó inmediatamente demostrada.

Y Alejandro Magno conquistó con sus amigos Occidente y Oriente. Y cuando dejaron de serlo, se destruyeron a sí mismos y se acabó el sueño imperial helénico.

Cicerón, el maestro de la política romana, declaró: "Una era la casa, uno el alimento y una la mesa".

Cicerón describe un diálogo de Lelio con sus yernos. Su mejor amigo acaba de morir. Es el momento propicio para escribir una hermosa apología a la amistad. Cicerón dice, a través de Lelio, que espera que la memoria de su amistad sea eterna. Vana pretensión, todo lo humano ha de morir. Sin embargo, el logro de Cicerón no es menor. Dos mil años después sus palabras siguen presentes.

Recordando a sus amigos declara que ha vivido feliz. Vivió con Escipión, con el cual tenía en común los asuntos públicos y privados. En la amistad con Escipión encontró

comunidad de sentir en los asuntos públicos; consejo en los asuntos privados; en la misma, descanso lleno de deleite. Para Lelio, entre los amigos hay fidelidad, integridad, ecuanimidad, liberalidad, y no hay en ellos ninguna codicia, liviandad, temeridad, pero sí una gran constancia. La amistad es “el común sentir de las cosas divinas y humanas con benevolencia y amor”. Lelio se pregunta: “¿Qué cosa más dulce que el tener con quien te atrevas a hablar como contigo mismo?” De ahí que Lelio concluya que “con excepción de la sabiduría, los dioses inmortales no han otorgado al hombre algo mejor que ella”.

Sin embargo, muchos desconfían de la amistad en política. Kant lo decía: “Todas las cofradías son camarillas. Quien tiene amigos y poder es muy peligroso”. Los chilenos lo perciben. No sólo detestan en los partidos políticos sus eternas disputas internas. ¿No se dicen camaradas o compañeros entre ellos?, se pregunta indignado el ciudadano. También desconfían de los grupos políticos que parecen sólo querer servirse del poder para su particular interés. Y la política debería ser el arte de gobernar la polis para el buen vivir de la multitud. El republicano reclama que los gobernantes se pongan al servicio de los demás y que siempre prime el interés general.

Pero, la amistad no es la camarilla del poder. Prefiero a Cicerón sobre Kant. “Cuando se pide a los amigos algo

que no sería recto obramos mal”(...) “Nuestra dedicación a la persona de nuestros amigos no debe jamás arrastrarnos al mal. Sanciónese, por tanto, en la amistad esta ley: que no solicitemos cosas vergonzosas ni, solicitadas, las ejecutemos” (...) “Sanciónese, pues, ésta, como primera ley de la amistad: que pidamos a los amigos cosas honestas, que hagamos cosas honestas en servicio de los amigos”.

Sin amigos, la política se convierte en el más despiadado juego de poder. Amigos son dos caminando juntos. Compartiendo lo público y lo privado. Quien ha participado en política sabe cómo ella es capaz de unir en las derrotas y en los triunfos; en las alegrías y en las tristezas y en la tarea de la construcción del hogar público.

Cuando los jóvenes vean en los políticos amigos de verdad y cultiven tan noble relación, entonces volverán.



Cicerón y su elogio de la vejez

El hecho de que se realice un alegato a favor de una presencia activa y masiva de los jóvenes en la política, no implica el desprecio de los “viejos políticos”. Es verdad que, desde esta humilde tribuna, he defendido la necesidad de nuevos rostros, nuevas ideas y nuevos estilos de hacer política en Chile. Pero, a la vez, pienso que es un profundo error creer que eso esconde un desprecio de la vejez, hoy “tercera edad” expresión que no me gusta pues sabe a matemáticas y pierde la fuerza del castizo “viejo”, como se le dice al que se quiere y respeta de veras.

Para algunos, la vejez es estar cerca de la muerte. Es la pérdida de fuerza y vitalidad. El anciano vive de recuerdos y cada vez puede disfrutar menos de la vida.

Cicerón, en un bello opúsculo acerca de la senectud, ya trató este tema. Bellamente presenta la vejez, tras una

vida bien vivida y rodeada de jóvenes que escuchan la voz fuerte del anciano, cargada de experiencia y sabiduría, como una extraordinaria etapa de la vida. El viejo, que al término de sus días ha hecho de su vida algo digno de ser contado, posee algo que un joven quizás no tendrá jamás. ¡Finalmente, todos queremos llegar a viejos!

Lo central que quisiera destacar hoy, en tiempos en que esperamos que lleguen las nuevas generaciones a la política, es la importancia central de la sabiduría y la experiencia sobre la falsa superioridad de la eficiencia del más rápido o laborioso.

Grandes patricios han prestado enormes servicios a la Patria, alega Cicerón. Servicios que todos debemos reconocer. Y aún más importante es el hecho de que los viejos que han dejado sucesores, han creado instituciones y han actuado con la sabiduría del campesino de edad avanzada que planta árboles para los que están por venir. Árboles que no darán frutos y sombras para ellos, sino que para los descendientes que vendrán.

Y Cicerón aclara que “nada aducen quienes dicen que la vejez no se ocupa de los negocios, y esos tales se asemejan a los que afirman que el piloto nada hace en la navegación, ya que él se encuentra sentado reposadamente llevando el timón, cuando unos suben a los mástiles, otros van y vienen por los corredores y otros achican las aguas de

la sentina. No hace lo que los jóvenes, pero realiza una labor mayor y mejor. Las cosas verdaderamente importantes no se realizan con fuerza, velocidad y aceleración de los movimientos del cuerpo, sino con reflexión, autoridad y juicio; y de esas cualidades no suele carecer la vejez, sino que las aumenta”.

Todo gobierno, toda comunidad y toda familia necesitan de la sabiduría, autoridad y juicio del viejo. Un dicho africano lo recuerda: “cuando un viejo se nos va, es una biblioteca entera la que se quema”.

Queremos un Chile profundamente comunitario, es decir, diverso en la unidad. Un Chile intergeneracional para jóvenes y viejos, mujeres y hombres por igual.



Agustín de Hipona, la crisis y el entusiasmo

El Director del Registro Electoral nos informa que los jóvenes no se inscribieron. Lo que fue el gran triunfo de la democracia del 88: hacer del padrón electoral del plebiscito del 5 de octubre instrumento de una democracia joven, es hoy fracaso. En términos gruesos, los menores de 24 años ayer representaban el 21%. Hoy sólo el 7%. El 75% de los no inscritos son jóvenes.

En suma, cerca de un millón doscientos mil personas se niegan a la participación política y a la posibilidad de cambiarle la cara a la política chilena.

Pero las crisis no deben asustarnos. Estas son transformaciones considerables que acaecen en una enfermedad, ya sea para mejorarse, o bien para agravar al enfermo. Una crisis de asma normalmente termina en una magnífica

vuelta a respirar tranquilo. Las crisis son mutaciones importantes que se viven en el desarrollo de otros procesos, ya sean de orden físico, histórico, o espirituales. El cristianismo vivía una crisis fuerte en el siglo XIII, la que fue resuelta por San Francisco, Santo Domingo y Santo Tomás de Aquino. En las crisis, la continuación, modificación o cese está en duda y por eso se trata de un momento decisivo y de consecuencias importantes. La crisis del catolicismo del siglo XVI fue resuelta por Martín Lutero, Teresa de Ávila, Juan de la Cruz e Ignacio de Loyola. Las crisis de gabinete se superan con nuevos rostros y nuevas ideas.

San Agustín es el hombre por excelencia de la crisis. Obispo de Hipona (contra su voluntad), en el norte de África, y santo de la Iglesia Católica, admirado por todos los cristianos, ve caer todo lo que él amaba. Todo lo que era admirable en la obra humana, Roma y su Imperio recién "cristianizado", han caído a manos de Alarico, un hombre sin cultura. Plotino y Cicerón, Milán y Roma, todos de rodillas ante lo que es para Agustín la barbarie. Jerónimo, otro santo del catolicismo y autor de la segunda globalización del cristianismo, la latina, llora en Jerusalén: "Han tomado la ciudad que se tomó el universo entero" sentencia.

La Antigüedad muere y aún es muy temprano para que cristalice la Edad Media. Los romanos lloran mirando en el pasado la grandeza perdida y acusan a los cristianos

de la fatalidad. Todo es crisis. Un mundo viejo que no acaba de morir y un nuevo mundo que no termina de nacer.

La génesis inmediata del desastre es la corrupción y la ambición descontrolada. Año 395, muere el emperador Teodosio. Arcadio y Honorio dividen el imperio. Terminan de debilitar la obra de mil años. Año 410, Alarico entra a Roma. En el año 428, el romano Conde Bonifacio pacta con Genserico para protegerse de las intrigas de palacio de Gala Placidia y Valentiniano III. En su lucha intestina se ha confundido de adversario y ha pactado con el mismo diablo. Genserico destruirá Hipona, un año después de muerto Agustín, y todo el Imperio seguirá cayendo para nunca más resurgir. Menudo error el de Bonifacio.

La voz de Agustín irrumpe fuerte. Acusa al egoísmo. La ciudad terrena vive del amor de sí. La ciudad celeste ama a Dios y por eso es eterna. Pero sobre todo, Agustín llama a la esperanza. Es en el futuro y no en el pasado donde encontraremos el sentido de la historia. Es en la idea de que un futuro mejor espera a la raza humana si es que ésta se atreve a vivir la historia, no como repetición de hazañas pasadas. No busquen más en el nacimiento de Roma las respuestas. Búsquenlas en el futuro. La historia es espera tensa y activa de tiempos mejores y bienes futuros que llegarán si nos atrevemos a luchar por ellos, contra toda desesperanza. "Es el cielo el que ha puesto la historia en movimiento".

Así convoca al entusiasmo. Pues así y sólo así se es inspirado por los dioses. Cuando tenemos un proyecto que valga la pena vivirlo y buenos amigos al lado, nos llenamos de vigor. Los profetas transmiten su entusiasmo divino. Lo hizo Alberto Hurtado luchando por la justicia social al organizar sindicatos y no sólo ofrecer techos prestados o regalados. Clotario Blest, inspirado en el Hijo del Carpintero, crea la CUT en los mismo años. El artista entusiasma con la belleza de su obra y la alegría de su creación, tal como lo hizo Gabriela Mistral. Ella nos llama a amar la terquedad del mapuche ante su destino y su tentativa contra lo imposible. El orador entusiasmado transmite exaltación y fogosidad de ánimo, pues el proyecto que propone cautiva, como arrobaban al auditorio Jaime Eyzaguirre, Eugenio González o Radomiro Tomic. Ahí se inspiraron los jóvenes conservadores, los socialistas y los socialcristianos. Así se producen adhesiones fervorosas que mueven a favorecer una causa o empeño. Movimientos políticos que hacen campañas que transforman las vidas personales y las de los pueblos.

Agustín de Hipona, otra voz del pasado, que hemos traído para este presente de crisis y desconcierto. Su fórmula es bella: jugársela por un proyecto que entusiasme y no olvidar jamás que en la clandestinidad del corazón los ideales siempre vencen a la derrota material. El lo

demostró. Su obra sobrevivió, reescrita por él, un anciano de setenta y cinco años, con premura en la sitiada Hipona del 428-430. Toda la obra material del Imperio y del cristianismo destruida en Cartago, Tagaste e Hipona. Pero los discípulos de Agustín, su amigos Alipio, Osorio y Posidio, entusiasmados, distribuyen en la clandestinidad su obra por quinientos años. África, año 2001: pobre, tribal y poscolonial vuelve a mirar al Dios de Agustín. De cada cien católicos hoy en el mundo, ocho son africanos y cuarenta y tres latinoamericanos.

Y, sobre todo, atreverse a ser coherentes con el proyecto. Que se note que aquí y ahora entre nosotros se ama la democracia, la igualdad y la amistad cívica. Pues, finalmente, y como lo decía Agustín de Hipona: "Me decís que los tiempos son malos. Sed vosotros mejores. Los tiempos serán mejores. Vosotros sois el tiempo". No hay mejor prédica que un buen ejemplo, el propio.



El Mio Cid y el redescubrimiento de España

La lucha por nuestra independencia fue sangrienta. Ello porque los chilenos nos dividimos profundamente. Los que integraron las filas realistas no eran traidores. Por el contrario, ellos creían que eran fieles a las lealtades que les habían enseñado su religión y su patria durante casi trescientos años: seguir al rey de España, a la Iglesia Católica y a la Madre Patria. Ellos no supieron entender la magnitud del cambio que se había producido en otro mundo: en el viejo mundo. Llegaban tiempos republicanos y de libertad. Pero era muy difícil entender que un cambio tan lejano nos afectara tanto y que ideas tan nuevas fueran aceptables. De hecho sólo hombres que vivieron en Europa pudieron adecuarse a ese cambio. Es el caso de Miranda que combatió en la Revolución Francesa, Bolívar, O'Higgins, Carrera o San Martín.

La crueldad española modificó esta situación. Bajo la Reconquista de 1814-1817 los chilenos se unieron definitivamente en contra de los españoles opresores. Ariel Peraltanos recuerda que surge así un sentimiento patriótico que se expresa en el decreto del 30 de julio de 1824. Por este, el Director Supremo general Ramón Freire ordenaba usar la voz "Chile". En los campos de batalla y actos oficiales tal vocablo sería utilizado en contra de "godos", "maturrangos" o "realistas".

Un precio negativo de esta justificada reacción contra los españoles fue el olvido de parte de nuestro ser. Pues somos hispanos hasta los huesos. Y comenzamos, a pesar de don Andrés Bello y su sueño de sentar una cultura americanista, a errar por el mundo en búsqueda de un espíritu alternativo al español. Primero nos afrancesamos hasta lo grotesco. Y construimos bellos palacetes neoclásicos a principios del siglo pasado. Luego dirigimos nuestras esperanzas hacia Inglaterra. Y nos llegamos a creer "los ingleses de América". Y ahora, a punta de Mc Donalds, Domino's Pizza y demás, nos queremos parecer a "la bestia rubia del norte".

Y, sin embargo, es tan bello el legado hispano. Vuelvo a mi segunda infancia. Es el Cantar del Mio Cid que resuena en las aulas de clase. "¡Oh Dios, qué buen vasallo si tuviese buen señor!" señalan los habitantes de Burgos viendo al triste caballero rumbo al injusto destierro. Rodrigo Díaz de

Vivar llora el exilio. Sus fieles amigos lo acompañan dejando todo atrás. La amistad y el honor obligan. Sufre la separación de doña Jimena y de sus hijas. A ellas las ama más que a su alma. En la Catedral de Burgos jura ofrecer mil misas a su retorno. Pues el volverá para honrar el reino de Castilla y a servir a su mujer honrada.

No le importa que en aquellos tiempos la mujer no fuese más que un objeto. Los malvados infantes de Carrión, que vejan a doña Elvira y doña Sol, lo reclaman. Ellos podrían casarse con hijas de emperadores y reyes si quisiesen. Si han golpeado, repudiado y dado por muertas a las hijas del Cid en Corpes, nada malo han hecho. De lo suyo han dispuesto. Contra este mundo de deshonor e impiedad se alza el Campeador, el campi doctor. Son los amigos los que, en Toledo, retan a duelo a los que afrentaron a las hijas de su caballero. Pedro Bermúdez, Martín Antolínez Muño Gustioz lavan la afrentan del que en buen hora ciñó la Colada y la Tizona. "Nuestro buen Cid, señor de Valencia, dejó el siglo en la Pascua de Pentecostés. Dios le haya perdonado, y así haga con todos nosotros, justos y pecadores. Estas son las hazañas del Cid Campeador. Y en llegando a este punto se acaba la canción".

Desde aquí en adelante los chilenos seremos educados en el amor a la tierra natal. El Cid expresará el ideal de un hombre que es tan fuerte como sabio. Se trata de un

caballero que está dispuesto siempre a jugar su vida por lo que considera valioso: honor, patria, amor, amistad y divinidad.

A propósito de el Cantar del Cid, una rara historia he redescubierto. Cuando debe partir al destierro, nuestro héroe no cuenta con dinero. Y es así como pide crédito a dos judíos burgaleses: Raquel y Vidas. A cambio le deja dos cofres supuestamente llenos de oro y riquezas. Mas sólo contienen arena. Los judíos han sido engañados y ya no pueden hacer nada. Sin embargo, cuando en el Romancero del Cid encontramos que el dinero es devuelto acrecentado. Y el Cid pide perdón a los prestamistas por lo que hizo “con necesidad”. Devuelve cuatro mil marcos de plata a cambio de arena pues en esos cofres también estaba “el oro de su verdad”. Astucia para enfrentar las penurias, pero justicia y honor siempre. El Cid vivió no sólo en una España de guerras. Hasta finales del siglo XIII existían casi 300.000 judíos. Los cristianos asistían a las circuncisiones y los judíos a los bautismos. “Infieles” mezclados a “fieles” participaban en las ceremonias en las iglesias y los cristianos españoles iban a escuchar los sermones de los rabinos. España también nos ofrece lecciones de diversidad.

En suma, ¿Quién puede dudar de lo que mucho que debemos honrar nuestras raíces hispanas?



Santo Tomás y la política de la trascendencia

Volvamos a conversar de la política y de su crisis. Un 69,1% de los menores de 29 años no está inscritos en los registros electorales. Y de los inscritos un 38% no lo volvería a hacer. A esta gente no le interesa votar por los parlamentarios que aprobarán las leyes de presupuestos que asignarán los recursos para educación, trabajo juvenil, espacios públicos para el tiempo libre o capacitación laboral.

Entre otras razones, un 77,9% señala que los políticos tienen poca preocupación por ellos. Un 84,3% dice que los partidos no representan sus inquietudes. La pregunta es obvia, ¿cómo esperan que los representen si no se inscriben y no votan? El deber de un político, sobre todo si quiere ser

reelecto, es representar lo mejor a sus votantes, la abrumadora mayoría, adultos y de la tercera edad. Si a lo anterior se suma el hecho del envejecimiento de la población, el círculo vicioso se cierra: la política no representa a los jóvenes y por ello los jóvenes no se inscriben ni votan. Y al no votar, los políticos representan más bien las demandas de los adultos, que se centrarán cada vez más en trabajo para jefes de hogar, seguridad ciudadana, salud y previsión social.

Un lamentable 51,2% de los jóvenes expresa que la democracia es un sistema como cualquier otro. Un 48,8% dice que la democracia es el mejor sistema de gobierno.

Inquietante.

¿Qué hacer?

Quizás preocuparnos más de ellos y del país, que de nosotros y de nuestras carreras políticas. Salir menos en televisión y estar más con ellos. O salir en la televisión cuando realmente valga la pena. Grandes liderazgos individuales tiene la democracia en Chile, pero ninguna irradia a sus partidos.

¿Por qué?

La respuesta la da, en parte, Tomás de Aquino cuando escribe un bello libro titulado *"La Monarquía"*. Dicen que se lo escribió a un joven príncipe de Chipre, que le pidió consejo. "Maestro, ¿cómo debo gobernar?".

Tomás de Aquino se esfuerza y le da toda clase de consejos. Desde ver dónde deben construirse las ciudades hasta cómo aplicar multas.

Al final, expresa el siguiente consejo “Busca lo trascendente y no la efímera gloria que no es sino el juicio de los hombres que opinan bien sobre los hombres, dijo San Agustín”.

Santo Tomás de Aquino critica a quienes viven buscando el halago de los demás. En primer lugar, señala el Doctor Angélico, “dañaría a los reyes el hecho de padecer ellos tantos trabajos y desvelos por una recompensa tan efímera. Pues en los asuntos humanos nada parece haber tan efímero como la gloria y el honor del favor de los hombres, ya que dependen de sus opiniones y palabras, que es lo más cambiante en la vida humana y por lo cual el profeta Isaías denomina flor de heno a este tipo de gloria; además la ambición de gloria humana está reñida con la grandeza de ánimo. Quien busca agradar a los hombres ha de plegarse necesariamente, en cuanto habla o hace, a lo que ellos quieran, y, al intentar complacer a todos, se hace esclavo de cada uno de ellos”.

La ambición de gloria tiene como vicio anexo la hipocresía. Ella obliga a disimular la posesión de virtudes. “La ambición obliga a volverse malos o falsos a muchos. Ocultan una cosa en su corazón, revelan otras con la lengua, tienen más apariencias que cosas naturales”.

Tomás de Aquino nos recuerda que “conseguirá la gloria quien la desprecia”. Y rememora lo que se afirmó del romano Cato que “cuanto menos buscaba la gloria, tanto más la obtenía”.

Algunos pensarán que todo esto no es más que buenas intenciones. Ya no es necesario el uso del “discurso” para convencer. Sólo se requiere de un buen manejo mediático, la denuncia fácil acompañada del escándalo público, la “frase” de no más de 30 segundos para vencer. “La alegría ya viene” o “Viva el cambio”.

Pero así, la política –entendida ésta como acción de civilización y cultura– se ha ido devaluando y reduciendo a niveles que ya empiezan a ser peligrosos para la propia sociedad.

Por el contrario, una política de la trascendencia nos enseña que si somos fieles en el servicio de la república, ello será recordado con orgullo por nuestros hijos y por los hijos de nuestros hijos. Que los grandes hombres y mujeres que nos han precedido sean recordados con nombres de plazas y calles, monumentos y homenajes póstumos, ya que ésta es la hermosa e ingenua forma que los seres humanos hemos encontrado para expresar nuestras ansias de trascendencia.

Los jóvenes, creo yo, agradecerán a los políticos que se atrevan a practicar esta política. Finalmente, mucho más gloriosa que aquella que vive del escándalo y del lucimiento personal.

Por lo menos, así lo pensaba Tomás de Aquino.



Maquiavelo y nosotros sus lamentables seguidores

Es difícil querer a Nicolás Maquiavelo, el tristemente famoso florentino que nació el 3 de mayo de 1469 y que escribió “El Príncipe” en 1513. El no describe repúblicas ideales, como Platón o San Agustín, sino que nos revela los Estados tales como son. En ellos no reina la compasión, ni la justicia, ni la paz. Por el contrario, el príncipe tiene que aprender a ser malvado, cruel, mentiroso cuando así se requiera.

En 1478 ve o se informa de primera mano del terrible final de un intento de asesinato de Lorenzo el Magnífico. Desde la plaza de los Florentinos han visto al arzobispo de Pisa y a su cómplice Pazzi colgados del cuello, tras ser arrojados por las ventanas de palacio. La muchedumbre se burlaba, mientras dos hombres desesperados gesticulaban y se

golpeaban en un intento grotesco por salvar sus vidas. Y, peor aún, desde la plaza se escuchaban los aullidos que venían desde la catedral y que surgían de las roncadas gargantas de la multitud que despedazaba a los conspiradores que habían quedado atrapados adentro. Estos habían asesinado a puñaladas a Julián de Médicis a la señal convenida: la elevación de la hostia por el sacerdote. Así concluía la Semana Santa iniciada en animada concelebración entre Pazzis y Médicis.

Maquiavelo –a diferencia de Platón, que apostaba a la filosofía redentora, y de Agustín de Hipona, que creía en la salvación por gracia divina– no se hacía muchas ilusiones respecto de los seres humanos, fueran estos príncipes, ciudadanos o súbditos.

“Todo aquel que dé forma a un Estado y le proporcione sus leyes ha de dar por supuesto que todos los hombres son malvados y que actuarán con la maldad de su espíritu siempre que les sea posible”, dirá desconsolado. No escribe acerca de cómo le gustaría que fuesen las cosas, sino que describe lo que ha visto.

Es más, él no sólo ha visto la maldad del ser humano, descarriado por su vanidad personal y ambición de poder, también la ha sufrido. Con la caída de la república, Maquiavelo es despojado de su cargo, multado y desterrado. Y luego será torturado salvajemente mediante el

“strappado”. Cuatro veces es lanzado al vacío, colgado por atrás por las muñecas, lo cual casi le separa los brazos del cuerpo. Pero sobrevive.

Su terrible error es dar a conocer lo que ha visto, para indignación de nosotros, hipócritas que odiamos el reconocimiento abierto de nuestra maldad, la cual ocultamos pero que sin duda practicamos. Así escribe “El Príncipe” ligando inmortalmente su nombre a un libro que no es más que un “manual para gánsters”, como dirá un indignado Bertrand Russell.

Hitler y Mussolini lo leerán. Este último dirá que “Maquiavelo fue el más grande de los filósofos italianos... el maestro de todos los maestros de la política... pero no sentía el suficiente desprecio por la humanidad”.

Su obra y sus seguidores son monstruosos. Ella fue fruto de un hombre atormentado por lo que veía. Lo agobió la caída del propio catolicismo en el más brutal cinismo. Por eso recuerda “Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios”. “Por favor –parece decir– no mezclemos al Hijo del Carpintero en este horroroso juego”. De hecho, muere el 21 de junio de 1527, tras haber solicitado y recibido los últimos sacramentos.

Sus seguidores se cuentan por millones. Para ellos, “cualquier fin justifica cualquier medio”. Creen así interpretar a su maestro. Pero se equivocan. Maquiavelo jamás aprobaría el

poner la mentira, la audacia y la fuerza al servicio del poder personal, del propio interés. El, lo que quiso enseñar a un príncipe que jamás lo leyó, fue que muchas veces iba a tener que faltar a su palabra, no cumplir una promesa o incluso ser cruel, por el bien de su Patria.

Para Maquiavelo, los bienaventurados en política eran aquellos que estaban dispuestos a perder el alma, perder un gozo inmortal en el cual Maquiavelo creía, con tal de fundar o mantener un Estado. Lincoln sabía que debía hacer la guerra para acabar con la esclavitud. Horrorosa decisión. Chamberlain fue un pacifista que no quiso prepararse para combatir a Hitler y casi arrastró al infierno a Gran Bretaña. Churchill la salvó.

Quien quiera participar en política sabe que "quien pone los malos medios, los impone". En el siglo veinte, Mahatma Gandhi y Martin Luther King se opondrán a la herencia maquiavélica, cuyos padres son los César Borgia y Alejandro VI de este mundo. Necesitamos seres humanos de alma grande para edificar un mundo mejor. Pero mientras no los tengamos, por lo menos exijámonos que cuando nos veamos envueltos en dilemas trágicos pensemos en el bien de la república y de la democracia, y no en nuestro propio interés (que tendemos a confundir en los primeros).

El Consejo de Maquiavelo

Corría el año de 1502. La república de Florencia se encontraba gravemente amenazada por sus vecinos. Era necesario contar con más fuerzas armadas y la mayor prudencia política. El Gonfaloniero Mayor debe pedir a los aristócratas un aumento de los impuestos. Pier Sonderini, líder de la república florentina, convoca al Consejo Grande. Debe convencer a los ricos y a la propia Iglesia Católica de entregar un diezmo de sus propiedades.

Como la tarea no es fácil, Soderini recurre a Maquiavelo, su asesor. Este, sabedor de que un ejemplo adecuado vale mucho más que un buen razonamiento, cuenta una historia. “Recurre a la memoria de la caída de Constantinopla en manos de los turcos, que se había producido en 1453. Cuenta Maquiavelo que el emperador convocó a los ciudadanos a fin de pedirles dinero y ayuda para hacer frente al terrible enemigo que se acercaba. Ellos “se

mofaron del asunto". Se produjo el asedio y, en cuanto oyeron el estruendo de los cañones que batían las murallas y los alaridos de las tropas turcas, llorando acudieron al emperador con puñados de dinero en el regazo. Él los expulsó diciéndoles: "Id a morir con ese dinero, dado que no habéis querido vivir sin él".

La historia aparentemente resultó ser convincente. Soderini logró el aumento de impuestos y la República de Florencia sobrevivió una década más. Maquiavelo dirigió las milicias y la caballería florentina, financiadas con los dineros recaudados, lo que significó el máximo momento de gloria para la república: la caída de Pisa.

La anécdota viene al caso. Por cierto, se trata de una situación extrema: la guerra. Y, al mismo tiempo, se trata de una imagen que lleva al límite la enseñanza prudencial que esconde.

¿De qué se trata?

De entender que debemos ser desprendidos de nuestros bienes, incluso de los no superfluos, en situaciones de riesgo social. O bien, digámoslo de otra manera, significa que debemos pensar en el interés general no sólo por razones de altruismo religioso, humanista o cívico. Debemos anteponer el interés general también por razones de conveniencia.

En general, el consejo de Maquiavelo no ha sido escuchado por la clase política y empresarial latinoamericana

y nacional. Analicemos una vez más el tema de nuestra carga impositiva. Parece ser una cuestión que se niega a desaparecer. Bueno, lo cierto es que más allá de la oportunidad, es claro que más temprano que tarde deberemos aumentarla. Si queremos salud digna, trabajo y seguro de desempleo adecuados, educación de calidad para todos y previsión social para un Chile que se envejece, lo cierto es que nuestra carga impositiva es baja y nuestro Estado más bien pequeño. Muy lejos de Europa y del propio Estados Unidos.

Es cierto que no parece el momento adecuado de plantear el tema. Pero en tiempos de bonanza, cuando crecíamos al siete por ciento, tampoco fue oportuno hacerlo. Las críticas en contra de quienes lo plantearon fueron despiadadas y extremas. La razón era obvia: si estamos creciendo tan rápido, no ajustemos nada del "modelo". Funciona bien. Y con los impuestos que recaudemos con tamaño crecimiento y con los beneficios propios de éste, los problemas sociales serán resueltos. Sabemos que en 1997 los chilenos ya no quisieron esperar más. Más de 860 mil dejaron de votar por la Concertación y más de dos tercios señalaron en las encuestas que preferían una mejor redistribución de la riqueza a más crecimiento.

Y quizás el razonamiento debiera ser inverso respecto de cuál es el momento adecuado para aumentar el gasto fiscal y/o aumentar impuestos. Pues, ¿no es la crisis el momento

más oportuno para practicar la justicia redistributiva. Es oportuno recordar la historia de José y sus siete años de “vacas gordas” y siete de “vacas flacas”. Esa historia de sabiduría demuestra que en tiempos de prosperidad debemos ahorrar y en los momentos de deterioro económico abrir los graneros de trigo y gastar. Cuando los más pobres empiezan a caer en la indigencia y las pequeñas y medianas empresas quiebran porque no tienen apoyo financiero adecuado ni demanda interna suficiente, ¿no será el momento del supremo aporte del Estado, sistema político creado por los ciudadanos para su servicio?

¿No será que nos estamos pareciendo más a los nobles bizantinos de 1453 que a los aristócratas florentinos del 1502?

¿Qué hemos reflexionado a partir de la elección de Lula en Brasil, con más de cincuenta millones de votos? Esperamos que su gobierno sea próspero para el bien del Brasil y de América Latina. Nosotros, por nuestra parte, debemos preguntarnos: ¿No será Lula el Gran Turco que asoma su cabeza sobre las murallas de la ciudadela de la injusta prosperidad?

Maquiavelo nos diría que más vale dar algo, antes que terminar perdiéndolo todo.

Ese es el consejo del príncipe del realismo político, no de un idealista ni de un iluso promotor de reformas sociales.



Cuauhtémoc

o de la fortaleza del líder

Los pueblos requieren de jefes que hagan de la fortaleza virtud. Esta consiste en la capacidad de estar dispuesto a sufrir y ser herido una vez más. Y ello en aras de la defensa de nuestra dignidad, de nuestros derechos personales y comunitarios.

Por cierto, la fortaleza, en cuanto virtud, supone un fin noble. Es decir, la fortaleza debe estar orientada por la justicia. Hernán Cortés fue un hombre fuerte hasta el extremo, pero claramente su potencia la puso al servicio de un fin injusto: la codicia.

E igualmente la fortaleza debe ser conducida por la prudencia. Esta es aquella sabiduría práctica que nos enseña en

cada caso a distinguir cobardía y temeridad de fortaleza. Es un temerario quien entra al campo de batalla, en condiciones absolutamente adversas, pudiendo evitarlo noblemente. Es un cobarde quien huye, debiendo y pudiendo combatir.

Fortaleza y debilidad en el liderazgo. Esta es la diferencia que separa a Cuauhtémoc, "Águila del crepúsculo" de Moztecuma, el "Señor del seño adusto".

El Imperio Azteca cayó como consecuencia de una serie de factores, entre los cuales está la debilidad de su líder, Moctezuma. Este, creyendo equivocadamente que se enfrentaba a dioses, no supo escuchar a los nobles y sacerdotes que lo llamaron a resistir al invasor. Moctezuma vaciló una y mil veces. Intentó evitar el combate enviando oro, regalos fastuosos, embajadores serviles y brujos para detener a Hernán Cortés. Este, lector de Maquiavelo, entre más oro se ponía a sus pies y más debilidad veía en su enemigo, más seguro se sentía de su triunfo final.

Moctezuma murió de una forma ignominiosa. Según los invasores, cuando trató de persuadir por última vez a los aztecas que no había que resistir, fue apedreado y flechado por su pueblo hasta la muerte. Lo acusaron de vil y "mujer de los españoles". Según los códices indígenas de la época, la verdad es que fue asesinado por los

conquistadores. Ello ocurrió en junio de 1520 cuando ya había perdido toda autoridad y no era de ninguna utilidad para ellos.

Dos valerosos aztecas le sucedieron. El primero fue Cuitláhuac, valeroso y astuto señor de Ixtapalapa, quién había expulsado a los españoles durante la “Noche Triste”. Esa noche en que Hernán Cortés casi sufrió la muerte junto a todos sus hombres. Pero el triunfo azteca se transformó en tragedia de extraña forma. Cuenta la historia que un soldado negro a las órdenes de Pánfilo de Narváez trajo la viruela. Ella se desató como lepra matando incluso al nuevo señor azteca.

Fue así como entró a la historia el joven príncipe de Tlatelolco. Desde septiembre de 1520 hasta principios de 1521 fue el undécimo emperador de México. Al ser ungido en el Templo Mayor llamó a los suyos al valor, fe inquebrantable en los dioses y decisión para vencer en aquella amarga hora; porque la derrota significaba esclavitud y muerte.

Hernán Cortés, en astuta y despiadada síntesis de las motivaciones españolas, ordenó la marcha final. Su arenga fue la siguiente: “Que pues vamos ya, sirvamos a Dios, honremos nuestra nación, engrandezcamos nuestro rey y enriquezcamos nosotros, que para todos es la empresa de México. Mañana, Dios mediante, comenzaremos”. Su furia se

desató e hizo aliados en pueblos enemigos de los aztecas. Así llegó a Tenochtitlán con 86 caballos, 118 ballesteros y escopeteros, tres cañones grandes y 15 tiros pequeños. Con ellos había llenado de terror a Moctezuma, no así a Cuauhtémoc.

La heroica resistencia de 75 días fue inútil. El hedor de los cadáveres era insoportable en Tenochtitlán. Sobre el Lago de México flotaba una muchedumbre de cadáveres. El 13 de agosto de 1521, el cielo de Anáhuac comenzó a llover. Llovió sin cesar hasta medianoche. Los españoles entraron a Tlatelolco donde “no podían andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos”.

Cuauhtémoc fue tomado prisionero y llevado a Hernán Cortés. Al conquistador de México le dijo: “Señor Malinche: ya he hecho lo que soy obligado en defensa de mi ciudad y no puedo más. Pues vengo por fuerza y preso ante tu persona y poder. Toma ese puñal que tienes en el cinto y márame luego con él”. Y se puso amargamente a llorar junto con sus compañeros de armas.

Lamentablemente para él, Hernán Cortés le perdonó la vida. Más tarde fue torturado para sacarle confesión acerca del tesoro de Moctezuma. Nunca fue encontrado. Algunos sostienen que ya no quedaba nada de él. La codicia española todo lo había devorado o destruido.

En Allacán, en 1525, fue decapitado Cuauhtémoc. Murió señalando con sus amigos que “valía más morir de una vez que morir cada día en el camino viendo la gran hambre que pasaban los labriegos y parientes”. A Cortés lo acusó de mentiroso y le dijo: “...me matas sin justicia. Dios te la demande, pues yo no te la di cuando te me entregaste en mi ciudad de México”.

Así murió un gran imperio. Spengler ha dicho que la muerte por asesinato de tan extraordinaria cultura fue trágica para la historia de la humanidad.

Desde esos tiempos sabemos los latinoamericanos que la inferioridad tecnológica, la división de los pueblos y la debilidad de sus líderes son razones más que suficientes para el retraso de nuestras sociedades.

Pero también sabemos que esta tierra es capaz de generar hombres y mujeres fuertes como Cuauhtémoc.



La maldición de Galvarino

Me encuentro en Madrid terminando mis estudios en filosofía. Reflexiono tras una larga mañana de estudios. Tener cuarenta años no es cosa llevadera. El mirarse al espejo y ver el paso del tiempo es inescapable. Llego al momento del balance. ¿Quién eres tú? ¿De dónde vienes? ¿Hacia dónde vas? ¿Cuánto tiempo crees iluso que te queda? La pregunta por la identidad me remite a las comunidades en las que reconozco pertenencia.

Pienso en lo que de hispanoamericano tengo. Cid Campeador, formidable *campi doctor*, y Don Quijote, el de la triste figura, nos impulsan a los ideales de la fortaleza, la sabiduría, la justicia y libertad. Pero estos personajes sólo conocieron las tierras de una España medieval y renacentista. ¿Hay algo más propiamente nuestro? ¿Alguien que nos llame más resueltamente a nosotros, chilenos? ¡Es Don Alonso de Ercilla el que debemos salir a buscar! Tras mi “luminoso

descubrimiento", he partido a viejas librerías a buscar La Araucana de mi primera juventud.

En calle Prado con Etchegarray he encontrado a un viejo hombre. Rodeado de miles de libros me ha mirado sorprendido. "¿Una Araucana, me dice Ud.? Pues hay un edición del siglo XIX. Espere un momento", me señala. Molesto se levanta de su viejísimo sillón color café. "Creo que tengo algo más antiguo, pero incompleto". Y entre medio de libros y libros, desentierra ... ¡una Araucana del siglo XVIII! Me dice con voz afectada e iniciando la negociación. "Sólo tengo la primera parte, hasta el canto XXIX. Eso sí, es una edición de valor incalculable".

Me la extiende y yo, aparentando despreocupación se la recibo. Sé que no puedo mostrar ansiedad. Eso sí, reconozco el valor del libro. "Bueno, ¿cuál es su precio?"... pregunto sereno. Diez minutos más tarde, salgo presuroso de la librería. Porto en una infame bolsa de plástico, a mi nueva compañera.

Ella es amiga tan fiel, que lleva cinco siglos hablando de las gestas de españoles y araucanos. Esos que en furioso abrazo engendraron Chile. Don Bernardo, de apenas diecisiete años, la leyó durante sus solitarios estudios en Inglaterra. De noche la leía y lloraba.

Ya de noche, en mi habitación de atrasado estudiante, empiezo a leer. Busco las respuestas a mis preguntas por

identidad ¿Qué motivaba a españoles y araucanos? En el canto segundo encuentro la descripción de la primera asamblea democrática de Chile. “Ardiendo en viva rabia y avergonzados por verse de mortales conquistados” los caciques araucanos se reúnen. Ahí están Tucapel, Ongol, Cayocupil, Millarapué, Paicabí, Lemolemo, Elicura, Ongolmo, Lincoya, Caupolicán, Tomé y Andalicán. Alonso de Ercilla no vacila en elogiar a estos valientes “mostrando en verse juntos gran contento”.

El más viejo y sabio de ellos es Colo Colo. En un discurso, que elogiará Voltaire en 1726, los llamará a no dividirse en afanes vanos de protagonismo. Les recuerda que son iguales y que se deben a su patria. “Pares sois en valor y en fortaleza, el cielo os igualó en el nacimiento; de linaje, de estado y de riqueza hizo a todos igual repartimiento...” “mas ha de haber un capitán primero, que todos por él quieran gobernarse”. No cuesta imaginar el hondo impacto que estas palabras causaron en Don Bernardo, el campeón de la igualdad.

Leo con inquietud. Don Alonso es a tal punto imparcial que será criticado por siglos por los españoles. Ahí está la crueldad con Galvarino. Este, sin manos y deshecho en heridas y sangre, llega al senado secreto que ha reunido a los araucanos para decidir las cosas de la guerra. Reclama contra el tirano que trata de infundirles miedo con

tan aleveso expediente. Mas sobre todo alega en contra de las falsedades de los españoles.

“Y es un color, es apariencia vana querer mostrar que el principal intento fue el extender la religión cristiana, siendo el puro interés su fundamento; su pretensión de la codicia mana; que todo lo demás es fingimiento, pues los vemos que son más que otras gentes adúlteros, ladrones, insolentes”.

He aquí pues, marcado literalmente a sangre y fuego, el dilema de la nación hispanoamericana. ¿Qué nos motiva? ¿La codicia por bienes terrenos o el anuncio liberador de la buena nueva para los pobres, el año de gracia del Señor? Galvarino tenía clara la respuesta al dilema y nos maldice desde el pasado por hipócritas. Cierro “La Araucana”. Es tiempo de descansar, pero sé que no será una noche tranquila, sino de desvelo.



Bartolomé de las Casas, la justicia y un lugar llamado Verapaz

Que el hombre dé al hombre lo que a éste le corresponde: he aquí la base de toda ordenación justa de la sociedad. No debemos quitarle al otro lo que en justicia le corresponde: su vida, dignidad, derechos y propiedad.

El hombre justo es aquel que es movido por una voluntad constante e inalterable de dar a cada cual su derecho. Justa es la mujer que no se reconoce sierva de nadie pues sabe de su dignidad como un derecho y deber. Justa es la mujer que reconoce los derechos del otro, particularmente del extraño, que no es cubierto por el amor, o del más débil, que no se puede defender.

Y un problema de justicia surgió en 1492. Cuando Cortés conquistó México y Pizarro el Perú, la pregunta se planteó con fuerza: ¿Con qué derecho le arrebatan a esos pueblos autóctonos sus tierras, personas y les imponen creencias y costumbres extrañas? Fray Antonio de Montesinos O.P., en su

homilía ante Diego Colón el primer domingo de adviento, reclamó tamaña injusticia diciéndoles a los conquistadores: “Vosotros estáis todos en estado de pecado mortal”. Para justificar la expropiación se procedió a denigrar a los indios como “gentes falaces y mañosas, naturalmente haraganas y viciosas.” Se aducía que incluso celebraban sacrificios y comían carne humana. Así Juan Ginés de Sepúlveda invocó el nombre de Aristóteles según el cual había razas inferiores que nacían para ser esclavas. Este era el caso.

El que protestó en contra de ello fue el que ha sido llamado el padre de los derechos humanos de América: Bartolomé de Las Casas. Fue hombre justo. Ya a partir de 1514 acusó a los españoles de ejercer un gobierno injusto y tiránico, mediante acciones que no eran ni católicas ni humanas sino diabólicas. A Carlos V le hizo ver que en las tierras de América “no hay cristianos; sólo demonios. No son servidores de Dios ni del rey y en verdad el mayor obstáculo que me impide convencer a los indios de abandonar sus costumbres guerreras y adoptar un estilo apacible de vida, es el trato salvaje y cruel que le dan los cristianos españoles”.

Bartolomé de Las Casas hacía recordar el asombro que habían sentido los españoles al conocer las encumbradas torres, pirámides y edificios alzados sobre el agua en Tenochtitlán. Esa era la capital de un imperio que albergó a once millones de personas. No había pues inferioridad. La cultura indígena

conocía también la belleza, la verdad y la bondad.

Además, Bartolomé de Las Casas, sostenía con pasión y elocuencia, que todos los hombres deben ser libres porque ante Dios la libertad es un atributo esencial de la naturaleza humana. "La humanidad es una" y "Todos los pueblos del mundo son humanos" Por ello, Bartolomé de Las Casas proclamó en contra del uso de Aristóteles por parte de Ginés de Sepúlveda: "¡Adiós Aristóteles! De boca de Cristo, verdad eterna, recibimos el mandamiento de amar al prójimo como a nosotros mismos".

Finalmente, Las Casas alegó en contra de la injusticia de arremeter asesinando, aterrorizando, afligiendo, torturando y destruyendo pueblos enteros. Y tal matanza de "un número infinito de almas" se debía a la insaciable codicia y ambición de adquirir oro y atosigarse de tesoros. La brutalidad más las enfermedades traídas por los españoles llevaron a los nativos a un desastre demográfico de increíbles proporciones.

Bartolomé de Las Casas y los dominicos no se quedaron en arengas. Intentaron evangelizar las nuevas tierras por medios pacíficos. Es así como en 1537 fundaron en Guatemala la colonia de Verapaz o Tierra de la verdadera paz. Establecieron comunidades indígenas agrícolas autogobernadas. Y su aplicación fue exitosa. Pero la brutalidad de los soldados y la codicia de los encomenderos impusieron sus designios.

Como hombre virtuoso que era, Las Casas fue perseverante. Así lejos de desesperarse alegó que la experiencia de

Verapaz demostraba que había una forma pacífica de evangelización. Así terminó por convencer a Carlos V. Este suprimió la encomienda y estableció leyes más justas. Los españoles del Perú se sublevaron y en México las autoridades apoyaron a los encomenderos. Las Casas insistió y como Obispo de Chiapas prohibió dar la comunión a todo soldado, estanciero o dueño de minas que no firmara un promesa notarial de liberar a los indios.

Fue tal su tesón que fue acusado de traición. Fue convocado a Madrid en 1547. Nunca más pudo volver a América. Su lucha intelectual, espiritual y política la mantuvo hasta su muerte en 1566. Murió deseando "morir y vivir lo que viviere en la fe católica", donando sus libros a su comunidad, enviando reales y maravías a los indios de Chiapas y temiendo que Dios castigase a España por los males perpetrados en Las Indias.

Bartolomé de Las Casas no vio el fin de la esclavitud impuesta a sus hermanos en América. Como tampoco el jesuita Pedro Claver, quien continuaría la obra de Las Casas, pero ahora sirviendo a los esclavos de color. El Padre Claver, horrorizado por el comercio de esclavos, se comprometió a "ser el esclavo de los negros para siempre". Se entregó a ellos por completo hasta morir en 1654. Fue canonizado en 1888.

Ambos hicieron de sus vidas un testimonio conmovedor de justicia y perseverancia que merece ser recordado una y mil veces. Es lo que se le debe a los hombres justos.



Tras la huella de Don Quijote

Hay una bella canción de Serrat en la que el cantautor implora a Don Quijote que le haga un sitio en su montura. Lo ve regresando triste a su hogar. Y sin embargo, todos hemos querido alguno vez acompañar al manchego de la triste figura, “el más casto enamorado y el más valiente caballero”. Si todos los hombres han de morir, Miguel de Cervantes no ha muerto aún. Durante mi estada en España, concurro a Alcalá de Henares. En esta ciudad sostienen que Don Quijote es el libro más vendido después de la Biblia. Impresiona verlo traducido en japonés, chino, ruso o húngaro.

Sabemos que su éxito inmediato, en los siglos XVII y XVIII, se debió a que Don Quijote era un jocoso libro de burla de las viejas andanzas de la caballería. Se trataba de llamar a la risa a costa de esas “telenovelas” de la Edad

Media. Esas como la Historia de Belianís de Grecia, que en los dos primeros libros su héroe ya ha recibido ciento y una heridas graves. De eso se trataba, aparentemente, de reírse de ese pobre viejo que “del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio”.

Sin embargo, al correr de los decenios que se hicieron siglos, Don Quijote comenzó a representar valores universales. Y de esos valores universales se nutrió Hispanoamérica y, por ende, Chile. Hablemos entonces del idealismo que conduce a molinos de viento que son los gigantes que aplastan la justicia y la libertad.

Cuando Lorenzo le pregunta a Don Quijote qué escuelas ha cursado su merced, Don Quijote hace saltar por los aires nuestra obsesión por los títulos profesionales, master y MBA. “La de la caballería andante que es tan buena como la de la poseía, y aún dos deditos más”. Don Lorenzo, el escéptico de todos los tiempos que llevamos dentro, alega “No sé qué ciencia sea esa, y hasta ahora no ha llegado a mi noticia”.

¿Qué era (es) pues ser caballero andante? ¡Vamos Don Quijote, instrúyenos! “Es una ciencia que encierra en sí todas o las más ciencias del mundo, a causa de que el que la profesa ha de ser jurisperito, y saber las leyes de la justicia distributiva y conmutativa, para dar a cada uno lo que es suyo y lo que le conviene; ha de ser teólogo, para saber dar

razón de la cristiana ley que profesa, clara y distintamente, adondequiera que le fuere concedido (...) (...) ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos, y, finalmente, mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida defenderla...”.

Don Quijote vive en otro mundo ciertamente, no en el nuestro. En él la distancia entre los ideales de justicia y nuestras deshilachadas realidades no existe. En ese mundo la verdad es valor central. El señor dinero no es poderoso ni se atreve a gobernar. En ese mundo, Sancho se hace inmortal pues acepta la conversión. Y de tanto sufrir fielmente y acompañar lealmente se hace merecedor de un reino. Claro que es una “ínsula” como las que existían en el mundo de Don Quijote. Pero lo importante, lo sabían bien estos caballeros, es invisible a los ojos. Por eso Sancho exclama agradecido “pues por solo ocho meses de servicio me tenías dadas la mejor insula que el mar ciñe y rodea!”.

Una y otra vez, sale de los labios de Don Quijote la palabra libertad. Ello porque ya a los cuatro años la familia de Cervantes debió de emigrar por culpa de la maldita enemiga de toda libertad: la necesidad económica. Desde 1575 hasta 1580 Miguel de Cervantes es prisionero de los corsarios berberiscos. Se intenta fugar cuatro veces. Denunciado por un traidor, se declara el “único autor de ese negocio” y es

encerrado en el baño del rey con grillos y cadenas durante cinco meses. Cuando es liberado, su vida no fue fácil. Se endeuda, no puede pagar y es encarcelado. En otra ocasión, es injustamente encarcelado en la Cárcel Real de Madrid. ¿Cómo no iba amar la libertad?

Por eso dice a Sancho que “la libertad es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad así como por la honra se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres”. Don Quijote sabe que la libertad no sólo es vivir fuera de la cárcel. Hay otras prisiones que no por no tener barras, grillos ni ladrillos, encarcelan menos al espíritu. Hay veces que las obligaciones de las recompensas, beneficios y mercedes recibidas o por obtener “no dejan campear al aire libre. ¡Venturoso aquel a quien el cielo dio un pedazo de pan sin que le quede obligación de agradecerlo a otro que al mismo cielo!”.

Me retiro de la casa de Miguel de Cervantes y Saavedra de Alcalá de Henares. Habiendo tomado el hábito de la Venerable Orden Tercera de San Francisco fue enterrado como un pobre capuchino. Mientras enfilo a mis preocupaciones y ambiciones de siempre, vuelvo, por un instante siquiera, a querer gozar de esa libertad que soñé de niño. ¡Don Quijote, hazme un sitio en tu montura!



Sor Juana Inés de la Cruz y la valentía de ser mujer

Juana de Asbaje nace en México el año 1648. Nació mujer en un mundo de hombres. Desde los tiempos de Platón y Aristóteles los hombres eran los hijos de la racionalidad y la inteligencia, mientras que las mujeres lo eran de la percepción sensorial y sensual. Las mujeres eran para el hombre lo que es el cuerpo al alma. Por ende, estaban restringidas a cumplir las funciones domésticas y propias de la reproducción sexual. Un siglo después de la muerte de nuestra heroína, los hegelianos sostenían que las actividades públicas propias del estado, la economía y la ciencia requerían mentalidades abstractas y generales, no particulares y concretas como las de las mujeres.

A pesar de ello, Juana se convertiría en uno de los grandes poetas barrocos del siglo XVII y, en opinión de

muchos, uno de los grandes poetas de todos los tiempos. Así por lo menos lo sostiene Carlos Fuentes, a quien seguimos en estas notas biográficas. ¿Cómo lo logró? Con la valentía que dan las convicciones y caracteres fuertes.

En efecto, y consciente de su desigual condición inicial de cara a los hombres, a los siete años de edad le rogó a su madre que la dejase vestirse como niño, a fin de poder estudiar en la universidad. Era tan inteligente y perseverante que ingresó a la corte virreinal durante la adolescencia. Ahí asombró a los profesores universitarios con sus conocimientos de todo. Sin embargo, su fama trajo la envidia y la persecución. Por ello ingresó a la Iglesia Católica en búsqueda de protección. La alcanzó por un tiempo y se recluyó en su celda en el convento de San Jerónimo con más de 4.000 volúmenes, sus papeles, sus plumas, tinta, instrumentos musicales. Religión y letras, pasión y razón, sabiduría y creatividad, perseverancia y alegría harían nacer a Sor Juana Inés de la Cruz. Su obra llegó a la Europa misma y fue objeto de admiración.

Lamentablemente un espíritu libre, genial y femenino no fue tolerable para su época. El arzobispo de México, Aguiar y Seixas, se abatió sobre ella. A los cuarenta años se quedó sin biblioteca, instrumentos musicales, plumas ni tintos. Silenciada, murió tres años después. Era en México el año en 1695.

Faltaban aún tres siglos más de discriminación. El espíritu ya completamente libre de Sor Juana Inés de la Cruz deberá soportar las teorías de Adam Smith y Hegel, Kant y Mill, Rousseau y Nietzsche. Ellas, que son opuestas en casi todo, justificaron el menosprecio de la mujer y se erigieron en contra de las aspiraciones igualitarias de la poetisa mexicana y barroca.

Pero, el muro finalmente comenzó a caer a principios del siglo veinte. Como recuerda, Ulrich Beck, los cambios en la vida de las mujeres occidentales y sobre todo respecto de las más privilegiadas se han producido por una serie de factores.

En primer lugar, la prolongación de la esperanza de vida ha alterado la biografía femenina. Aun cuando alguna entienda que su único fin en la vida es la procreación, cuidado y crianza de sus hijos, tales “deberes maternos” acaban a los 45 años. Luego de ello quedan, como término medio, tres décadas de “nido vacío” y nuevos horizontes de vida. En segundo lugar, la existencia insular de la mujer en la cocina y en la casa se acaba, pues numerosos aparatos, máquinas y ofertas de consumo descargan y facilitan el trabajo doméstico.

En tercer lugar, los métodos anticonceptivos y las nuevas formas de planificación familiar, hacen que cada vez más las mujeres puedan decidir el sí, el cuándo y el número de hijos. En cuarto lugar, el divorcio ha enseñado a las mujeres que el retiro del padre-proveedor trae

normalmente pobreza. Se suma a ello el encarecimiento de la vida familiar y el muchas veces inestable y mal remunerado empleo del marido, por lo que ellas deben ingresar al mundo del trabajo remunerado. Finalmente, la lucha de las mujeres por la igualdad, acogida en movimientos sociales e idearios políticos de todo el mundo occidental, ha traído el reconocimiento de los derechos civiles, políticos y sociales de las mujeres. Ellas, cada vez más educadas e ingresando al mundo del trabajo remunerado por necesidad y/o deseo de desarrollo, han exitosamente conseguido derechos a los cuales Sor Juana Inés de la Cruz no pudo acceder para desgracia de la humanidad.

Así pues, Juana Inés de la Cruz comienza a gozar de su victoria. Como lo señala Carlos Fuentes, derrotó a quienes la silenciaron puesto que su poesía barroca tuvo la capacidad de abrazar, para siempre, las formas y las palabras de la abundancia del Nuevo Mundo. Ella misma se preguntó si su poesía no era más que un producto de la tierra: "¿Qué mágicas infusiones / de los Indios herbolarios / de mi Patria, entre mis letras / el hechizo derramaron?". Además, su ejemplo, es parte de la historia de la dura conquista de los derechos de la mujer. Ellas cuya irrupción en el mundo de la política, las ciencias y la economía constituye la más importante revolución pacífica y democrática del siglo XX.



John Stuart Mill y la sagrada libertad

Tzetan Todorov, el intelectual del “respeto al otro como legítimo otro” y víctima personal del totalitarismo, nos cuenta de una gran exposición parisina en contra de la censura realizada a fines de los noventa. París era una fiesta. Los más diversos grupos daban a conocer sus opiniones, orientaciones y preferencias morales, sexuales, estéticas, ideológicas. Además, cosa que ya llamó la atención a Todorov, se daban a conocer fuertes imágenes y fotos de toda clase de hechos aberrantes y abominables. Pero, parecía no importar, pues se trataba de promover la libertad de expresión. Por ello, todo era alegría y tolerancia.

Sin embargo, la felicidad ultraliberal llegó a su fin cuando un grupo de neonazis reclamó su derecho a pegar

afiches que promovían sus ideas racistas. Gritos, pugilatos y el fin de la tolerancia.

¿Quiénes fueron los parisinos antiliberales? ¿Los que impidieron a los neonazis hacer apología del genocidio o, por el contrario, los seguidores de Adolfo Hitler?

El debate viene a colación, pues más allá de los partidarios del liberalismo en el ámbito económico, surge la demanda relacionada por la cuestión de las llamadas libertades culturales.

Al respecto, diremos que no basta con esgrimir consignas propias del foro y no entrar al debate sincero y riguroso. Quien grita "¡censura o libertad de expresión!" falta a la verdad. La reciente abolición de la censura ha parecido poco para algunos. Sigue la censura cinematográfica a través de la calificación X, se declara. Los liberales individualistas reclaman que ver un film pornográfico o violento no afecta a nadie más que al propio sujeto que los ve y, por ende, las limitaciones son inaceptables. El planteamiento liberal clásico, inspirado en John Stuart Mill, exige que la sociedad respete esa libertad que a nadie afecta, sólo a su dueño. ¿Por qué someter al agravio de tener que ir a un cine especial? ¿Si no le gusta la violencia, no la vea! Que el multicine del "Plaza Trébol" se abra a todos.

Se parte de la base de que nadie es mejor que el mismo individuo para conocer y defender sus propios intereses

y valores. Empero, si bien esta afirmación es válida, no lo es en términos absolutos. En efecto, Stuart Mill dota al individuo promedio con “demasiado de la psicología de un hombre de mediana edad cuyos deseos son relativamente fijos, que no es susceptible de ser estimulado artificialmente por influencias externas; que conoce lo que quiere y lo que le produce la satisfacción de su felicidad; y que persigue estas cosas como puede”.

Ello, obviamente, no siempre es así. El legislador muchas veces no estima que respetar la autonomía de la voluntad del individuo sea un valor absoluto. De otra forma, ¿por qué obligar a un motociclista a usar casco protector o al trabajador a destinar parte de sus remuneraciones al pago de su jubilación? En ocasiones el individuo, al ejercer su libertad, se hace daño a sí mismo sin agraviar a nadie más y el Estado limita esa libertad. Sería un contrasentido respetar la libertad de un hombre hasta el punto de reconocerle el derecho a pactar su esclavitud. Si un individuo cree que tomando arsénico no morirá, ¿es razonable respetar esa creencia y actuación? Obviamente, cuando el Estado limita la libertad individual, debe demostrar que ello es necesario, hacerlo la menor cantidad de veces y con la menor intensidad posible.

¿La exhibición de lo aberrante no condiciona el comportamiento humano? Si la publicidad no influye en nada,

¿cómo es posible que las grandes corporaciones gasten en el mundo cientos de millones de dólares al año en propaganda televisiva? ¿La libertad de expresión no debe compatibilizarse con la libertad de pasearse con niños por lugares públicos sin exponerlos a la explotación comercial del cuerpo femenino desnudo? ¿Por qué no dejar la hipocresía y reconocer que muchas veces se reclama el derecho a la libertad de expresión para esconder la codicia de quien quiere enriquecerse mediante la venta de pornografía?

Por eso no basta con invocar la libertad a todo dar. Vivimos en sociedad y lo civilizado es una cuestión no sólo de bienestar material sino de elevación moral. No todo es relativo. De otro modo no es justificable que alabemos la libertad y no la opresión. En definitiva, discutamos con rigor. Y no hagamos “guerras de santas” en asuntos del todo discutibles y opinables. Avanzar en nuestras libertades exige el amor a la verdad.



El pequeño Napoleón y el crecimiento económico

Parece ser que nuestra gran tarea nacional y latinoamericana es crecer al 7% anual. El problema es que el contexto internacional lo impide. Algunos agregan, además, que las causas del agotamiento del modelo de crecimiento son más bien internas. La desazón cunde.

Es la obsesión occidental por el tamaño. Entre más grande, mejor. Las metáforas abundan y los ejemplos también. Si la torta es más grande, mayor cantidad a repartir. Siempre que no haya golosos y egoístas que controlen el cuchillo que reparte. Dos cabezas piensan mejor que una. Compare la mente de Einstein con la de todo el mando conjunto del Titanic. Un gran ejército garantiza mayor seguridad nacional. Pero Paul Kennedy sostuvo que llega un

momento en que los grandes imperios colapsan por mantener enormes burocracias militares y ejércitos profesionales. Pregúntele a la ex URSS. Ante los problemas de delincuencia, la solución es más policías, cárceles y retenes. La seguridad en Estados Unidos en 1997 con 1,82% de la población masculina entre 16 y 64 años recluida, es infinitamente menor que en Europa, donde dicho porcentaje no superaba el 0,29%, como en Alemania, Francia, Italia y Gran Bretaña.

Entonces, no siempre más grande es mejor.

Frente a esta misma obsesión del tamaño tuvo que defenderse el pequeño Napoleón, que resultó más grande que una inmensa cantidad de generales que se le enfrentaron, salvo unos tres o cuatro (algunos igualmente chicos de porte). La Biblia nos recuerda a David contra Goliat y la Iliada nos enseña que pudo más la astucia de Ulises que la fuerza de Aquiles.

Lo mismo ocurre con el crecimiento económico. Hay veces que éste puede ser desastroso. Creo que fue Peter Druker el que dijo que la peor maldición para una empresa es tener éxito durante cuarenta años seguidos. Pues, con ello, se habituará al éxito y terminará por fracasar ante su incapacidad para adaptarse a cambios imprevistos o para innovar. Toynbee señaló que las grandes civilizaciones se “duermen en los laureles” y terminan por morir. “Némesis de la capacidad creadora”, dijo ceremoniosamente.

Lo mismo observó Alexis de Tocqueville, a propósito de la Revolución Francesa. Donde más creció la riqueza, más intensa fue la revolución. Samuel Huntington dijo lo mismo en 1968. John Kennedy propuso la Alianza para el Progreso. Promovió más crecimiento económico, más industrialización, más urbanización, más alfabetización, más exposición a los medios de comunicación social y en 1973 hasta las democracias chilena y uruguaya cayeron por igual. Porque mucho más importante que todos esos avances fue el odio que nos llegó de una Guerra Fría que reventó en Sierra Maestra y separó a los hermanos de los hermanos e hizo enemigos a los amigos.

Chile tuvo quizás demasiado dinero fácil proveniente del salitre. Nuestra aristocracia se transformó en oligarquía y vino la debacle con la Primera Guerra Mundial, el abono artificial y la Gran Depresión. Ya no teníamos a políticos innovadores y empresarios pioneros como Ossa, Cousiño, Edwards, etc. Don Miguel de Unamuno dijo que el dinero del salitre nos había corrompido. Y la crisis hizo surgir a Arturo Alessandri, Luis Emilio Recabarren, Pedro Aguirre Cerda, Eduardo Frei, Salvador Allende y a empresarios públicos que crearon la Corfo, Endesa, Cap, etc. Otro tanto ocurrió en Uruguay y, más tarde, a raíz de una guerra civil, en Costa Rica. "Las tempestades hacen nacer a los héroes".

Porque la realidad humana siempre tiene dos caras. El trigo va acompañado de la cizaña. Crecimiento económico acelerado trae zonas geográficas rezagadas, sectores sociales que se hunden, inmigración a la ciudad, concentración urbana, aparición de nuevos ricos que demandan más poderes políticos y reconocimiento social, revolución de expectativas, entre otras cosas.

Por eso la cuestión del crecimiento debe complejizarse. Lo que América Latina requiere es desarrollo integral. La cuestión no es la cantidad, es también la calidad. Crecimiento con equidad. Si no hay un crecimiento alto, ciertamente hay menos que repartir para hacer equidad. Pero eso no significa que nos quedemos de brazos cruzados o sólo apostando y trabajando para crecer al siete por ciento y bajar el desempleo. Eso lo teníamos en Chile el año 1997 y 860 mil personas dejaron de apoyar al gobierno ese año.

Los latinoamericanos quieren trabajo estable, en buenas condiciones laborales y bien remunerados. Cierto. Y si el crecimiento económico que tenemos no lo puede garantizar, busquemos otras fórmulas. Por ejemplo, una asociación entre empresarios, sociedad civil y Estado promoviendo un enorme esfuerzo de capacitación laboral y voluntariado social.

Si un joven o un adulto mayor está cesante, en vez de la tortura cotidiana de salir con currículum en mano

a buscar inútilmente trabajo, decirles que es el gran momento que estaban esperando para la capacitación. Y esas millones de horas de fuerza laboral desocupada, utilizarlas en el mayor esfuerzo de solidaridad que jamás haya conocido América Latina. Que la paradoja de la vida salte a la vista. Cesantes, ayer tristes y desanimados, ayudando orgullosamente a gente que aunque tuviera trabajo no podría ocuparlo por su edad, educación, salud, etc. Eso requiere de un apoyo estatal que en vez de estar hoy destinado a dar empleos parciales de baja calidad, podría destinarlo a este propósito, con el apoyo empresarial. Es la experiencia española, alemana y francesa.

Hay veces en que el tamaño no importa tanto como la calidad. Si no hubiera sido así, Napoleón hubiese sido aplastado por los grandotes de su tiempo. Y los patriotas latinoamericanas no hubiesen tenido la oportunidad que tuvieron y aprovecharon en 1810.



O'Higgins, hombre magnánimo

Hemos hablado largo y tendido acerca de la necesidad de que Chile se atreva a volar alto y que sus dirigentes nos planteen grandes cosas por hacer. Para ello, reclamábamos la necesidad de ver con otros ojos 1810 y los fundadores de la República chilena. Hacer un ejercicio de magnanimidad.

Aquí va, pues, nuestra visión que pretende pensar el Chile del 2010 a partir de un Chile que, a pesar de ser un país pobre y alejado de los grandes centros culturales y económicos, se atrevió a realizar cosas grandes. Estoy hablando del Chile de la Independencia.

Y uno de los principales articuladores (o gestores) de ese Chile fue el Presidente don Bernardo O'Higgins, un hombre notable y magnánimo. Primero que todo, él fue hijo

natural en un país en que el nacer con dos padres conocidos y cariñosos sigue siendo excepcional. El dolor de nacer hijo natural y el ser separado de su madre en su más tierna infancia serían hechos que lo acompañarían siempre.

Le escribe a su padre y recibe por respuesta el silencio.

“Envidia me da de ver a todos mis paisanos recibir carta de sus padres. Mas yo ¡pobre infeliz!, de nadie”...

Su mejor amigo -a quien llegó a querer como padre- que fue a su vez vocal de la Junta de Gobierno de 1819, el astuto abogado de Concepción Don Juan Martínez de Rozas, lo agravia. Este último cede al nepotismo y nombra a su cuñado, Don Antonio de Urrutia Mendiburu, como coronel del regimiento número dos que defenderá el sur de Chile. Estará a cargo de las tropas que hábilmente ha organizado el joven hijo del virrey en Las Canteras y La Laja. A O'Higgins le son concedidos solamente los galones subalternos de teniente coronel. Se abre de nuevo la herida. El solo es un provinciano bastardo y desconocido. Los ricos y nobles, como los Urrutias, son los llamados a mandar.

Don Juan Mackenna, antiguo superintendente de la repoblación de Osorno y amigo de su padre, Don Ambrosio O'Higgins, teme la peor reacción a tan injusta decisión de Martínez de Rozas. Pero ve como Don Bernardo controla la ira y sigue a las órdenes de los patriotas de Concepción.

Don Bernardo transformó su dolor personal en visión de una nueva sociedad. Por ello fue un campeón de la igualdad, no sólo al pensar en los españoles y chilenos, sino que también en los que él llamaba araucanos. Así escribía:

“Detesto por naturaleza la aristocracia y la adorada igualdad es mi ídolo. Mil vidas que tuviera me fueran pocas para sacrificarlas por la libertad e independencia de nuestro suelo y tengo el consuelo de decir que la mayor parte de los descendientes de Arauco obran por los mismos principios”.

Poco antes de morir, escribía a favor de las diversas tribus indígenas que subsistían aún en Chile.

“A la verdad, es lo más humillante que nosotros hayamos permitido, por encima de nuestras cabezas, veintidós años que han transcurrido después de la declaración de nuestra independencia, sin hacer alguna cosa por amor a la humanidad”.

Su amor a la igualdad lo impulsó a ser un adelantado. Fundó cementerios para disidentes y erigió escuelas ajenas a la tuición eclesiástica y regidas por el sistema lancasteriano. Fue esta misma convicción republicana e igualitaria, la que lo llevó en 1817 a abolir los títulos de nobleza y los escudos de armas. No pudo, eso sí, abolir los mayorazgos, dejando sin efecto el decreto que los eliminó.

Eran decisiones difíciles e imprudentes. Sus asesores

más íntimos, Don Francisco Antonio Pérez y Don José Ignacio Zenteno, le hicieron ver el desfavorable efecto que produciría el decreto en la nobleza limeña, indispensable para ganar Perú para la libertad de América. Y ciertamente era un golpe a la aristocracia chilena que había apoyado la independencia y su nombramiento como Director Supremo.

Terminemos señalando que los defectos y errores de don Bernardo obviamente fueron también grandes. Los errores y horrores que cometió los pagó en vida. Pero sin sus sueños y entrega, Chile no sería lo que fue, es y está llamado a ser.

O'Higgins, hombre magnánimo.

Un O' Higgins olvidado

Los pueblos sin historia son como árboles sin raíces, simplemente no existen. Las personas, al igual que las comunidades, requieren tener identidades fuertes para poder transitar por esta vida, siempre tan compleja, incierta y cambiante. Hay que saber de dónde se viene para tener alguna noción de hacia dónde se va. No tener claras tales orientaciones nos condena a errar de una parte a otra, en constante error existencial.

Chile debe, pues, estudiar, pensar, escribir y hablar más y mejor acerca de su historia. En caso contrario, el bicentenario sólo será una fecha más, carente de todo significado. Si queremos que el 18 de septiembre del 2010 sea motivo de fiesta verdadera, debemos tener claro qué estaremos celebrando. Y tal evaluación sólo podremos hacerla

si recordamos los objetivos que nos planteamos como nación entre 1810 y 1818, en medio de juntas, cabildos, campos de batalla y templos.

Para muchos jóvenes, la historia es recordatorio infame de fechas, gestas y personajes, cada cual más lejano. Y si los jóvenes no aprenden a amar su país, es muy difícil que sean buenos ciudadanos, celosos republicanos y fieles demócratas chilenos.

De este modo llegamos a don Bernardo. Lo hemos convertido en un personaje que genera indiferencia o cansancio mayoritario entre nuestros jóvenes, pues se le asocia con natalicios, batallas y efemérides.

Sin embargo, don Bernardo fue un hombre notable.

Primero que todo él fue hijo natural en una región en el que huasos y gauchos hacen "huachos". Al intentar ser reconocido como sucesor del Marqués de Osorno, sólo recibe desprecio de parte de la aristocracia hispana. Don Bernardo nunca lo olvidó y fue un campeón de la igualdad.

Segundo, él fue un joven culto para la época. Educado en la Escuela de Naturales de Chillán, bajo la guía cariñosa de los franciscanos, y también en Talca y en Inglaterra, dominaba idiomas, citaba a los clásicos y se inspiraba en una lejana, pero extrañada Araucana.

Tercero, fue un adelantado y laborioso agricultor. Si no hubiese sido por haber nacido chileno, él declaraba que

su vida hubiese sido el feliz cultivo del campo. Lo que un padre culposo le heredó, la hacienda Las Canteras, fue exitosamente administrado. Pero su amor republicano y patriótico fue superior y lo sacrificó todo por sus sueños. Lo poco que quedó de sus bienes lo destruyeron los españoles con especial crueldad.

Cuarto, fue un joven que a los 39 años asumió todo el poder del naciente Estado. Consciente de sus defectos, intentó primero no reemplazar a José Miguel Carrera y luego a José de San Martín. Aceptó y ejerció el poder sin vacilación. Sus proyectos iban desde construir una costosa escuadra para liberar al Perú hasta poblar Magallanes. Fue un adelantado en muchos aspectos y por ello se granjeó poderosos enemigos. Muy tolerante con los masones y los disidentes religiosos; demasiado igualitario y americanista, resultó finalmente inaceptable para la aristocracia santiaguina.

Quinto, fue un americanista de carta cabal. Para él, Argentina, Chile y Perú eran parte de un mismo y solo proyecto. Su maestro fue el venezolano Miranda, su jefe político y guerrero fue el argentino San Martín y su compañero final fue Bolívar. Con él buscó un Ayacucho que Sucre casualmente alcanzó. Estando en el exilio, intentó evitar la guerra contra la Confederación Perú Boliviana y a don Manuel Bulnes sólo le predicó moderación y compasión para con los derrotados.

Sexto, es cierto que el miedo a vivir la anarquía que destruía Argentina y Venezuela lo alejó de los ideales republicanos de su juventud. Igualmente es innegable que se dejó adular e influir por oscuros asesores y cofradías. Por último, la pasión, los difíciles momentos que se vivían y los arteros ataques que recibió, lo llevaron muy lejos en su persecución contra sus enemigos. Fue involucrado en asesinatos y oscuros fusilamientos. Sin embargo, fue generoso en el desprendimiento del poder. Evitó una guerra civil y partió al exilio ofreciendo su pecho desnudo a la venganza y a la acción de los ofendidos por el ejercicio de tanto poder que tuvo.

Séptimo, se destaca el soldado. En El Roble recoge una vieja tradición republicana y la lanza al viento gritando "Vivir con Honor o morir con Gloria" y da vuelta una batalla. En Rancagua, ante el horror de mil quinientos patriotas muertos, la división y retirada del Ejército de José Miguel Carrera y la amenaza posterior de que venían desde Cádiz con diez mil soldados españoles más, decide continuar la lucha. Hay un temple y una fortaleza impresionantes que lo conducen siempre, herido, abatido o sano y ganoso, al campo de batalla.

Finalmente, el cristiano. No creo que sea mucho decir que siendo un creyente católico del siglo XIX, fue un adelantado. En su respeto a los disidentes, en la importancia

que sabía que tenía la religión para el triunfo de sus sueños, en evitar los excesos del maridaje entre la Iglesia y el Estado, como en su postrero intento de predicar el ecumenismo entre anglicanos, católicos y cristianos orientales, se ve una impronta fuerte de un hombre de sinceras convicciones religiosas. Murió vestido con hábitos franciscanos y descalzo. Sin trompetas ni fanfarrias.

Este O'Higgins olvidado debe ser rescatado entre las sombras del olvido. Debe ayudar a que lo conozcan los jóvenes que buscan un ideal que seguir, un ejemplo que imitar y una empresa grande que compartir.



La templanza y José de San Martín

Cuando decimos que una persona es templada, pensamos en que es moderada. Y en nuestra época la moderación parece ser más vicio que virtud. En efecto, para un joven idealista, el moderado es casi un traidor. Con igual sospecha mira a la templanza quien busca la felicidad en el placer desmedido de la bebida, la comida, la vestimenta, el erotismo y los bienes comerciales.

Sin embargo, la templanza es uno de los cuatro goznes sobre los cuales se mueve la puerta que conduce a la vida. En el pensamiento clásico una persona que no es templada no alcanzará a realizar el sentido de su vida. La templanza es “discreción ordenadora” o “ordenamiento con sentido”. Es decir la persona templada se constituye en un

todo armónico que pone freno a los extremos negativos presentes en su carácter. Junto con ese aspecto negativo, la templanza activamente alienta, cultiva y promueve lo que hay de valioso en el virtuoso. Todo con miras a realizar lo que lleva en su corazón: su misión vital.

Por ello me gusta la figura de José de San Martín. El no era un apasionado, casi en el desenfreno, como Francisco de Miranda y Simón Bolívar. Estos eran mujeriegos, orgullosos y ambiciosos irredentos. José de San Martín era un hombre austero hasta el extremo. Sabía decir que no a los placeres de este mundo. Pero no lo hacía por mojigatería. Como tenía clara su misión, era capaz de poner todo su enfermizo cuerpo y sus poderosas fuerzas espirituales en el cumplimiento radical de su tarea. Y en este sentido todo era en él orden, pasión y amor a su dignidad de hombre libre llamado a grandes cosas.

Fue un exitoso oficial puesto al servicio de España en contra de Francia. Pero sintió el llamado de la independencia de su patria, Argentina. Por ello lo abandona todo. Es acusado de traidor, huye y cruza el Atlántico. Es el primer general que se pone al servicio de los patriotas bonaerenses en un momento dramático.

Cuando cumple su tarea militar de asegurar la libertad de Buenos Aires, no ambiciona cargo político alguno. Pide ser gobernador de Tucumán. Se aleja de toda conspiración por

el poder y se va a una pobre y remota provincia cercana a Los Andes. ¿Por qué? Porque sabe lo que quiere y pone todo su ser en esa tarea. Su misión ahora es liberar América Latina entera. Fracasado el ataque a Lima por el Alto Perú, decide atacar por Chile. Y así llegar al corazón del imperio: el Perú.

Y forma el ejército libertador, cruza los Andes a 3800 metros de altura y vence a los españoles en Chacabuco y Maipú. Le ofrecen ser Director Supremo de Chile. Lo rechaza. ¿Por qué? Insisto: porque sabe lo que quiere y pone todo su ser en esa tarea. Los argentinos lo acusan de loco. Que vuelva con el ejército y destine los escuálidos recursos y ahorros al servicio de un nuevo gobierno en Argentina. San Martín se rebela y toma su tercera gran decisión: se queda en Chile para organizar la escuadra que liberará Perú. Le pide a su amigo O'Higgins que financie la obra. Este, igualmente magnánimo y apasionado, lo hace.

Gracias a otro apasionado, Lord Cochrane, se apodera del Callao y deja a Lima sin suministros por mar. Rodea la ciudad pero no la ataca a pesar de las presiones de los ansiosos. Espera pacientemente, templado como es, que ella se rinda sin efusión de sangre. Lo logra y es proclamado Libertador de Argentina y Chile y Protector del Perú.

Finalmente, la cuarta decisión apasionada de su vida. En Guayaquil, al entrevistarse con el libertador de Venezuela, Colombia y Ecuador, actúa con la misma templanza

de siempre. Sabe de su fuerza, de su dominio de sí, de sus éxitos políticos y militares. El es capaz de lo extraordinario. Ha sido acusado de traidor y de mestizo indigno. No le ha importado. Nada banal ni superlativo lo ha distraído de su obra. Se sabe muy poderoso. Pero no es soberbio. Sabe que es demasiado pequeño ante Dios y para la magnitud de la tarea. Nada menos que terminar de liberar y gobernar un continente más grande que Europa. Por eso, se ofrece como lugarteniente de Simón Bolívar. Sin embargo éste lo rechaza. No sabemos bien porqué.

¿Se rebela San Martín ante tan injusta y humillante decisión de Bolívar? No. No será quien divida el movimiento independentista. Otra hubiese sido América Latina con más líderes desprendidos como el Protector de el Perú. San Martín se retira y vuelve a Argentina, pasando por Chile. Su Patria está dividida a muerte entre federalistas y centralistas. Distintas facciones le piden que asuma el liderazgo. El sabe que de aceptar dirigirá la naciente república al precio de aplastar a uno de los bandos en contienda. El no será elegido para ser asesino de sus conciudadanos y cargar a su país de proscritos. Parte al exilio europeo, donde morirá veinticinco años después.

José de San Martín supo poner toda su razón y pasión al servicio de una causa. No se dejó arrastrar por los extremos a los que pueden conducir los afectos

desordenados. Ellos son tentación siempre presentes en la vida del líder: placeres, soberbia y ambición desmedida de poder.

Por eso, José de San Martín es recordado como uno de los grandes de este continente. Él hizo de la templanza virtud superlativa.



Pedro de Braganza, un emperador latinoamericano del siglo XIX

Los latinoamericanos creemos que los últimos emperadores en nuestro continente fueron el azteca Cuauhtémoc y el Inca Tupac Amaru, el Hijo del Sol, que fue muerto en 1574 por organizar un levantamiento indígena. Pero no es así, pues desatado el proceso de independencia nacional México y Brasil tuvieron imperio. Agustín de Iturbide en México y Pedro de Braganza en Brasil gobernaron como emperadores.

Ambos lograron la independencia de sus países y luego abandonaron el poder sin disparar un tiro. Por eso se caracterizaron, en cierto sentido, por ser hombres templados. En efecto, el filósofo Norberto Bobbio da al término templanza un esencial carácter no violento.

La templanza, lo vimos a propósito de San Martín, es una virtud que pone coto y modera el apetito insaciable de

poder que normalmente aprisiona al político. No se trata de que el político templado no tenga pasiones. De hecho, requiere de esas expectativas de bienes y satisfacciones imaginadas en el futuro que son el deseo y la pasión. Lo que hace el templado es moderar, controlar, dominar sus pasiones de poder, reconocimiento y gloria. Sócrates decía: “padezco de las peores pasiones, pero las controlo”.

La templanza es una virtud esencialmente política en cuanto rechaza la violencia para dominar al otro. El templado deja ser al otro aquello que es. Si logra alcanzar la autoridad ante los otros no es en el campo de batalla ni mediante el temor violento. No es el jefe victorioso, temerario, terrible y sangriento. No es arrogante en el sentido de tener una opinión exagerada de sí mismo y que justifica su opresión. Tampoco es el prepotente que abusa de su poder ostentoso y activo. El templado es el líder que logra conducir a su pueblo mediante la palabra persuasiva, la nobleza de propósitos, la sencillez personal y el ejemplo de desprendimiento.

Creo que Pedro de Braganza puede ilustrar, no plenariamente por cierto, lo que es la templanza en la política.

Hijo de la familia real portuguesa debió abandonar Lisboa el 27 de noviembre de 1807 ante la amenaza de la invasión napoleónica. Casi toda la corte y nobleza, junto con 10.000 criados y funcionarios en 40 barcos, atravesaron el Atlántico para llegar a Río de Janeiro. Allí se encontraron con una

ciudad de 50.000 habitantes, de calor sofocante, integrada por blancos, negros, indios y mestizos y en que la damas pudientes se vestían con la moda parisina de hacía veinte años atrás.

Allí creció Pedro de Braganza quien recibió una educación desastrosa, pues fue criado con los chicos de la calle y los mozos de cuadra. Se enamoró así del Brasil. Cuando Napoleón fue derrotado, los portugueses reclamaron su dominio e hicieron partir al padre de Juan. Pedro, en cambio, a solicitud de los cabecillas políticos de Río señaló que "Si es para el bien de todos y por el bienestar general de la nación, consiento. Podéis anunciar al pueblo que me quedo". "Eu fico" (me quedo) se convirtió en uno de los gritos unitarios de la independencia brasileña.

Ante la amenaza de reacción violenta de los portugueses, dio un paso más y en una verde planicie a las afueras de Sao Paulo declaró lo que se conoce como grito de Ipiranga: "Por la sangre que corre por mis venas y por mi honor, juro ante Dios liberar a Brasil". Así fue coronado en una ceremonia más bien pomposa. Debemos reconocer que, en eso, no era templado, al igual que en sus apetitos sexuales. Pedro de Braganza tenía apenas 24 años. Salvó así al Brasil del caos social y la guerra civil que sacudió buena parte de la América española.

Alcanzó el poder sin disparar un tiro. De la misma manera se fue. Gobernó Brasil entre 1822 y 1831. Fue el

Libertador que más tiempo gobernó su país. Le sigue don Bernardo O'Higgins. Eran tiempos turbulentos en Europa, dividida entre monárquicos y liberales. América Latina se desangraba entre caudillos y naciones enfrentadas.

Al acabar con el envío de esclavos a Portugal, Pedro ganó popularidad en el pueblo, pero la perdió en la nobleza y en los sectores poderosos. Los más radicales y los republicanos no podían aceptar una monarquía. Y muchos desaprobaban su vida rodeada de "queridas y bastardos".

Cuando una multitud se reunió el 6 de abril de 1831 en Río de Janeiro pidiendo su renuncia, el comandante y futuro Duque de Caxias le ofreció dispersarla a balazos. No aceptó, pues no aceptaría derramar una sola gota de sangre brasileña en su provecho. Ordenó a sus tropas unirse a los manifestantes. Abdicó, entregó el poder a su hijo Pedro II, nacido en el Brasil, y partió a Portugal "dejando atrás a un país al que siempre he querido y sigo queriendo profundamente". Su hijo gobernó el Brasil hasta 1889.

Llegó a Portugal donde acabó con el gobierno tiránico de su hermano Miguel. Con magnanimidad y misericordia le perdonó la vida a él y a su ejército. Ello le ganó múltiples problemas. Pero era un hombre templado. Agobiado, murió de tuberculosis a la edad de treinta y seis años, en la "Cámara de don Quijote", el 24 de septiembre de 1834. Así fue el primer emperador del Brasil, el gigante latinoamericano.



Simón Bolívar

o del amor por la república

Simón Bolívar es el héroe romántico por excelencia. Enviuda a los 21 años y de ahí en adelante su voluntad por liberar América Latina será su gran amor. Por él lo abandonará todo, hacienda, salud y vida. Gracias a ello podemos decir con José Martí que somos todos hijos de su espada.

Discípulo de Simón González, se nutre de las ideas de Juan Jacobo Rousseau. Ama así la libertad y la autonomía, junto con la república y la democracia. Esas ideas que se oponen terminantemente a las que hoy prevalecen entre nosotros. Desprecio por la política y desazón ante la democracia.

Y lo terrible es que este desprecio se despliega justamente cuando se cumplen doscientos años de la gesta

bolivariana. Para algunos eso importa poco. Mal que mal, la cultura que vivimos vive obsesionada por el futuro y le cuesta pensar en el pasado. Lo que es antiguo es malo y lo joven es bueno: ésta es la consigna que nutre nuestras mentalidades. ¿Qué tenemos que ver con ese joven venezolano admirador de Francisco de Miranda? Sin embargo, buena parte de nuestros comportamientos e ideas de hoy se explican con relación al pasado y no sólo a la lucha de intereses del presente o a visiones de futuros gobiernos.

Estamos seguros de que en la tradición republicana, la de 1810, se encuentra un punto de inflexión. Pues esta tradición republicana plantea exactamente lo contrario de los que creen que si las cosas me van bien a mí, ¿qué me importa el resto? O “de mí y sólo de mí depende salir adelante”. Lo decimos, pues el republicanismo dice que la preocupación por la cosa pública es central, no sólo para el futuro de América Latina, sino que para la propia felicidad de cada uno de sus habitantes.

A diferencia del antipoliticismo, el republicanismo concibe al ser humano como un animal cívico. Es decir, se parte del supuesto de que el hombre y la mujer, para desarrollarse plenamente, requieren de la comunidad política y de su participación en ella.

Por ello, lo central está dado por las virtudes públicas. El ciudadano cliente o consumidor, que a lo sumo vota cada

cuatro años y que vive reclamando sus derechos individuales, es reemplazado por el ciudadano virtuoso del republicanismo. El ideal democrático involucra la idea de que es imprescindible el desarrollo de las virtudes cívicas, ya que el Estado requiere del buen ciudadano para preservarse y preservar la libertad. No hay política de salud que resista al ciudadano alcohólico, como no hay Ministro de Hacienda que aguante una población de dilapidadores de lo propio, incapaces de ahorrar y de postergar la gratificación inmediata. ¿Política medioambiental exitosa con ciudadanos que tiran colillas de cigarrillos encendidas a la pradera reseca? ¿Educación exitosa de nuestros niños con padres ausentes?

La libertad de los republicanos no es aquella que dice “yo puedo hacer lo que quiera con tal de que no dañe igual derecho del otro”. La libertad democrática consiste en la participación activa y constante en el poder colectivo. Ser libres, es participar en la elaboración de las leyes y del gobierno que me obligarán más tarde. Ser libre para consumir una Pepsi Cola o una Coca Cola no es ciertamente una libertad fundamental. La libertad es poder decir “Yo me gobierno a mí mismo y participo en las decisiones de mi comunidad”.

Para el republicano, parte del bien de cada persona es estar involucrado en algún sentido en el debate político, de

modo que las leyes y políticas del Estado no aparezcan ante ella simplemente como imposiciones extrañas, sino como el resultado de un acuerdo razonable del cual ha formado parte.

Todo lo anterior sólo es posible si existe patriotismo, es decir, lo que para Montesquieu es “una preferencia continua del interés público sobre el interés de cada cual”. Los patriotas de 1810 reaccionaron contra la amenaza despótica o la invasión extranjera y exigieron el fin de la monarquía justamente porque consideraron valiosa y buena la forma republicana de gobierno para América Latina, y no sólo para Estados Unidos. Es el amor a la Patria el que los llamó a volver de España o Inglaterra para trabajar incansablemente por un país mejor. Pues, si de comodidades se trataba, la España del joven Bolívar y del maduro José de San Martín, la Inglaterra de Francisco de Miranda, la Hacienda de Las Canteras de Don Bernardo eran lugares más que adecuados para morir de viejos, hartados de bienes terrenales.

Los revolucionarios latinoamericanos de 1810 terminaron estableciendo repúblicas y desterraron la idea monárquica. Eso sí, no lograron vencer a todos los que predicaban que poco importa quien gobierne o dicte las leyes que nos regirán. Si hemos de celebrar el Segundo Centenario de la Independencia Latinoamericana nos deberemos remitir a estas ideas fundantes.

Esta es la tarea de republicanos y patriotas. Como lo dijo José Martí en su discurso pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana en honor de Simón Bolívar el 28 de octubre de 1893: "¡Pero así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en las rocas de crear, con el inca al lado; el haz de banderas a los pies; así está él, calzadas, aún las botas de campaña, por lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy; porque Bolívar tiene que hacer en América todavía!".



Arturo Prat hoy

Cómo lograr que lo antiguo y que veneramos nunca deje de ser nuevo? ¿Cómo asumir el reto de rejuvenecer lo viejo que consideramos noble? Quizás la respuesta la tienen los árboles que reverdecen primavera tras primavera. Ese secreto es vital también para la humanidad, pues renovar permanentemente los mitos fundacionales y las tradiciones ancestrales es tarea de civilización y de cultura. Pues, ¿qué serían los pueblos sin historia rememorada regularmente? Algo así como un árbol sin raíces, expuesto a la muerte que le deparara la tormenta y sus vientos. La tarea no es fácil pues los humanos amamos lo novedoso y lo extraordinario. Sin embargo, de vez en cuando es imprescindible volver al pasado para entender el presente y proyectarse hacia el futuro. Atrévamonos entonces a volver al inicio de la Guerra del Pacífico.

El 31 de marzo de 1879 entraba en Buenos Aires una cansada misión chilena. Su jefe era un diputado llamado José Manuel Balmaceda. Su tarea era evitar que Argentina hiciese causa común con Bolivia y Perú. El 5 de abril Chile oficializaría la guerra y temía que el pacto Fierro-Sarratea se hiciese efectivo en contra nuestra. La prensa y la calle argentinas eran abiertamente partidarias de bolivianos y peruanos. Una multitud, con sirenas y petardos, expresaba su hostilidad hacia Chile, ante el hotel de la misión chilena. Partir a la Casa Rosada, caminando en medio de una silbatina, no fue cosa fácil para nuestro futuro Presidente de Chile.

Todo cambió a partir del 24 de mayo. Cuando se supo lo ocurrido en Iquique la opinión pública argentina reconoció que ya no había "carrera corrida contra Chile". El propio Miguel Grau había exclamado: "¡¡Cómo se batían estos chilenos!!". Rubén Darío escribió: "Para él, (Arturo Prat) el sacrificio; para Chile, la Gloria". La actitud del gobierno trasandino giró en redondo. El heroísmo de Arturo Prat y sus soldados nos salvó de una alianza que hubiese sido fatal para nuestro futuro como nación.

El pueblo chileno se galvanizó y de allí en adelante las llamadas a concurso militar fueron completadas en forma voluntaria. Un marino nos había enseñado lo que era morir cumpliendo con el deber y sacrificándose por la patria.

A su mujer, Carmela Carvajal, le había descrito la pena que le producía la gente que perdía todo lo que tienen, y van orgullosos y contentos a la guerra porque “su Chile está antes que nada”. Ella agradecerá al caballero que fue el peruano Miguel Grau, que no dudó en asociarse al duelo de la viuda y al engrandecimiento de su enemigo. Le señala que su esposo “... en ese supremo instante ... comprometidos en la contienda el alto nombre y los grandes destinos de la república ... no se pertenecía ni a su familia ni a sí mismo...”.

Arturo Prat nos recuerda algo fundamental para la supervivencia y desarrollo de los pueblos. La moral es la simiente de todo progreso. Hay veces que creemos que la guerra, la política y la economía son regidas por los más fríos cálculos individualistas y los intereses materiales más groseros. Pareciera que en “el amor y en la guerra, todo vale”. Cuando está en juego la propia vida, la naturaleza humana parece que es reducida a sus formas más elementales. “Sálvese quien pueda” será el grito del cobarde. Cualquier cosa hará el valiente por defenderse él, su familia y su patria. Pareciera ser que en la guerra, la moral y la ley deben guardar silencio. “Cuando las armas hablan callan las leyes”.

Pero eso no es siempre así. Las consecuencias militares y políticas del sacrificio de Iquique nos demuestran justamente

lo contrario. Incluso en las peores circunstancias el hombre y la mujer pueden ser libres. Cuando el martirio está servido, el santo puede ofrendar su vida. Cuando el enemigo está indefenso, la pasión puede ser contenida y la muerte cruel evitada. Michael Walzer nos invita a pensar en algunas palabras de la guerra: fidelidad, abnegación, patriotismo, heroísmo, magnanimidad, defensa propia, pacificación, crueldad, actos despiadados, atrocidades, torturas, masacres. Todas estas palabras esconden juicios morales que producen consecuencias políticas y militares centrales incluso en la suerte de una guerra.

Arturo Prat era un hombre que sabía que hay cosas por las cuales la vida es bella y otras por las cuales vale la pena morir. Lo hizo saber a todo el pueblo chileno y la victoria fue irrefrenable. Bueno, justo y necesario es recordarlo.



Otro 21 de mayo

William Sater, académico norteamericano, recuerda en su libro “La imagen heroica en Chile. Arturo Prat, Santo Secular”, la extrañeza contenida en un periódico peruano de 1879. “Los chilenos han perdido la cabeza. Se han convertido en idólatras de una nueva religión que se llama “Prat”. Allí todo es “Prat”. Los nombres, los barcos, los batallones, las sociedades, las estatuas, los escapularios. Esto es realmente Pratomanía”.

William Sater, como buen norteamericano, es un pragmático. En su visión, a ratos extrema en su utilitarismo que cae casi en el cinismo, pretende demostrar, en su libro publicado el 2005 por el Centro de Estudios Bicentenario, “cómo un joven oficial naval, tan desconocido que al comienzo la prensa escribió mal su apellido, se transformó en

el héroe más importante de su nación". Oficial de una familia venida a menos, que desencadenada la Guerra del Pacífico permaneció en un poco glorioso puesto administrativo en Valparaíso y que luego fue asignado al barco más ruinoso y con peor tripulación de la flota, cosa que lo dejó abatido. Su inmolación habría sido inútil, de hecho Condell se retiró en búsqueda de mejor suerte, que abrazó en Punta Gruesa. Para un guerrero victorioso, Condell era el héroe y no Prat.

En un primer momento, a partir del 25 de mayo de 1879 en que se supo en Concepción, Valparaíso y Santiago del hundimiento de la Esmeralda y del triunfo de la Covadonga, las razones de homenajear al héroe eran obvias. Así se lograba demostrar a los chilenos que las virtudes guerreras de Lautaro y Caupolicán, Pedro de Valdivia y Francisco de Aguirre seguían vivas a pesar de cincuenta años de vida republicana, dedicadas a las deliberaciones políticas, a la agricultura y al comercio. Además elevando a Prat se compensaba la pérdida de la Esmeralda y de la terrible matanza ocurrida. Se levantaba la moral del país y se llamaba a la justicia reparadora en la derrota de peruanos y bolivianos. Gonzalo Vial relata que de ahí en adelante los cantones de reclutamiento se abarrotaron con los chilenos que querían vengar al héroe o emularlo entregando sangre y vida. Finalmente, los conservadores y liberal demócratas, opositores del

Presidente de la República Aníbal Pinto, utilizaron a Prat para denostar la, para ellos, funesta política militar. Por todo ello, cuando nadie dudaba en Concepción, Valparaíso o Santiago del terrible desenlace de la batalla entre “dos reliquias de Chile (que) se encontraron frente a frente a dos colosos del Perú”, se supo de la inmolación de un joven oficial y de la victoria del otro. En ese momento “las campanas se echaron a volar de repente y numerosos grupos de ciudadanos llenaron las calles abrazándose entre sollozos”.

Pero acabada la guerra, ¿por qué y para qué recordar a Arturo Prat? Muchos respondieron que no era necesario. El diario El Sur de 1893 reconocía que “el 21 de mayo había pasado entre nosotros como cualquier día de la semana”. Ya habían pasado casi quince años de la gesta de Iquique. ¿Valía la pena seguir recordándola? Sin embargo, bajo el régimen pseudo parlamentario de 1891 Arturo Prat volvió lentamente a la vida. Las razones se encuentran en diferentes dimensiones del héroe. Por lo pronto, era un católico tolerante y avanzado para la época que había vivido hasta el extremo, como lo pedía el Obispo de Concepción, “la abnegación, el valor... y sobre todo la obediencia al deber, y la obediencia hasta la muerte”. Una nación católica que adoraba al hijo de un carpintero que había muerto martirizado por la salvación de la humanidad entendía muy bien a quienes, en la exaltación, proclamaban que la Esmeralda había

sido el Gólgota de Prat y éste el cordero pascual que se auto sacrificó por el amor a su patria.

Frente a la corrupción, derroche y desenfado de la época del salitre, Arturo Prat empezó a mostrar otra dimensión de su personalidad: la austeridad y la entrega al interés general. El desprendimiento absoluto en un mundo de materialismo, hedonismo, codicia, nepotismo y despilfarro. Más aún, como devoto hijo, fiel esposo y dedicado padre, Arturo Prat comenzó a ser representado como un modelo a seguir por jóvenes y adultos que preferían gozar de la vida y olvidar los deberes sagrados para con los padres, hijos y pareja. La prensa nacionalista, de las izquierdas y derechas del siglo XX, también hacía ver la grandeza de un hombre profundamente chileno que se había entregado por el honor nacional y hacer respetar los derechos sobre el salitre. Riqueza nacional que el imperialismo nos había arrebatado con la abierta complicidad de una corrupta oligarquía nacional, como ocurriría después con el cobre. Desde los partidarios de la democracia y del cambio social se destacó que Arturo Prat había sido redactor de una tesis universitaria dónde pedía mejorar la libertad electoral; abogado defensor de sus compañeros ante los abusos de la oficialidad y profesor durante las noches de las escuelas gratuitas para obreros de Valparaíso. Finalmente, los maestros elevaron a Arturo Prat como un joven estudioso que

había aprendido en las escuelas y en los libros a amar a su Patria, sin necesidad de ir a buscar inspiración en ideologías extranjeras. Y el amor a la Patria, así enseñado, lo había hecho un héroe. ¿No era y es un modelo a imitar por un joven?

Cierro el libro de William Sater. Coincido con él en que los pueblos tienen necesidad de héroes, pero no creo que ellos se puedan andar inventando por ahí según las necesidades psicológicas o sociológicas de las naciones. Se requiere que un ser humano, tenga realmente virtud y alma de héroe, y lo demuestre ante una nación electrizada por su vida y/o acto sublimes. Por eso me sumo a otro 21 de mayo, como aquellos de mi niñez que hoy recuerdo agradecido en una edición de la revista Mampato. "Soldados, la contienda es desigual, pero ánimo y valor. Nunca...". Lo demás es historia, que debe ser honrada una y otra vez.



Miguel Grau o de la magnanimidad

Nuestro buen Carlos Díaz nos recuerda la virtud de los grandes de antaño: la magnanimidad. Esta es “la grandeza de alma, mahatma, la nobleza de carácter y elevación de espíritu, la incapacidad para recordar las injurias recibidas, la incompatibilidad con la venganza, la vida por encima de los aplausos y de las tristezas derivadas de los vituperios, ambos mediocres, la indiferencia respecto a la queja por lo que falta, y a la mendicidad por lo mismo”.

Todo eso lo representa Miguel Grau, el héroe naval peruano. A él lo conocemos como el autor de esa carta que merece ser leída y de gestos de valentía y caballerosidad que merecen ser recordados. Desde el Monitor Huáscar, estando en Pisagua, el 2 de junio de 1879 escribe a la viuda de Prat, doña Carmela Carvajal:

“Dignísima señora: Un sagrado deber me autoriza dirigirme a usted y siento profundamente que en esta carta, por las luchas que va a recordar, contribuya a aumentar el dolor que hoy, justamente debe dominarla. En el combate naval del 21 del próximo pasado, que tuvo lugar en las aguas de Iquique, entre las naves peruanas y chilenas, su digno y valeroso esposo, el Capitán de Fragata don Arturo Prat, Comandante de la Esmeralda, fue, como usted no lo ignorará ya, víctima de su temerario arrojo en defensa y gloria de la bandera de su Patria”.

El hecho es inaudito. No sólo reconoce la valía de su enemigo, sino que devuelve lo que pudo haber sido, con justicia, considerado botín de guerra, y termina poniéndose al servicio de la viuda del caído. Doña Carmela, mujer admirable hasta la muerte, respondió con igual magnanimidad: “Al proferir la palabra martirio, no crea Ud., señor, que sea mi intento inculpar al jefe del Huáscar de la muerte de mi esposo. Por el contrario, tengo la conciencia de que el distinguido jefe, arrojando el furor de innobles pasiones sobrecitadas por la guerra, tiene hoy el valor, cuando aún palpitan los recuerdos de Iquique, de asociarse a mi duelo y de poner muy en alto el nombre y la conducta de mi esposo en esta jornada...”.

No nos debe extrañar la actitud del vencedor de la rada de Iquique. Don Miguel Grau era hijo de otro hombre

enamorado de ideales de hermandad latinoamericana y universal. En efecto, el marino peruano era hijo del teniente coronel Juan Manuel Grau y Berrío, natural de Cartagena de Indias. Siendo grancolombiano llegó al Perú formando parte del ejército del libertador Bolívar. Más tarde se nacionalizó peruano. Don Miguel amaba a su país, al que sirvió también como Diputado, y a América Latina. Es justo recordar que con sus hermanos chilenos había combatido contra los españoles. Ante la agresión española sobre el Perú, el 15 de diciembre de 1865 el Perú había firmado con Chile, un tratado de alianza ofensiva y defensiva, al que después se adhirieron Bolivia y Ecuador. Todos se unían para defender la soberanía peruana herida. En Abtao, en la tarde del 7 de febrero de 1865, las fragatas españolas se enfrentaron a Miguel Grau, a bordo de la Unión, y a la goleta chilena Covadonga. Vencieron los hermanos. Eran aún tiempos de unidad latinoamericana.

Desatada la Guerra del pacífico, Miguel Grau enfrentó con inteligencia y valentía a las fuerzas chilenas. Pero, al amanecer del 8 de octubre de 1879, el Huáscar fue avistado por la primera división chilena. En Punta de Angamos, el blindaje del monitor peruano fue perforado y dañado su sistema de gobierno. Grau en su torre de mando, presintiendo lo inevitable, se despidió de Diego Ferré en un sereno saludo de manos. Diez minutos después un proyectil

proveniente del Almirante Cochrane impactó en la torre de mando, matando al contralmirante Miguel Grau y dejaron moribundo a Diego Ferré. Entonces tomó el mando del buque el capitán de corbeta Elías Aguirre, quien continuó el combate con las naves chilenas, hasta que también cayó muerto. Como lo habían hechos los oficiales de Prat que habían sabido cumplir con su deber, uno tras otro, los oficiales peruanos se fueron sucediendo a cargo de la nave, que recibía los impactos de la artillería chilena, hasta producirse su toma por parte de la escuadra chilena.

Así murió Grau, como un valiente. Por orden del gobierno de Chile sus restos fueron trasladados a Santiago y se le sepultaron con los honores propios de su rango. Se trató de un hombre grande, por sus dichos y hechos. Con señorío de sí, temple fuerte, armonía en su vida privada y pública y guerrero justo. Como dijo el historiador peruano Jorge Basadre Grohmann: "Miguel Grau Seminario fue un hombre comprometido con su tiempo, con su país y sus valores. Fue honesto y leal con sus principios, defendió el orden constitucional y fue enemigo de las dictaduras. El héroe de Angamos siempre estuvo en la línea de afirmación de las normas morales y las tradiciones de la república. Honrado en el camarote y en la torre de mando, lo es también en el salón y en el hogar".



Teodora, Semíramis y las demás

Un hombre público es un estadista. Una mujer pública es una ramera. Tan brutal diferencia expresa una discriminación sexual que nos viene siguiendo desde el nacimiento de la política. En la democracia ateniense los hombres propietarios y educados eran los que se esmeraban en el orden de la polis, la política. Las mujeres, junto con los esclavos, se debían preocupar de la prole y del orden del hogar, la economía.

Sin embargo, el siglo XX marcó la diferencia. Norberto Bobbio, filósofo y jurista, testigo notable de la centuria que se fue, ha señalado que "sólo la democracia permite la formación y el desarrollo de las revoluciones silenciosas, como ha ocurrido en estos últimos decenios con la transformación de la relación entre los sexos, que tal vez sea la mayor revolución de nuestros tiempos".

Las mujeres han ingresado al espacio público y lo han hecho para quedarse. Para algunos, la irrupción de las mujeres en lo público traerá paz. Para otros, tenderán a actuar de la misma manera que lo hacen los hombres. Cuatro mujeres se me vienen a la cabeza.

La primera es Florence Nightingale. Nació en Florencia en 1820 en una familia acomodada. A la edad de diecisiete años decidió no casarse con el hombre que amaba, Lod Houghton. Instituyó un cuerpo de enfermería y partió a asistir a los soldados en Crimea. Otra mujer extraordinaria, la Reina Victoria, le pidió en 1857 que organizara sanitariamente al ejército inglés. Sirvió a los heridos en la guerra franco-prusiana y en la de secesión norteamericana. Murió modestamente y se negó a ser enterrada en la Catedral de Westminster. Su nombre es hoy sinónimo de cuidado y servicio, aun en las más inhumanas de las condiciones.

La segunda es Madre Teresa. Nace en Macedonia en 1910. A los dieciocho años entró a un convento y partió a la India, específicamente a Calcuta. En 1947 fundó una escuela para pobres. En 1950 creó la orden de las Misioneras de la Caridad, cuyo hábito es un sari blanco ribeteado en azul. Pensó que "...el fruto de la fe era el amor, el fruto del amor es el servicio, el fruto del servicio es la paz". Abrió orfanatos, escuelas y hospitales. En 1979 recibió el Premio Nóbel de la Paz. Murió dejando una organización de 4000

hermanas. Sus posesiones: dos saris blancos bordados en azul y una jofaina para lavarse.

Sin duda la vocación de paz, de cuidado y de servicio puede ser una virtud que potencien las mujeres al ingresar a la vida pública. La duda que asalta es si se puede ser manso en medio de una lucha de lobos, que normalmente es la política. Por ello, agregó que la historia también nos cuenta de mujeres que no sólo trajeron templanza y mansedumbre a la política. Las hubo fuertes, justas y audaces.

Heródoto menciona a Semíramis, reina Asiria durante el siglo IX AC. Bella como era, se encontraba acicalando sus cabellos cuando un mensajero le trajo la noticia que cambió su vida. Su esposo había muerto al producirse una sublevación en Babilonia. Lejos de llorar, montó un caballo y partió a sofocar la rebelión. Sus generales no podían dar crédito a tan poco “femenina actitud”. No le importó y venció. Gobernó por 42 años. Murió diciendo “He desviado el curso de los ríos a mi voluntad, he levantado fortalezas inexpugnables en las que no se aventuran las bestias feroces”. Ella, una fiera de mujer.

Teodora, emperatriz del Imperio de Bizancio, nació pobre el año 500. Actriz de teatro, trabajando en una taberna se convirtió al cristianismo. Justiniano, emperador de Bizancio, se enamoró de ella y la desposó no sin escándalo. El año 532 estalló una revuelta. Su marido y los nobles iban a

huir poniendo a salvo sus personas y riquezas. Teodora les dijo que no huiría. "Del mismo modo –les dijo– que cada hombre defiende instintivamente su vida, tanto más un soberano debe defender a toda costa su reino... Así pues, emperador Justiniano, aquí están las naves para ponerte a salvo. Pero debes preguntarte, cuando estés a salvo, si no te avergonzarás de tu proceder. En cuanto a mí, ¡prefiero morir que abandonar mi trono!". La vergüenza paralizó a su marido y patricios. La revuelta fue sofocada. Teodora gobernó hasta su muerte acaecida el año 548. Grande Teodora.

Así Nefertiti, Leonor de Aquitania, Juana de Arco, Isabel la Católica, Catalina "La Grande", Golda Meir. Indira Gandhi, Margaret Thatcher, Cory Aquino, etc. son demostrativas de una tradición que se negó a morir: las mujeres ejerciendo el poder, no sin fiereza.

El 8 de marzo, día Internacional de la Mujer, fui con mi hija Fernanda y cuatro de sus amigas al concierto de Shakira. Mientras las veía alegremente cantar y bailar, no pude dejar de pensar en el futuro de las mujeres y de la política. Perdón, no puedo evitarlo. Me acordé de Semíramis de Babilonia, Teodora de Bizancio, Florence Nightingale y Teresa de Calcuta. Una mujer que sea capaz de juntar la fortaleza de las primeras con la mansedumbre de las segundas merecería gobernar el mundo.



Carlos Marx

o de la primacía de la libertad

Somos libres? Homero creía que no. Para él, los seres humanos no éramos más que marionetas impulsadas por los juegos de dioses inmortales. Los profetas del Antiguo Testamento, que recorrían los desiertos, creían que sí. Para ellos, Dios amaba tanto la libertad del hombre y de la mujer, que prefería soportar el pecado y el mal antes de hacernos unos autómatas de la bondad. La modernidad de las luces le dio la razón a los profetas judíos.

Carlos Marx, en su versión vulgarizada, más bien sostenía un frío materialismo. El derecho, la moral y la religión no eran más que epifenómenos de la infraestructura económica. Lo que importaba eran las relaciones y factores de producción. La historia no la hacían hombres y mujeres individuales sino que leyes históricas que no dejaban, finalmente, espacio para la libertad humana. Donde Marx veía leyes sociales inexorables, Freud veía regularidades psicológicas

inconscientes que condicionaban la libertad humana. La modernidad dudaba de la libertad humana.

Recordemos que cuando Marx fue enterrado en marzo de 1883 en el cementerio de Highgate de Londres, sólo once personas asistieron. Entre ellos Engels. Pero fue tal el influjo de sus ideas que, cien años después, más de la mitad de la humanidad era gobernada por regímenes que se decían inspirados en el marxismo. Parecía que las leyes irreversibles de la historia sí existían.

Lo extraordinario es que Carlos Marx predijo que ese ascenso del comunismo no se debería a la genialidad humana individual, sino que al avance inexorable de las contradicciones del capitalismo que lo harían estallar. Y donde más hubiese avanzado el capitalismo y la industrialización, con sus alienantes relaciones laborales, más pronta sería la revolución. Inglaterra era el primer candidato a la dictadura del proletariado.

Pero Marx se equivocó. La revolución estalló en Rusia, atrasada nación caracterizada por relaciones feudales y campesinas. No había nada de la industrialización, proletariado urbano y sindicatos donde supuestamente germinaría el comunismo. Lo que sí había era genialidad, audacia y crueldad en la élite política bolchevique.

Cuando Lenin volvió del exilio, llamó a acabar con la guerra y el ejército, poner fin al zarismo y abolir la propiedad

privada. Los que lo escucharon en San Petersburgo se aterrorizaron por la radicalidad de sus propuestas. Pero lo siguieron, y dos audaces y crueles subalternos, Trostky y Stalin, hicieron el resto. Y la revolución venció en un lugar en que el materialismo económico y la lógica de las condiciones objetivas había condenado a vivir un feudalismo sin burguesía ni proletariado.

Moraleja de la historia. Somos libres y el ejercicio de la libertad puede cambiar radicalmente una situación personal y social. Para bien o para mal. En el caso ruso, fue caer del zarismo al totalitarismo. Terrible, pero cierto y real.

Podemos y debemos sustraernos a todo pensamiento y actitud que ahogue la bendita espontaneidad humana. Podemos y debemos apostar siempre al genio creador del ser humano. Podemos y debemos ver siempre, en cada ser humano y en cada nacimiento, el surgimiento de un universo distinto e irreplicable de nuevas posibilidades. En cada crisis, una oportunidad para ser mejores. Entre más fuerte la derrota, más grande puede ser el himno de la capacidad de superación humana.

El apostar al genio creativo del ser humano, contra todo determinismo cultural, social o económico, es lo que distingue a políticos y empresarios pioneros, de los adaptadores y administradores. Esto es particularmente cierto en tiempos de crisis, es decir, en tiempos en que el viejo

mundo no termina de morir y el nuevo mundo no termina de nacer. Cuando las viejas recetas no sirven, necesitamos de empresarios y políticos libres, que asuman riesgos y opten por nuevas preguntas y nuevas respuestas. Cuando el pesimismo cunde, necesitamos líderes inspirados. Más que vivir lamentándose de los problemas que tenemos en el presente y buscando responsables en el o lo otro, atreverse a lanzar la pregunta al viento ¿por qué no volver a soñar y atreverse de nuevo?

En momentos de dificultades, necesitamos líderes que se atrevan a desafiar a la diosa fortuna. Maquiavelo decía que ella, como mujer, ama a los hombres audaces que se arriesgan.

No hay más que temerle al temor mismo. Nada más.



Jacques Maritain un filósofo encarnado

Los jóvenes dicen que la política es sucia. Lo mismo creyó el católico francés Jacques Maritain y su esposa de origen judío y ruso Raissa. El mundo de principios del siglo XX les parecía malo y abyecto. Plagado de guerras y revoluciones. La revolución rusa costaría 61 millones de muertos. Dos guerras mundiales acabarían con millones de personas. Menudo balance. Era un siglo en que la ciencia y la filosofía proclamaban, para colmo de males, la “Muerte de Dios”.

Dicen que estos jóvenes estaban tan desesperados, sin esperanza, que pensaron en la muerte. O quizás debían abandonar el mundo en un sentido metafórico. Hacer como los eremitas del siglo IV, arrancar al desierto y ser santos privadamente, en la oración, la contemplación, el desasimiento y el abandono del mundo. “Señor, condúceme a la soledad del desierto y háblame al corazón”.

No obstante, ellos descubrieron que es igualmente equivocado creer que se puede preservar mucho más fácilmente la pureza moral en la vida privada que en la pública. El hecho de que lo que hacemos mal en política, sea enormemente amplificado, al pertenecer a la esfera pública que es de todos y es vista por todos, no nos debiera conducir al equívoco de creer que lo que hacemos en la vida privada, familiar y económica, sea necesariamente mejor.

Para Jacques Maritain, el temor de ensuciarnos al penetrar en el contexto de la historia no es virtud, sino un medio de esquivar la virtud. El pecado se adquiere por dentro y no por fuera. Así, la repulsa genérica a la política por “corrupta, es inaceptable”. El filósofo cristiano dice: “el hipermoralismo político no es mejor que el amoralismo político y que, en último término, responde al propósito mismo del cinismo político. La Política es una rama de la Ética, pero una rama específicamente distinta de las demás ramas del mismo tronco”.

En política, la justicia “nos puede exigir incansable energía –que no es venganza ni crueldad– para luchar contra enemigos malvados y de corazón corrompido. O la tolerancia de un mal existente –con tal de que no sea ayuda o cooperación con el mal– puede ser necesaria para evitar un mal mayor o para aminorar y reducir progresivamente aquel mismo mal”.

Sin embargo, todo realista verdadero podrá constatar que misteriosamente pareciera haber algo que, contra viento y marea, termina por afirmar el triunfo del espíritu. Hay otra forma de interpretar la condición humana y el discurrir de la historia que no sólo afirma el triunfo del mal. La historia es contingente, la hacen seres dotados de libertad, que están abiertos tanto al bien como al mal.

Finalmente, hay que apostar por el bien en el sentido pascaliano. La apuesta por conciliar ética y política, bondad y mundo, no está llamada al fracaso. Si se apuesta por el triunfo del bien y se pierde, dicha derrota será dolorosa, pero el empeño habrá sido hermoso. Y si, por el contrario, se acierta en la apuesta, la humanidad recibirá el espíritu del vencedor dando gritos de júbilo.

Por todo ello, sostener un sentido trágico de la vida como un axioma inviolable es un prejuicio, un dogma que no tiene por qué ser aceptado (aunque jamás totalmente desechado).

Por el contrario, proponemos apostar por el realismo de Viktor Frankl, sobreviviente de los campos de exterminio nazi. El psiquiatra vienés sostuvo: "nuestra generación es realista, pues hemos llegado a saber lo que realmente es el hombre. Después de todo, el hombre es ese ser que ha inventado las cámaras de gas de Auschwitz, pero también es el ser que ha entrado en esas cámaras con la cabeza erguida y el Padrenuestro o el Shema Yisrael en sus labios".

La vida moral es lucha moral, siempre y en todo lugar. La libertad humana, su condición no necesariamente malvada, la contingencia esencial del actuar humano, hacen de la vida un drama abierto y no una tragedia ineluctable. El destino no está escrito, ni los papeles de buenos y malos rígidamente predeterminados. Lejos del pesimismo maquiavélico, esta posición afirma la posibilidad humana siempre abierta a ser buenos aun en las peores circunstancias. Posibilidad de la cual da testimonio Viktor Frankl.

¿Pero y si los supuestamente buenos, “los jóvenes idealistas”, se retiran del campo de batalla? Maritain les preguntaría: ¿Qué creen que ocurrirá?



Emmanuel Mounier y el ideal de vida burgués

Quisimos ser héroes, pero terminamos siendo unos villanos, habitantes de la villa o, podríamos decir, unos simples burgueses, habitantes acomodados de los burgos. La historia de buena parte de mi generación ha sido tantas veces contada: idealismo de juventud de los veinte y frío pragmatismo de la madurez de los cuarenta. Winston Churchill lo dijo con acidez: “Ser joven y no ser un revolucionario es no tener corazón; pero ser adulto y no ser un buen burgués es una estupidez”. Contra esta “sabiduría” de la vida ordinaria se rebela Emmanuel Mounier.

Carlos Díaz en su libro dedicado a la vida de este filósofo y hombre de acción francés lo presenta como hijo de

una generación huérfana. Tras la primera guerra mundial y un millón y medio de muertos, la república francesa vive en la más profunda desmoralización. Las crisis políticas se suceden y los escándalos financieros la consumen. Por eso la generación de Mounier condena a sus viejos: "con la audacia de nuestros abuelos no responderemos a las angustias de nuestros hijos". Sobre todo critica al espíritu burgués que no se define tanto por la riqueza que posee, sino que por el bienestar material, la comodidad existencial y el conformismo social que anhela con desesperación. Mounier se pregunta: "¿dónde está el idealista de ayer ahora que es profesor estatal?, ¿y el curita joven que fue contestatario? ¿y el Prometeo obrero rebelde? Reducidos en distinta medida, salvo escasas excepciones, al Narciso burgués".

Con una mano en el corazón, reflexionemos acerca de nuestros actuales ideales de vida, no los que decimos profesar sino los que practicamos. Mounier no lo duda. "El confort es en el mundo burgués lo que el heroísmo era en el renacimiento y la santidad en la cristiandad medieval: el valor último, móvil de la acción". El burgués alcanza la seguridad que el pequeño burgués desea. Y para alcanzarla y retenerla no lucha por una sociedad políticamente justa y estable, sino que por una economía que deviene en valor supremo. No la economía del pobre, "sino la economía avara, llena de precauciones, de una seguridad que avanza paso

a paso; la economía a costa de la alegría, la fantasía, la bondad: la lamentable avaricia de su vida aburrida y vacía”.

Lamentablemente no fue escuchado entre las dos guerras mundiales. Y eso provocó un desastre de proporciones. De tanto el burgués buscar su bienestar material y su privacidad individual, la esfera pública fue dominada por movimientos políticos totalitarios que no dejaron piedra sobre piedra en Europa. Otra de nuestras heroínas, Hanna Arendt lo dirá con dureza en un manuscrito que envió a su maestro Karl Paspers en mayo de 1947. “Creo que fue Péguy quien llamó al padre de familia el *“grand aventurier du 20ieme siecle”*. Murió demasiado pronto para verlo como el gran criminal del siglo. Estábamos tan acostumbrados a admirar o ridiculizar la bondadosa preocupación del padre de familia, su seria concentración en el bienestar de la familia, su solemne decisión de consagrar su vida a su mujer y a sus hijos, que apenas percibimos cómo el fiel padre de familia, que no se preocupaba sino de la seguridad, se transformaba contra su voluntad y bajo la presión de las caóticas condiciones económicas de nuestro tiempo en un aventurero que nunca podía sentirse seguro ante las preocupaciones del día siguiente. Su docilidad ya quedó demostrada en la unanimidad reinante a comienzos del régimen, cuando este padre de familia demostró que estaba completamente dispuesto a dejarse arrebatar sus ideas, su honor y su dignidad

humana por una pensión, una vida segura y la existencia asegurada de su mujer y sus hijos. Sólo hizo falta la diabólica genialidad de Himmler para descubrir que, después de esta degradación, dicho padre de familia estaba literalmente dispuesto a todo si se jugaba fuerte y la existencia básica de la familia sufría alguna amenaza. La única condición que puso fue que se le absolviera radicalmente de la responsabilidad de sus actos”.

¿Qué nos proponía Mounier? Pues por cierto amar a nuestras familias, como él lo hizo en su mujer Paulette y sus tres hijas Françoise, Ana y Martina; estudiar con pasión, él un filósofo que hizo de su vida el doctorado final; trabajar con diligencia, como él fue profesor o fundando y distribuyendo la revista *Esprit* que la vendía presentándola como el pago del “impuesto para la ciudad de mañana”; abrazando con devoción su fe pues veía a un pequeño Cristo, hostia viva, en cada niño sufriente; comprometiéndose profundamente con la transformación del mundo capitalista y comunista que le tocó vivir queriendo “liberar el sentido de la persona de los errores del individualismo y el sentido de la comunión de los errores colectivistas”.

Por eso se unió a la resistencia francesa contra la ocupación nazi. Fue encarcelado, cosa que no lo arredra pues como le escribe a su madre “por divertirme, querría hacerte la lista de gente de bien que han visto alguna vez la vida a

través de una reja, desde Platón y Sócrates hasta Jesucristo y san Pablo y san Pedro, hasta san Francisco de Asís...". Terminada la guerra se volcó a crear un movimiento personalista y comunitario que trajera esperanza a un mundo devastado. Lo hizo hasta que tres crisis cardíacas ignoradas pusieron fin a su vida. Carlos Díaz me dice que él aún vive en quienes quieren hacer realidad sus ideales. Son las cosas en las que creen los que no han hecho de la vida propia, individual y burguesa, un absoluto. Pues, ¿no seguimos viviendo en nuestros hijos, frutos, trabajos y obras regalados al mundo? Nada grande termina con la muerte, por el contrario.



Keynes, el salvador del capitalismo, y las jirafas de cuello largo

John Maynard Keynes se merece una estatua en el World Trade Center de Providencia o en el Parque Arauco. La razón es muy sencilla. Fue él quien salvó al capitalismo de su muerte en la crisis de 1929. Cuando el colapso bursátil era mundial, el desempleo era asfixiante en Alemania y la depresión económica assolaba Estados Unidos, muchos miraron a Carlos Marx con otros ojos. El lo había profetizado. Las contradicciones del capitalismo llevarían a la violencia a ser partera de una nueva era: el comunismo. Rusia ya había caído. Era el turno de Europa. En Alemania e Italia se alzaban el nacionalsocialismo y el fascismo que de liberales no tenían nada. Estados Unidos tambaleaba. China ya caería. Hasta en Chile surgirían repúblicas socialistas con avión rojo y todo.

John Maynard Keynes era un liberal, pero con los pies bien puestos en la tierra. Bien por el capitalismo y mal por el comunismo. Pero él no era ningún dogmático y se daba cuenta de las insuficiencias éticas y políticas de sus ideas. Por ello, escribió en 1926 "El fin del Laissez Faire" y ofreció al capitalista y demócrata F.D. Roosevelt un arsenal de ideas que, promoviendo el rol del Estado en la economía, salvó a la democracia capitalista más grande del mundo. Marx se quedó con los crespos hechos.

En su histórico "*Ensayo de persuasión*", de 1926, señalaba que las ideas fundantes del liberalismo extremo se basaban, entre otras, en Darwin y en su teoría de la selección natural.

A los economistas seguidores de A. Smith y D. Ricardo les parecía evidente que los individuos que actúan en la dirección correcta eliminarían por la competencia a aquellos que lo hacen en la dirección equivocada. No debía haber piedad ni protección para aquellos que invierten su capital en la dirección errónea. La lucha despiadada por la sobrevivencia, que selecciona al más eficiente mediante la bancarrota del menos eficiente, traería el beneficio del particular y de toda la sociedad. Finalmente, nos dirigirían los mejores.

La Madre Naturaleza lo enseñaba. Si se trata de cortar las hojas de las ramas hasta la mayor altura posible, la

manera más plausible de alcanzar este fin era permitir que las jirafas con el cuello más largo dejen morir de hambre a las que lo tienen más corto. Así, de la lucha de cada quien por obtener su interés particular surgiría el interés general: la prosperidad económica final. ¿No lo demostraba así la revolución industrial que, criticada por Marx y Dickens, había traído una riqueza increíble al imperio inglés?

Keynes no creía en lo anterior. Daba sus razones económicas en contra de llevar esta supuesta ley de la supervivencia del más fuerte a la sociedad de los humanos. De hecho, la biología moderna enfatiza la cooperación en los sistemas vivos. Pero para él había, además y principalmente, una objeción política y ética insalvable.

En efecto, "si nos preocupa el bienestar de las jirafas, no debemos pasar por alto los sufrimientos de las de cuello más corto que están muertas de hambre o las dulces hojas que caen al suelo y son pisoteadas en la lucha, o el hartazgo de las que tienen cuello largo, o el aspecto de ansiedad o voracidad agresiva que nubla los pacíficos rostros del rebaño".

Porque el bienestar de todas las jirafas, hayan o no tenido la suerte de nacer con el cuello largo, le interesaba. Keynes abogó por una economía de mercado más social, en la que el Estado pudiera jugar un papel activo a favor de los más pobres, particularmente en tiempos de crisis.

La última encuesta CERC ha ratificado algo que se viene dando desde hace una década: el malestar con el estilo y modelo de desarrollo económico. Un 57% de los chilenos de cuello corto creen que los responsables del desempleo son los empresarios. Más de un 79% quiere reformas laborales que den más poder al trabajador. Así de claro.

Un líder de los empresarios de cuello largo acaba de sostener que el salario mínimo debe congelarse. Mejor aún, para que no haya ninguna rigidez en esta despiadada economía no debiera haber salario mínimo. Que los empresarios inviertan su dinero donde éste sea más rentable y punto. Que así funciona la economía. Que de otra forma es ineficiente. No juzgamos intenciones. Sin duda deben ser de las mejores. Pero así no ayuda en nada a la legitimidad de un actor central de la economía. Si a ello sumamos la crisis de confianza en los políticos, veremos que quizás la mirada del rebaño se está poniendo torva.

Keynes vería con preocupación el regreso de la ortodoxia liberal. Mal que mal, su heterodoxia permitió salvar el capitalismo. El nos diría que "París bien vale una misa" y que es necesario ser más compasivos y prudentes, es decir, nos llamaría a ser más políticos. No vaya a ser cosa que las jirafas de cuello corto se organicen y peleen. Entonces, es hora de actuar más resueltamente.



Roosevelt y José Santos Ossa

Quiénes son los que ponen a andar la historia?
¿Quiénes son los sujetos del cambio social?

Esta es la pregunta que emocionó a Gobineau y Marx, Ortega y Gasset y Platón. Y sus respuestas siempre encontraron cultores, aunque muchos de ellos no hubiesen sido reconocidos por estos filósofos como hijos legítimos.

Marx habló de la clase social, y Stalin la hizo partido único y totalitarismo. Platón habló del filósofo rey, y Federico el Grande se lo tomó en serio. Ortega y Gasset expresó el impulso de las generaciones y los jóvenes de los sesenta lo relejeron en la tomada Casa Central de la Universidad Católica. Gobineau habló de la raza, y Hitler la hizo aria y antisemita.

Jaspers vio en los filósofos, santos y profetas a los sujetos de las etapas axiales en que el mundo descubrió nuevos sentidos. Confucio, Lao Tse, Sócrates, Buda e Isaías.

Por cierto, Jesús es genial iniciador de un giro en toda la historia de Occidente y, en menor manera, de Oriente. La historia se divide en un antes y un después del milagroso acontecimiento de Belén. Estos hombres y mujeres hacen estallar las fuerzas del espíritu. Y todo cambia tras ellos.

Otros han señalado que son los empresarios, los descubridores de tierras ignotas y los científicos, los grandes actores de la modernidad. Ellos desencadenan las potencias de la materia. ¿Qué haríamos sin Henry Ford, Cristóbal Colón o Einstein? Nada queda igual tras su paso.

Desde esta perspectiva, queremos volver a tratar el tema de los grandes empresarios. Los hemos criticado y fuerte.

Por cierto los hay de muy distinto pelaje. Buenos y malos. Como los políticos o los militares. La línea que separa el bien y el mal no nos divide por grupos, sino que atraviesa por la mitad nuestros corazones.

Describamos a los malos empresarios y luego cerremos destacando los buenos.

Para lo primero, escudémonos detrás de quién fue uno de los más grandes presidentes que ha tenido la nación capitalista por excelencia: Franklin Délano Roosevelt.

Es el 4 de marzo de 1933. El nuevo presidente realiza su discurso de investidura en medio de la quiebra de la nación norteamericana. Los bancos están cerrados, las operaciones comerciales y bursátiles suspendidas o desplomadas. Es la

Gran Depresión, que provoca cesantía y delincuencia por doquier.

Lo que quiero citar de este discurso, es el hecho de que el presidente las emprende contra los malos empresarios. Y lo hace sin temor y sí con mucha dureza. Ataca a los administradores del intercambio de bienes de consumo y a los "corredores de moneda".

De ellos dice: "Despojados del cebo de la utilidad, por el cual inducen a nuestro pueblo a seguir su falsa orientación, han recurrido a ruegos, suplicando lastimosamente que se restablezca la confianza. Lo único que conocen son las reglas de una generación de egoístas. Carecen de visión, y, cuando ésta falta, el pueblo sucumbe. Los cambistas de dinero han huido de sus altos sitios en el templo de nuestra civilización. Ahora podemos reinstalar en ese templo, las verdades antiguas. (...) Ya no deben subordinarse la felicidad y el estímulo moral del trabajo, a la loca persecución de beneficios que se desvanecen. Estos días lúgubres valdrán todo lo que nos cuestan si nos enseñan que nuestro verdadero destino no nos va a servir sino para administrarnos y administrar a nuestro prójimo".

Palabras fuertes que fueron acompañadas de duras normas de regulación del crédito y sanción a la especulación. Malos banqueros, buen Presidente. Estados Unidos salió adelante.

Pasemos a los grandes empresarios chilenos, grandes por la magnitud de sus chequeras, pero también por su espíritu emprendedor y su vocación patriótica.

Aníbal Pinto los describe para explicar por qué la estrella de Chile brilló tan alto a mediados del siglo XIX. "En primer término aludamos a un elemento que tiene especial relieve porque no se repite en fases posteriores de la evolución económica chilena. Es la acción y presencia de una falange admirable de pioneros, cuyo espíritu de empresa admite parangón honroso con sus casi legendarios homónimos de América del Norte. Entre ellos, y siguiendo a Encina, mencionamos ese extraordinario cuarteto que formaron Diego de Almeida, José Antonio Moreno, José Santos Ossa y Tomás Urmeneta. Su actitud vital y sus proezas, que podrían ser una lección permanente de lo que puede lograr el chileno en un marco propicio, son poco conocidas por nuestra juventud, la cual, no obstante, en las aulas, debe memorizar largas nóminas de políticos, militares y también figurones, que hicieron mucho menos o nada por la Patria".

Aníbal Pinto rinde honores a Ossa y al propio Edwards. José Santos Ossa era hijo de una rica familia de Copiapó, pero dejó atrás las comodidades para salir a los 16 años a explorar el desierto. En 1866 descubrió la existencia de salitre en el Salar del Carmen y cambió la historia de Chile.

Don Agustín Edwards decía que los negocios cesaban de interesarle después de que lograba consolidarlos, y su empeño era desprenderse de ellos para correr tras nuevas empresas. Y vaya si consolidó algunas.

Buenos y malos empresarios.

Sin los primeros, el desarrollo nacional es muy difícil; con los segundos, imposible.

Que seamos pues bendecidos por una nueva generación de Almeidas, Santos Ossas, Morenos y Urmenetas. Y que líderes políticos como Roosevelt nos sean propicios.



Gandhi

o de la aspiración universal por la paz

Necesitamos un Gandhi para Chile” editorializó la Revista Mensaje a mediados de los años ochenta. En aquella época, Chile era presa de la violencia de la dictadura militar y amenazaba con inclinarse por un enfrentamiento fratricida final. Por eso lo necesitábamos.

Gandhi era para los jóvenes de los ochenta la integridad a toda prueba del santo y del héroe. Era él expresión de una esperanza inquebrantable en medio de una noche sin estrellas. Las dictaduras militares habían dejado un saldo de 35.000 muertos en Argentina, 75.000 en El Salvador y 150.000 en Guatemala. La salida armada de Nicaragua la había llevado a un callejón sin salida y el régimen militar chileno se veía fuerte, muy fuerte. Parecía que no había alternativa.

Por eso nos gustaba Gandhi cuando decía "Si nadie escucha a tu llamada, camina sólo, camina sólo". Y recorrió India entera a pie. Al final de sus días insistió: "La voz interior me dice que siga luchando contra el mundo entero, aunque esté solo. Me dice que no debo temer a este mundo, sino avanzar, y que el único temor que debo albergar en mí es el temor a Dios".

A nuestras lecturas nocturnas de Gandhi, se sumaban nuestras ruidosas proclamas de la no violencia activa. Y salíamos a las calles a practicar su verdad. Sin embargo, solíamos caer en profundas desolaciones ante nuestras debilidades, divisiones y fracasos. ¡Qué lejos de ser seguidores del "alma grande"!

Nos gustaba Gandhi por su método de lucha. El creía en la fuerza de la verdad y del amor. Predicaba la pureza radical de los medios para alcanzar altos fines. Sostenía que sólo liberando al opresor de su error, se podía alcanzar la liberación real. Oponer a la violencia más violencia sólo acarrearía un nuevo ciclo de opresión.

Así nos entusiasmos con su método y nos dedicábamos a toda clase de acciones no violentas. No faltaba el que en un momento crítico salía arrancando. O el que cedía a la violencia. Unos llevados por la ira lanzaban garabatos o hacían hirientes alusiones a carabineros por su extracción social o nivel educacional. Otros se radicalizaban

aún más, y terminaban a piedras y palos. La esencia de la satyagraha era el respeto al otro. Eso que justamente no habíamos practicado.

Hoy, en mi madurez, Gandhi me sigue sorprendiendo.

Cuando el mundo se ahoga en intolerancia religiosa y choque de culturas, Gandhi surge como hombre universal.

Gandhi partió hablando, pensando y actuando como un inglés. Era un asiático alienado. Fue necesario que fuese humillado una noche en un tren en Sudáfrica para descubrirse no como un gentleman y abogado inglés, sino que como un cobrizo oriundo de la India.

Por eso volvió su mirada y corazón a su patria. Descubrió la India descubriéndose a sí mismo. Allí recuperó su identidad, tradición y Dharma (deber religioso). Le conmovió su pueblo y se convirtió a él. De ahí para adelante, las masas de pobres de su patria hablarían por él. Y ese descubrimiento lo hizo leyendo y siguiendo también a Jesús de los europeos, Thoreau de los norteamericanos y Tolstoi de los rusos.

En tiempos en que la codicia de la humanidad, escudándose en un falso progreso, puede acabar con la naturaleza, Gandhi surge como el profeta de la austeridad y de las cosas simples. Atacaba la civilización moderna que multiplicaba las necesidades. Ellas impedían el crecimiento propiamente tal que es espiritual y hacían del planeta Tierra

objeto de expoliación inmisericorde. “Si India se convierte en esclava de las máquinas, entonces, sólo cabe esperar que el cielo salve al mundo”.

La actual India con pobreza ultrajante, con armas nucleares y dividida a muerte entre musulmanes, sijs o pakistaníes lo llenaría de pena. Alcanzó a ver su fracaso con la partición de la India y, de hecho, su sacrificio final se consumó al ser asesinado el 30 de enero de 1948 por un hermano que “aún no había logrado convencer”.

La universalidad de su mensaje se expresa también en que Gandhi llama a los hombres y mujeres de fe a entender que “lo sagrado” no se esconde en la esfera “privada” del hogar o de la capilla. Para él participar en la vida pública era un acto de fe, religioso a carta cabal. Del mismo modo jamás se retiró de la vida activa y pública acusándola de “secular y corrompida”. Por el contrario, él integró las diversas esferas de la vida humana de modo tal que señaló: “Cuando la práctica de la *ahimsa* sea universal, Dios reinará en la Tierra como lo hace en el cielo”. Lejos del desprecio por lo mundano, su religiosidad lo llevaba a amar a la humanidad y comprometerse con su tiempo.

Gandhi, hombre universal.



Hannah Arendt y el milagro del nacimiento¹

Hombre y mujer los creó”, leemos en el Génesis. Y del encuentro de estos dos seres surge incesantemente la vida. Esto fue visto como un milagro durante milenios. Pues esta conmoción, que es la natalidad, salva a la humanidad de perecer en la noche que cae sobre nosotros, al cerrar los ojos por última vez. Es gracias a ella que podemos tener esperanza de que nuestro largo peregrinaje podrá seguir, a pesar de todo. Esta es la “Buena Nueva”: “Nos ha nacido un niño”. El cristianismo verá en este nacimiento el punto de quiebre de la historia humana. Lo infinito se hace finito, lo absoluto deviene en particular, el espíritu se encarna, Dios se hace hombre, el Todopoderoso se

¹ Escrito con Pamela Hernández Salas, Médico-Cirujano.

hace niño pobre en un pesebre. Si algo salva al cristianismo de sus miserias tan humanas es justamente ser la religión del niño.

A propósito de esto, “la píldora del día después”, surge en el debate nacional como la novedad central de los tiempos que vivimos. La técnica ha irrumpido en medio de la natalidad empujando la libertad humana hasta el límite que, en el Génesis, separaba lo humano de lo divino: el control de la vida. Gracias a las píldoras anticonceptivas y el aborto, así como a las técnicas de la procreación artificial, las mujeres y los hombres de hoy pueden burlarse de la fecundidad no deseada o de la esterilidad impuesta. Aun más. Ahora podemos manipular el patrimonio genético del que está por nacer. La maternidad podrá optar por el tipo de niño que quiera. Lo que la mujer de la antigüedad pedía al oráculo, vaticinar y al sacerdote, solicitar a su dios, la ciencia puede ahora ya realizar.

Esta es la cuestión central: paternidad y maternidad ante la potencia –bendición o maldición– de la ciencia humana. Píldoras más, recursos de protección menos, no nos confundamos. He ahí lo que está en discusión: el sentido y los límites de la libertad humana.

¿Nos nacerá un nuevo niño? Una nueva vida que la técnica nos promete gatillar, manipular o impedir con “toda libertad”, mientras que otros nos la quieren imponer conservadoramente sin ninguna libertad, en feroz natalismo.

En el siglo XX una mujer judía volvió a renovar la tradición cristiana que canta la vida en el "milagro del nacimiento". Para Hannah Arendt, la natalidad es un milagro, pues en él todo vuelve a comenzar en forma riesgosa, promisoría, abierta, única e irrepetible. "Nadie nunca igual que mi hijo ha habido ni habrá", es el canto de la natalidad. Es en el nacimiento donde los hombres nos volvemos a asombrar, admirar, llorar de dolor y cantar de alegría. La libertad y la responsabilidad del ser humano surge al nacer, pues incesantemente todo se renueva y vuelve a ser posible. Arrojado al mundo, cada niño deberá entender que la libertad es su condena, pues nadie lo consultó y cada padre verá que no hay responsabilidad más grande que aquella que surge al contemplar al ser más desvalido, al que grita sin apelación: "sin ti me muero". Lo que el místico intuye y el enamorado desea, los padres lo saben y lo acurrucan en sus brazos.

Si no hubiera nacimiento, la vida humana, en su loca carrera hacia la muerte, llevaría todo a la ruina, la destrucción y la desaparición. Pero con cada nacimiento recordamos que los hombres y las mujeres, aunque han de morir, no han nacido para eso sino para comenzar y continuar la obra de sus mayores.

Hombres y mujeres nuevos aparecen, una y otra vez, en un mundo antiguo en virtud del nacimiento. Y cuando

asumimos la responsabilidad madura de actuar, de iniciar algo nuevo en el mundo, la natalidad llega a ser plena.

Hannah Arendt, mujer sin hijos, filósofa sin partido, judía sin nación, en el siglo de la ciencia que todo lo puede y del Holocausto que generó fábricas de cadáveres, nos canta el amor a la vida en el nacimiento. Ella que vio a tantos morir, no es extraño que haya visto con tal claridad el milagro del nacimiento.

Emmanuel Levinas, otro filósofo judío que huía del Holocausto, creyó en la "verdad" de su maestro Heidegger: somos seres-para-la-muerte. Nacemos para morir. En el París aun no ocupado por el nazismo, nos cuenta que pronunció una conferencia sobre la filialidad que tituló "Más allá de lo posible". Había tenido recién a su primer hijo, si mal no recuerdo. En dicha conferencia señaló que "El (hijo) es el porvenir más allá de mi propio ser. En efecto, el hijo no es simplemente mi obra, como un poema o como un objeto fabricado, no es tampoco mi propiedad.

Ni las categorías de poder ni las de posesión pueden indicar la relación con el hijo. Ni la noción de causa ni la noción de propiedad permiten captar el hecho de la fecundidad. Yo no tengo a mi hijo, yo soy, de alguna manera, mi hijo. Ser padre es comprender ese misterio en que el otro es radicalmente otro, y donde, sin embargo, es, de alguna manera, yo".

Emmanuel Levinas, entre los escombros de la civilización occidental cristiana, grita con los brazos extendidos al cielo: “¡No maestro, te equivocas. Tu razón te confunde. Tu portentosa inteligencia no te ha permitido ver la simpleza y belleza del misterio de la vida. No nacemos para morir. En nuestros hijos somos seres-para-más-allá-de-la-muerte!”

Arendt y Levinas nos recuerdan la belleza de la paternidad y el milagro del nacimiento. Pero, he ahí la fuente primera de toda responsabilidad, es tarea de nosotros que cada niño cuente con el cuidado amoroso de sus dos padres. En caso contrario, la maternidad incesante de la mujer pobre y abandonada, de la mujer profesional que se debe a su trabajo y de aquella que intenta planificar con responsabilidad su familia, se transforma muchas veces en angustia, especialmente en una sociedad que no apoya las grandes familias. Ante los niños abandonados en la calle o en guarderías de barrio alto, el mensaje del judeo-cristianismo se vacía y deviene muchas veces en imposición hipócrita.

“Píldora del día después” o “el milagro de los nueve meses después”: he ahí la opción que ni el juez, ni el legislador, ni el sacerdote tomarán por nosotros.



Gabriela Mistral nos invita a amar la Patria

En estos días aciagos me he encontrado con el libro de Jaime Quezada, *Escritos políticos de Gabriela Mistral*. Invito a leerlo, sobre todo a los jóvenes, y particularmente a las jóvenes que aman la autonomía y la entrega a los demás.

En estos escritos, Gabriela Mistral se declaró hija de la democracia chilena. “A mí me gusta la historia de Chile, como un oficio de creación de la patria”, afirmaba. Para ella, el arcángel de la raza, –¿por qué no creer que cada uno lo tiene?– “nos llamó a la prisa, a un ritmo benéfico que vale más que un mazo de doctrinas y también vale más que una tradición que apoltrona”.

Para ella, esa prisa se expresaba en el primer vagido de un recién nacido en el Chile independiente. Nada menos

que partir a liberar el Perú: “Así es como se llama a prisa la formación de la Primera Escuadra Libertadora del Perú, al día siguiente, como si dijéramos, de nuestra independencia. La hicimos improvisada en días de pobreza, con miras a afianzar la libertad recién nacida y con vistas a una política de unidad sudamericana”.

En tiempos en que parecemos sólo mirar nuestros problemas inmediatos y concretos, es bueno recordar este punto. O'Higgins no dudó en arriesgar todo por esta osada empresa. Lo hizo por amor a un ideal, pero también por una razón muy concreta: si la libertad del Perú no estaba garantizada, la independencia de Chile estaría siempre en entredicho.

Para Gabriela, el genio creador de la Patria también era espiritual. En efecto, “diligencia se llama, asimismo, la creación de un movimiento humanístico, desarrollado por don Andrés Bello en época y circunstancias prematuras, cuando la América Latina era todavía campo de guerrillas y no pensaba en velar por la herencia de una cultura latina llevada a tierras criollas”.

Y, por cierto, para Gabriela la educación había sido motivo de la prisa creadora de la patria. “Se llama celeridad la ley de Instrucción Primaria Obligatoria, dictada y cumplida con el fin de liquidar el analfabetismo, y que llevó la escuela a la última quebrada o isla del territorio, triplicando el presupuesto”.

Pero su amor por la patria no le impedía ver sus lados oscuros de militarismo y nacionalismo estrecho, que identificaba con la orden del Cóndor, el pico ganchudo y la garra metálica. Ella amaba más la orden del huemul, la de la hospitalidad y sensibilidad para todo compatriota y para todo extranjero.

Sabía ella el dolor de estar fuera de la patria o de no ser reconocida en sus méritos de mujer rebelde. Aunque en el México de Vasconcelos reclamaba que nunca hay destierro en nuestra América. Este secretario de instrucción pública la había invitado a participar en la tarea de inundar el país de libros.

Ella reclamaba contra la estrechez de una patria que no acogía al campesinado, a los obreros y a los indígenas. De ello se declaraba culpable. Pues como era creyente, pensaba que la comunión de los santos nos hacía crecer en las virtudes de los otros, y que todos somos culpables de no haber detenido la explotación de los pobres y de los indígenas.

Por ello, afirmaba que la última generación chilena quería “una economía del Estado, llena de sentido moral, que vaya de la creación de la riqueza al reparto honesto y acelerado de ella, para el bienestar afincado de una chilenedad que es exigidora por ser agudamente capaz”.

El informe del PNUD del año 2000, demostró que dos tercios de los chilenos creen que es más lo que nos

divide que lo que nos une. La mayoría cree que no es bueno hablar del pasado. Un 36,1 por ciento declara derechamente que “mientras en mi casa las cosas andan bien, la situación del país me importa poco”, pues ingenuamente creen que “pueden cumplir sus metas, independientemente de la situación del país”.

Gabriela Mistral nos llamaría a cambiar y a participar en política, actividad que reclamaba como parte de su Chile natal. “País civilísimo del civis político y del civis social”, como decía. “Voy convenciéndome de que caminan sobre la América vertiginosamente tiempos en que ya no digo las mujeres, sino los niños también, han de tener que hablar de política...” para combatir la injusticia social “que hace tanto bullo en el continente como la cordillera”.

Por ello declaraba que “yo no tengo por mi pequeña obra literaria el interés quemante que me mueve por la suerte del pueblo. Hay en ello el corazón justiciero de la maestra que ha educado a los niños pobres y conocido la miseria obrera y campesina de nuestros países”.

En tiempos en que la legítima autonomía personal se confunde con individualismo y la muchas veces razonable crítica a la política se transforma en desprecio a la participación, bien haríamos en recordar a esta Gabriela Mistral olvidada.



Martín Luther King, la ilusión y la esperanza

Cuál es la diferencia entre la ilusión y la esperanza? Contestamos: la distancia que hay entre la pasividad y la actividad, el simple fantasear del activo esperar. Martín Luther King nos puede ayudar a explicar nuestras palabras.

Por cierto, él tenía sueños e ilusiones. “Yo tengo el sueño de que un día en las montañas rojas de Georgia los hijos de los esclavos y los hijos de los antiguos dueños de esclavos, serán capaces de sentarse juntos en la mesa de la hermandad...Tengo el sueño de que mis cuatro hijos vivan en una Nación en donde no serán juzgados por el color de la piel sino por la conducta de su carácter”.

Hasta aquí podríamos decir que se trata de un sueño, de una ilusión. Pero cuando quien habla lo hace desde el

Lincoln Memorial en Washington ante 250.000 personas, 60.000 de las cuales eran blancos, estamos frente a un acto de esperanza.

Porque Martín Luther no dejó confinado sus sueños de igualdad racial y social a sus prédicas dominicales ni a conversaciones lastimosas con sus hermanos de color. Martín Luther King hizo de su sueño una esperanza que movilizó a millones. En 1957 ya había dado 208 discursos como presidente del movimiento negro contra la segregación, boycotado empresas segregacionistas, dirigido motines y marchas, sufrido la cárcel, etc.

Martín Luther King sabía que en este mundo somos peregrinos, que somos seres que estamos permanentemente en camino y sin lograr jamás plenamente lo que aspiramos a ser. En ese constante "aún no" la felicidad se nos escapa, del mismo modo como no se realizan jamás nuestros sueños de vivir en un mundo sin dolor, mal ni injusticias.

Algunos caen en la desesperación que es un verdadero descenso al infierno. Algunos se ven como seres infelices que viven en un mundo absurdo. Y, entonces, anticipan la condenación. "Terminaremos mal" dicen. Cierran la puerta a los sueños y se hunden en el hedonismo, el cinismo o en una angustia desesperada, dispersa, debilitadora, pusilánime, indiferente, triste, mortificadora.

La esperanza, por el contrario, dice "terminaremos bien". Pero no porque infantilmente creamos en una descansada seguridad de que poseeremos la felicidad y la justicia en este mundo. Es soberbia no estar dispuesto a realizar ningún esfuerzo y afirmar ilusamente que los más altos fines personales y comunitarios se pueden alcanzar sin trabajo, lucha y dolor.

No, la esperanza afirma que terminaremos bien porque nuestra espera es activa y confiada. Activa, pues el esperanzado no se cruza de brazos, sino que pone en manos en la obra cada mañana. Es además confiada no en las propias fuerzas, eso sería presunción fatal, sino que en la creencia en la bondad de la humanidad o en el juicio final de un Dios bueno y misericordioso.

Por todo lo anterior Martín Luther King no era un iluso, sino que un hombre de esperanza. Al recibir el Premio Nóbel de la Paz en 1964, señaló su fe inquebrantable y sus sueños activos: "Yo creo que la verdad y el amor dirán la última palabra; que la vida, aunque a veces parezca vencida, será siempre más fuerte que la muerte. Yo creo que un día todos los habitantes de esta tierra podrán recibir tres comidas al día para la vida del cuerpo, junto con la educación y la cultura para la salud del espíritu, la igualdad y la libertad para la vida del corazón".

Nótese que la esperanza se potencia una y mil veces cuando se plantean pequeños logros intermedios. El líder pacifista negro, ciertamente que hizo de Jesús el centro de su mensaje y esperanza. Pero encontró en Gandhi un método para hacerlo realidad. La no violencia activa que el utilizó le significó ganar batallas desde el fin de la segregación racial de los buses en Montgomery, a la promulgación de la Ley de Derechos Civiles. Por eso, su esperanza en 1964 la expresaba en la "pequeña utopía diaria" de que ningún ser humano se vaya a dormir con hambre. Nada más, pero nada menos.

James Earl Ray mató a Martín Luther King el 4 de abril de 1968. No sabemos si su fe en la inmortalidad del alma fue justificada ese día por su Señor. Pero lo que sí sabemos es que su esperanza y recuerdo sigue movilizándolo a millones de seres humanos. Cuando escuchamos a la banda irlandesa U2 cantarles, nos entra la duda de quién realmente murió ese día en Memphis: el reverendo de color de 39 años o el blanco que apretó el gatillo.



El Padre Alberto Hurtado la felicidad y la solidaridad

A los antiguos les parecía evidente que todos los hombres y las mujeres queremos ser felices. Sin embargo, el profeta del nihilismo, Nietzsche, cuestionó tal aseveración. Muchos -más por desesperanza que por convicción- ya no creen en la felicidad. Eso es cierto, pero es mucho más verdadero que a la pregunta hecha al ciudadano común en orden a si quiere ser feliz responderá con un estruendoso: "sí, quiero".

Pues bien, los chilenos buscan la felicidad entre los padres, hermanos, pareja e hijos. Un abrumador 69 por ciento así lo declara. Empero, razonan que ven a sus familias divididas y llenas de tensiones. La pregunta surge entonces con angustia: "¿podremos los chilenos ser felices?".

Yo creo que en la medida en que el desierto del individualismo siga avanzando, la respuesta es no. Ello, pues la felicidad justamente consiste en una suerte de solidaridad, de salirse de uno mismo y entregarse a lo otro: pareja, hijos, amigos, vecinos, naturaleza, Dios. Una persona feliz es una persona entusiasmada y el entusiasmo, al decir de Platón, consiste en ser poseído por un dios que nos arrebatara, que nos impulsa a salir fuera de nosotros mismos ofrendando nuestras vidas en el servicio de lo absolutamente otro.

Sé que lo afirmado en el párrafo anterior se opone a toda una hegemonía cultural individualista que nos aprisiona. Mal que mal, vivimos en un mundo moderno que consagra los derechos individuales, la dignidad personal y la autonomía moral. Estas son verdades que amamos, pero que hemos hecho caricatura transformando individuación en individualismo, ego en egoísmo, persona en individuo, comunidad moral en sociedad mercantil.

El Chile de hoy vive obsesionado por el crecimiento individual que se busca en el consumo compulsivo de ayer –siete y medio millones de tarjetas de crédito, Dicom incluido, se pasean por el mercado-. Si mal no entendí, 179 millones de visitas reciben anualmente nuestros *malls*. Pero si a alguno de esos chilenos le preguntamos si encontrará allí la felicidad, entre la tienda de Benetton y Davis, dirá que no, apretando la mano de su niño que lo acompaña en

ese extraño paseo -que a mí también me entretiene de cuando en vez-.

Más allá del discurso oficial y de la publicidad apabullante, en lo profundo del corazón el chileno sabe, con Pablo de Tarso, que “hay más bendiciones en dar que en recibir”, y que es cierto lo que el judaísmo expresa: “bendito es quien considera a los pobres: Dios le tenderá la mano en su momento de angustia”. Y también que el profeta del Islam habla con la verdad cuando grita desde el desierto: “alimentad al pobre, al huérfano, al cautivo, sólo por amor a Dios, sin esperar recompensa ni tan siquiera una palabra de agradecimiento”.

“Dar hasta que duela” es el grito de guerra de Alberto Hurtado. Nada de limosnas indoloras. Junto con el Hogar de Cristo, que todos recordamos, él fundó la Acción Sindical y Económica Chilena, ASICH, en junio de 1947. En 1951, uno de cada cuatro dirigentes sindicales del movimiento obrero chileno habían sido formados por este hijo del padre Vives y compañero de Clotario Blest. Y eran dirigentes sindicales de pliegos colectivos, negociaciones y huelgas. Y su amor por el hombre le hacía confiar en el don de la razón y la fuerza de la palabra escrita. Por eso fundó *Mensaje*, para ayudar a la formación religiosa, social y filosófica de los católicos y orientarlos en un mundo nuevo, complejo y desafiante. Eso lo hizo en 1951.

Si lo recordamos es, por cierto, para impedir que convirtamos al padre Alberto Hurtado en un continuador del conservadurismo de la limosna de ayer y de hoy. El fue un profeta de la justicia social y un promotor de la solidaridad. Pero también lo hacemos para terminar uniendo felicidad con solidaridad, para lo cual el puente dorado es justamente Alberto Hurtado.

Finalmente, la solidaridad consiste en la conciencia activa de que estamos indisolublemente unidos a los otros. Que tenemos una deuda con el otro. Que su miseria es nuestra y que, igualmente, su alegría hace arder nuestro corazón y brillar nuestro rostro.

Los latinoamericanos seremos felices si y sólo vivimos en una sociedad buena y justa, pues la felicidad consiste en amar, y amar de verdad es dar hasta que duela. Y si lo recordamos es más con vergüenza personal que con la conciencia tranquila.



Profesión de fe

Tirso de Molina nos enseñó que “no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague”. El plazo llegó y, cosas de esta rara modernidad chilena, deberemos hacer profesión de fe ante el Estado. Ante un extraño, y en nuestro hogar, seremos consultados acerca de la fe que profesamos. Es el Censo estatal que irrumpe en nuestra intimidad familiar y de conciencia y nos pregunta: Es tiempo ya de que lo confiese, ¿católico, cristiano, agnóstico, ortodoxo, ateo, judío o musulmán?

Yo, tras larga meditación, contestaré que católico es lo que pretendo ser. Cuando lo haga, no pensaré en las misas a las que asistí, los dogmas que aprendí, ni en los papas, cardenales y teólogos que conocí. Tampoco reflexionaré acerca de divorcios vinculares, celibatos obligatorios, sacerdocios femeninos, monarquías electivas, ni centralismos

romanos. Tampoco en esa larga historia de santos y villanos que es la historia del catolicismo. Iglesia santa y pecadora. No, todo eso me parecerá "humano, demasiado humano". Demasiado lejano también. Más bien será el momento de la confesión de mis amores y traiciones. Retornarán a mi corazón los recuerdos imborrables y las sublimes verdades. Mi verdad será la del niño que fue bautizado sin que nadie le preguntara en que iglesia debía serlo. En todo caso, no condeno a mis padres por ello. Si me hubiesen preguntado esa primaveral y bautismal mañana, no habría entendido nada. Aún no me habían regalado la lengua ni la razón occidental y latina. En el día de mi bautizo, mis padres, como a su vez sus padres y los padres de sus padres, me introdujeron en una tradición judeocristiana que viene caminando desde Ur de Caldea, hace casi cuatro mil años.

Es la tradición cristiana abierta al mundo por el judío Jesús. Tradición que al separarse de sus hermanos mayores se quiere católica y universal por Pedro y Pablo. Tradición que viene marchando muchas veces sola y a pie con Clemente y Orígenes, Agustín y Tomás, Francisco, Domingo y Catalina, Teresa y Juan, Ignacio, Bartolomé, Fray Escoba y los otros, todos los otros y todas las otras. Sobre todo por "todas las otras".

Esa es la sublime verdad. Mis padres, un día cualquiera, me hicieron católico. ¿Por la gracia de Dios o para

alegría del demonio? No lo sé. La historia relatada por mis hijos, amigos y enemigos lo dirá. No seré yo (aunque ya con temor y temblor espero juicio). La decisión final sea reservada a Dios. Y que cada uno de nosotros afirme con fortaleza su verdad, por humilde, precaria y pequeña que ésta sea. Y entre más humilde, más verdadera.

Sí, y para horror de los amantes de todo lo nuevo, al declarar solemnemente en el Censo que pretendo ser católico, recordaré que soy hijo de una nación de muertos. Es a mis antepasados a los cuales me debo. Sin ellos, no tendría nombre ni apellido, patria ni destino, lengua ni sentido.

Por cierto, señores modernos, les diré que agradezco a Lutero, Kant, Marx, Nietzsche y Freud que me hayan enseñado que debo sospechar de mis razones religiosas. No confundir instituciones y organizaciones, que a veces son más bien verdaderas babilonias modernas, con el pueblo de Dios y el Reino de los Cielos. Nada de andar probando que Dios existe, pues si nuestra mente fuese capaz de ello, lo convertiríamos en teorema. Zubiri lo enseñó y Rivera me lo contó. Cuidado con el burgués gentilhomme que reserva para otro mundo la felicidad y la justicia. Nada de morales de borrego que crean razas de sometidos y escriben silabarios que lanzan basura en el origen humano e inmediato de la vida que es nuestra bendita sexualidad. Anatema para los que hacen del catolicismo una religión de menores de edad

que andan buscando padres, tutores e inquisidores que tomen las decisiones por ellos.

Y así fue madurando mi fe. Y esta larga profesión llega al momento del recuerdo. Cuando en mi juventud llegó la hora de las confirmaciones ya era tarde para mí. Ya había escuchado a Raúl Silva Henríquez hablar de opciones preferenciales por los pobres y de tiranías que debían ser combatidas por amor al hombre y la mujer, dignidad, libertad y derechos. Trabajar duro por la buena sociedad por amor de su Nombre. Ya había oído y visto al anciano de Clotario Blest hablar de luchas sindicales y cristos obreros. Y yo, burgués como era y soy, sentí y siento vergüenza. Los jesuitas me hablaron de un hombre, ¡un hombre!, que junto con recoger niños debajo de los puentes, levantar hogares para los preferidos de Dios, organizaba sindicatos cristianos y hacía sociología religiosa que denunciaba sobriamente la hipocresía de un país que se decía católico.

Si me dice que de esa iglesia queda poco, les digo que no lo creo así. Y aunque así lo fuese, ello sería invitación poderosa para volver a levantarla y volver a creer a pesar de todo. Que esa es la esencia de la esperanza cristiana que la separa de la ilusión griega. Esperar trabajosamente... a pesar de todo. Esa es la tradición religiosa a la quiero pertenecer, libre y maduramente. Y es religiosa, pues quiere volver a ligar a los hombres y mujeres con Dios; a re-unir a los

hombres y mujeres en la solidaridad planetaria y que ansía recuperar la armonía de la humanidad con la naturaleza en la coalición de los seres vivos. La religión es re-unir en el universal concierto de paz que fue y volverá a ser la creación.

Tradición que intento enseñar a amar a mis hijos. Ya les llegará la hora de maduramente seguirla o no. Cualquiera sea su decisión, ellos saben que cuentan desde ya con mi respeto y cariño.

Profesión de fe, de inicio de milenio, realizada en el confín del mundo.



Gramsci o del amor por el terruño

Gramsci es marxista heterodoxo, en el sentido de que valora el poder ideológico sobre el económico, el militar y el político. Se da cuenta de la importancia de la sociedad civil, entendida no como infraestructura económica en la *vulgata* marxista, sino como armazón ideológico o hegemonía cultural.

Como buen italiano, percibe el enorme poder del cristianismo. Pero, como diría Stalin, el Papa no contaba con divisiones militares. ¿Dónde residía su poder? La respuesta de Gramsci es: la hegemonía de la iglesia reside en lo cultural, en la forma en que hombres y mujeres cultivamos nuestro intelecto y espíritu. Somos seres simbólicos, pues somos los únicos animales con “logos”, razón y discurso. Hablamos, y al hacerlo construimos un mundo y nos identificamos con

él. La cultura cristiana conquistaba los corazones enseñando lo que era bueno y malo, lo justo y lo injusto. Y al hacerlo ejercía un enorme poder, pues condicionaba las conciencias y los comportamientos humanos.

Gramsci se encuentra en la cárcel, condenado por un ex socialista, Benito Mussolini. "Tan poderosa inteligencia debía silenciarse", fundamentó la orden que aprisionó el cuerpo del pensador. Mas su espíritu voló y se inmortalizó al escribir *Cuadernos de la cárcel*.

En sus manuscritos analiza la razón por la que los líderes bolcheviques exiliados en Europa vuelven a Rusia. Si todo es determinismo económico o burguesa búsqueda del bienestar, quienes vivían un exilio dorado no debieron volver en 1917 a Rusia para participar en una cruel revolución. Pero lo hicieron. ¿Por qué?

La respuesta del apasionado italiano que poseía inteligencia y sentimiento, es sencilla: volvieron porque amaban a Rusia, su tierra natal. Sus ciudades y sus campos, su literatura y poesía, sus paisajes, sus costumbres, sus ríos, estepas y montañas. Añoraban Rusia y sabían que serían infelices fuera de ella.

Michael Walzer, un filósofo comunitarista judío americano, lamenta que el amor por Rusia no haya sido aún más fuerte. En efecto, si Lenin hubiera visto con más claridad la grandeza de su país habría evitado dos monstruosos errores.

El primero fue de carácter material, y consistió en haber resumido la esencia de la revolución en la frase “soviets más electrificación”. Con esa expresión, el líder de octubre, quiso señalar que todo el poder político debía ir al pueblo organizado, cosa que se redujo pronto a la *nomenklatura* comunista. Junto con ello, se debía industrializar la URSS a pasos agigantados. Al hacer esta tarea, su sucesor, Stalin, destruyó lo que pudieron ser las bases más sólidas de una vida comunitaria no centrada en el colectivismo estatal: las comunidades campesinas y las tradiciones agrarias rusas.

Pero el desprecio de esas tradiciones “poco modernas” causó una tragedia de muertes y hambrunas y restó las bases a una vida social no individualista.

El segundo error, de carácter inmaterial, fue el exceso de iluminismo racionalista. El marxismo finalmente era una ideología occidental que veía con sospecha todo lo oriental. Marx había descrito a Rusia con mucho desprecio. Sólo la tierra de Darwin, Kant y Hegel generaba ideas de verdad. Rusia era atrasada, feudal e ignorante. Pero las ideas que dotan de alas al espíritu humano tienen raíces culturales que las generan y las hacen vivir y reproducirse. Había que poner tradición y cultura nativa para moderar los excesos de la razón. No se hizo.

Sabemos cómo terminó el proyecto marxista-leninista que buscó construir, mediante la imposición política y

militar, una sociedad igualitaria que no se basara en las raíces culturales y sociales de su pueblo.

Si hoy pensamos en la razón por la que China y Cuba sobreviven al colapso del comunismo podemos recurrir nuevamente a la misma razón: el amor al terruño, el nacionalismo. Todos sabemos que Fidel Castro hoy intenta ocultarse detrás de Martí, y no de Marx ni de Lenin. Mientras más bloqueo norteamericano, más nacionalismo reactivo cubano.

Del mismo modo, tras la extraordinaria sobrevivencia de China a la caída de 1989, se encuentra el nacionalismo chino. Grande Mao, pero mucho más grande Confucio. Ese maestro de las mil generaciones de dirigentes chinos es el promotor de la idea de una nación que tiene una tradición que venerar y un futuro común que conquistar.

Sin amor a la patria no hay republicanismo ni democracia. El republicano es el que en tiempos de guerra, está dispuesto a morir combatiendo al injusto invasor, y no huye a otro país o guarda silencio. El republicano sabe que en tiempos de paz puede ser muy cruel el combate al tirano que quiera arrebatar el poder político al gobierno popular, pero lo afronta.

Y la patria nos pertenece a todos. Nada de ese pseudonacionalismo de coacción que condenaba don Miguel de Unamuno. Si reducimos la patria a un grupo o una

institución, como el ejército, llegará el momento en que cuando se pida al pueblo tomar las armas para combatir al invasor se estrechará de brazos y dirá “ustedes son el pueblo, defiéndanse”.

Y el amor a la patria tampoco pasa por odiar al extranjero, al diferente. El valorar lo propio no necesariamente implica despreciar lo diferente. Por el contrario. La tradición judeocristiana enseña que Dios creó al ser humano como pareja de hombre y mujer. “No es bueno que el hombre esté solo” dijo la voz divina. Y mujer y hombre, maravillosamente distintos, son misteriosamente iguales. Y nada más milagroso y apasionado que el encuentro de esos dos cuerpos y almas distintas. ¿No es cierto?

Y finalmente, el amor a la patria no significa el desprecio de la humanidad. Ya llegará el momento en que nuestro amor a la humanidad pueda conciliarse con nuestra pasión democrática.

Sólo habrá democracia mundial sobre la base de una federación de democracias locales. Un gobierno popular de 6 mil millones de habitantes no parece viable, por mucho que confiemos en la tecnología que acerca fronteras y reduce las distancias. Por eso, deberemos acostumbrarnos a la idea que distintas identidades políticas son conciliables.

Finalmente, cuando estoy en Santiago me acuerdo de lo hermoso que es Concepción. Cuando salgo de Chile, me siento chileno entre argentinos y peruanos. Cuando estoy en Europa, sé muy bien que soy latino y no anglosajón o nórdico. Y cuando estoy frente a un bebé que llora y no distingo en él ni banderas ni cultura, sé muy bien a qué me obliga mi amor a la humanidad.

Amor a la patria y amor al mundo. Dos amores sin los cuales la política moriría de inanición.



Asamoah

o del día en que Brasil derrotó a Alemania

El día que Brasil derrotó a Alemania fue un domingo treinta de junio del año 2002. Las dos superpotencias del fútbol se enfrentaron por primera vez en una final. Dos países enteramente distintos. Uno germano, el otro latino. Uno teutón, el otro, negro, indígena, mestizo, blanco. Uno desarrollado, el otro, pobre. Y Brasil venció, la alegría morena estalló y la “bestia rubia” nietzscheana calló y respetuosamente felicitó al vencedor. Como Senegal venció a Francia, Brasil vencía a Alemania. ¿Qué habrían dicho Adolfo Hitler y los portavoces del colonialismo fundado en el racismo?

Porque fue también y, paradójicamente, un treinta de junio el día en que Adolfo Hitler consolidó su poder. Fue la

“noche de los cuchillos largos” de ese día de 1934, cuando se produjo el asesinato masivo de los principales jefes nacionalsocialistas adversarios del Fürher y de los líderes de la oposición. En 1932 el Partido Nazi había alcanzado el 37,3% de los votos. Esa noche del treinta de junio, Hitler avanzó más y alcanzó el poder total. Europa viviría su “guerra civil”. Cincuenta millones de personas morirían a partir del proceso desencadenado por ese poder criminalmente asido esa noche del treinta de junio.

Luego llegaría la noche del 9 de noviembre de 1938. Esa noche conocida como “la noche de los cristales rotos”, la *Kristallnacht*, con miles de tiendas judías destruidas, donde fueron asesinados 91 judíos, hubo centenares de heridos y más de 30.000 arrestados, los cuales fueron enviados a campos de concentración. Un 9 de noviembre partió el germen de “la solución final”. Había que acabar con el pueblo judío y demostrar que la raza aria era la superior.

Fue un francés, Gobineau, quien señaló que la ley de la historia estaba dictada por la lucha natural de las razas. Que la decadencia de las civilizaciones se producía por la degeneración de las razas, y que ésta, a su vez, era el producto de la mezcla, en que la raza de menor calidad se imponía como dominante.

Tan monstruosa idea racista justificó los excesos del colonialismo. La pensadora judía alemana Hannah Arendt

lo recuerda: "así llegó el exterminio de las tribus de hotentotes por los boers, los salvajes crímenes de Carl Peters en el Africa alemana del Sudeste, la masacre de la pacífica población del Congo: de 20 a 40 millones reducidos a ocho millones; y, finalmente, quizás lo peor de todo, determinó la triunfal introducción de semejantes medios de pacificación en la política exterior ordinaria y respetable".

El horror del racismo totalitario se consolidó "una noche de los cuchillos largos" del treinta de junio. Los métodos aplicados en las colonias llegaron a la Europa civilizada. Y un mismo treinta de junio del 2002, el moreno Brasil derrotó a una rubia Alemania, que para horror de los racistas de este mundo, integró entre sus jugadores nacionales a un alemán negro como el carbón. Ese alemán entre alemanes se entregó por entero por su patria germana. Asamoah es su nombre.

¿Qué hubiese pensado F.J. Hegel desde las graderías, viendo a Asamoah, el negro jugador alemán? ¿No recordaría que había dicho "negro es el hombre en su inmediatez", en "estado pedestre", "esta condición no es susceptible de algún desarrollo o educación: así como los vemos hoy, así han sido siempre"?

Un nueve de noviembre de 1938 explotó la persecución judía en "la noche de los cristales rotos". Pero fue también y paradójicamente un 9 de noviembre de 1989 en que

cayó el muro de Berlín. Así comenzó el término de otro totalitarismo fundado en la lucha económica de las clases y no en la lucha natural de las razas. Pero se trataba igualmente de acabar con el otro, con el distinto.

La esperanza se introduce entre los intersticios de estas felices coincidencias de fechas. Treinta de junio y nueve de noviembre: guerra o paz, tiranía o libertad, prepotencia o hermandad. El mundo debe optar.

Un treinta de junio, mil quinientos millones de humanos, todos igualados en el tonto juego de patear una pelota de cuero, celebramos el triunfo de la humanidad. Un pueblo oriental aplaudió a un moreno y creyente Brasil que, arrodillado, daba las gracias ante una Alemania derrotada, pero digna.

Un treinta de junio de 2002 volvimos a creer en el sueño del inmortal músico alemán Beethoven que, sordo y pobre, quiso componer una canción que uniera a la humanidad entera. El nos enseñó a cantarle a un nuevo día y a soñar en un nuevo sol en que los hombres volverían a ser hermanos. El treinta de junio del 2002 así lo creímos.



Monseñor Ariztía y la hermana muerte

El Obispo de la Iglesia Católica Fernando Ariztía murió el martes 25 de noviembre. Murió como vivió, poniéndose al servicio de su fe. Esa misma fe que lo impulsó a trabajar incansablemente contra la muerte injusta de los perseguidos, lo llevó a abrazarla agradecido cuando llegó la hora de la partida de este mundo. Extraña fe.

Como miembro del Comité por Paz se puso en 1973 al servicio de los familiares de los detenidos desaparecidos y de todos quienes sufrían violencia en sus derechos fundamentales. A él acudían los que lo habían conocido antes como un cura "momio". Para él sólo eran hijos de Dios. Nada más. Nada menos. Con eso bastaba.

Cuando inauguró el Memorial a los ejecutados por la Caravana de la Muerte en 1973 señaló: "Que la muerte de estos cuarenta hermanos de Atacama ayude a derrotar en Chile la brutal muerte de inocentes. ¡Nunca más!". Como

siempre abogó por “la gran aspiración del corazón humano, que es también la meta final de la historia: el abrazo del perdón y del reencuentro fraterno. Se producirá así el beso de la justicia y de la paz”.

Esto ya lo había hecho de él un hombre especial. Sin embargo, la forma como enfrentó la muerte demostró su grandeza personal y la fortaleza de la fe. La recibió como, al decir de San Francisco de Asís, se recibe a una hermana. Pues la muerte está con nosotros desde el día mismo que nacemos. Y nos acompaña cada día más. Y ante quienes luchan en contra de ella, con amorosa sonrisa simplemente da toda una vida de ventaja, pues se sabe ganadora, definitiva y terminantemente vencedora.

Los hombres de fe, al estilo de Fernando Ariztía, no temen a su hermana. Por el contrario, “mueren mientras no mueren”, pues para ellos la muerte los acerca a su Padre. De ahí la fuerza de los profetas que alimentaron la tradición a la cual pertenecía Ariztía. Así los describe San Pablo: “Ellos, gracias a la fe, sometieron países, establecieron la justicia, vieron realizarse promesas de Dios, cerraron los hocicos a los leones. Apagaron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, sanaron de sus enfermedades, se mostraron valientes en la guerra, rechazaron a los invasores extranjeros, sin hablar de mujeres cuyos muertos fueron devueltos a la vida. Otros murieron apaleados y no aceptaron la transacción que los

hubiera rescatado, porque preferían alcanzar la resurrección. Otros sufrieron la prueba de las cadenas y de la cárcel. Fueron apedreados, torturados, aserruchados, murieron a espada, fueron errantes de una a otra parte, sin otro vestido que pieles de cordero y de cabras, faltos de todo, oprimidos, maltratados. Esos hombres, de los cuales no era digno el mundo, tenían que vagar por los desiertos y las montañas y refugiarse en cuevas y cavernas”(Hebreos, 11 33-37).

Normalmente vivimos eludiendo la muerte. Ella es lo opuesto a la vida pues le pone fin. Luego, pensar en la muerte paraliza la vida. ¿Acaso es mentira que frente a la muerte todos nuestros esfuerzos y pequeñas ambiciones devienen tontas vanidades? Por ello es que si bien la muerte no puede ser eliminada, sí puede serlo la preocupación por la muerte. Se trata de una represión casi natural. Por otra parte, el extraordinario avance de la ciencia médica ha ido postergando nuestro inevitable encuentro con ella. A veces parece que la medicina moderna podrá detener la muerte y que ella sólo sigue venciéndonos porque el remedio o tratamiento “no llegaron a tiempo”. Anestesiarnos al moribundo y le decimos “mentiras piadosas”. Convertimos a los cadáveres en objetos y los sacamos “por la puerta trasera” de hospitales y sanatorios para que nadie los vea.

Fernando Ariztía no pertenecía a ese (este) mundo. Lo vimos públicamente los últimos meses de su vida con la

misma sonrisa de siempre. ¿De dónde venía su fe? De una vida bien vivida y de una fe inquebrantable. El psiquiatra Viktor Frankl nos recuerda que nadie puede deshacer lo hecho. Nadie puede borrar la bondad que hemos encontrado en nuestras vidas, los esfuerzos que hemos en ella realizado, ni los sufrimientos que hemos en ella superado. Nadie puede destruir eso. Luego, eso queda. La vida de personas como la de Ariztía es un monumento, ¡¡un monumento que ningún hombre en el mundo puede destruir!

Fernando Ariztía creía de veras. Pues su respuesta ante el misterio de la muerte se afirmó en el triunfo definitivo y final de la vida. Como dice el Apocalipsis, no habrá más dolor, ni luto, ni llanto, ni muerte (Apoc. 21, 4), ni se pasará más hambre ni sed, ni la naturaleza volverá a hacer daño (Apoc. 7, 16), sino que habrá un nuevo cielo y una nueva tierra (Apoc. 21, 5). Y Jesús era su utopía hecha realidad. Para él Jesús había muerto y resucitado.

Fernando Ariztía luchó contra la muerte injusta y prematura de quienes fueron y son perseguidos por sus ideas o por la violencia del hambre y la enfermedad de la pobreza extrema. Murió pidiendo que llevaran a su funeral alimentos a los más pobres. Por eso, cuándo a él le llegó la hora de abrazarse con la hermana muerte quedó indisolublemente atado a todo lo que él había amado y a todo lo que él había creído de verdad. Fernando Ariztía, hombre de fe.



Ha muerto el maestro Jaime Castillo Velasco

Jaime Castillo Velasco ha muerto en este, un año especialmente poco feliz para la política. Abogado y filósofo dedicó toda su vida a pensar la política y llevarla a la práctica haciéndola una expresión creíble de amor al prójimo. En los años cincuenta su trabajo intelectual apuntó a la Defensa de Jacques Maritain, describir las Fuentes de la Democracia Cristiana y analizar el Problema Comunista. En los años sesenta su obra presentó las vías revolucionarias de capitalistas, socialistas y comunitaristas. Se esmeró hasta el límite en pensar y resolver los problemas teóricos y prácticos de una política de inspiración cristiana. En 1970 era ya el maestro de muchas generaciones de militantes de su partido. Sin embargo, ver en Jaime Castillo Velasco un ideólogo es estrechez de miras. A un escritor lo podemos juzgar por sus libros. A un hombre se le juzga por su vida.

Ello pues la grandeza del pensamiento, la obra y la vida de Jaime Castillo Velasco se jugó tras el año 1973, en las calles, en las plazas, en los tribunales, en el exilio. Tras el quiebre democrático sus libros se hicieron como nunca verbo vivo. Es cierto que vivía literalmente rodeado de libros. Sin embargo, buena parte de ellos constituían una biblioteca muerta. Las obras completas de Marx, Engels o Stalin. Por allí se descubría un "Manual del Guerrillero" anotado a mano por Miguel Enríquez. Junto a las obras de Garaudy o Djilas se encontraba un escrito de Mao. Jaime Castillo Velasco los había leído a todos y dedicado treinta años de su vida para combatir ideológicamente al materialismo del marxismo o al totalitarismo del leninismo. Sin embargo, después del 11 de septiembre de 1973 no dudó un minuto en salir a la defensa de sus antiguos adversarios. Su voz nasal se hacía más profunda y su acción más penetrante.

Lo hizo pues el era un humanista a carta cabal. Sabía muy bien distinguir el hombre del error. Para él la dignidad de la persona era más grande que cualquiera de sus culpas. No preguntaba por la ideología ni el partido de su defendido. Simplemente constataba el agravio aberrante, la tortura despiadada o la desaparición forzosa. Y las emprendía contra los molinos de viento del autoritarismo de derechas, como ayer había combatido a los de izquierdas. Fue así como pasó a ser ahora el maestro de un ejército de la noche, de

desaparecidos, de asesinados, de torturados o de familiares tan dolidos como altivos. Por eso, al morir, Volodia Teitelboim lo llamó "hombre puro" y el Presidente Ricardo Lagos "uno de los grandes de Chile".

Jaime Castillo Velasco se inscribe así en una larga tradición de formadores de príncipes y gobernantes. Jenofonte cuenta en su "Memorabilia" que un crítico de Sócrates le reprochó no dedicarse a la política. El maestro simplemente contestó: "¿Participaría más en política haciéndolo yo mismo, o teniendo cuidado de que los más posibles sean capaces de hacerlo?". Sócrates se dedicaba a educar aquel anhelo de virtud "a través de la cual los seres humanos llegan a ser capaces de gobernar", es decir, "de la más grande virtud y el más grande arte", que es el llamado "arte real". Él fue maestro de líderes que cambiaron la Tierra.

Jaime Castillo Velasco murió preocupado por el devenir de la política chilena. La sabía noble y digna, más la anti-política lo angustiaba. Así, en uno de sus últimos escritos, reclamó lo siguiente: "Hacer política es equivalente a sentir amor por el prójimo. En un caso y otro, se trata de hacer el bien a los demás. La insuperable expresión de Aristóteles, la búsqueda del bien común, indica con sobriedad y profundidad el sentido del vocablo. Hay allí una visión de la sociedad toda. La acción va dirigida al pueblo entero, a partir de una realidad determinada. Por lo mismo, se trata de

una tarea que no termina jamás. Habrá que estar en ella sin llegar a ninguna perfección, porque el ser humano no es perfecto. Pero, el desafío es avanzar siempre (...) (...) Por cierto, hay también una anti política, una mala política, así como hay una anti belleza, una anti felicidad. Forma parte de lo que somos. Pero esto que somos es siempre rectificable”.

La política del espectáculo y del escándalo dejó y deja poco espacio para hombres luminosos como Jaime Castillo Velasco. Y ello acabará en la miseria moral de nuestra sociedad. Ese es el final del actual camino que transitamos. Camino de decadencia política que debemos abandonar pues necesitamos que los mejores nos dirijan. Y para ello nuestros jóvenes deben ser formados por maestros. Del mismo modo que nuestros viejos requerirán siempre del consejo prudente y confidente del sabio. ¿Qué hubiese sido del pensamiento humanista cristiano chileno sin el maestro. Poco, muy poco. Seguramente sólo paja, ruido y futilidad. Por el contrario, la política requiere del espíritu y la acción del pensamiento. Jaime Castillo Velasco nos lo enseñó con su vida, que es la obra de arte final de un maestro de verdad. ¿Cuál será su legado? No lo sabemos. Sólo podemos decir que eso ya no depende de él. Ahora está descansando en merecida y justa paz.



Hugo Trivelli, la reforma agraria y el deber de un socialcristiano

Hugo Trivelli ha muerto. Un gran chileno se fue retirando silenciosamente de este mundo. Casi imperceptiblemente su luz se apagó este Jueves Santo. Pocos jóvenes sabrán, en estos apresurados tiempos que vivimos, quién fue y qué hizo de su vida. Todo lo humano ha de morir. Pero, ¿todo ha de ser olvidado? En el caso de Don Hugo, definitivamente no. Pues Hugo Trivelli fue un hombre que participó haciendo historia. Como Ministro de Agricultura de Don Eduardo Frei Montalva se atrevió, acompañado de un grupo de jóvenes idealistas y técnicamente capaces encabezados por Jacques Chonchol y Rafael Moreno, de hacer la Reforma Agraria.

Con humildad, honradez y sin aspavientos enfrentó el peso de la noche. Don Manuel Rengifo, como Ministro de Hacienda de Chile, en su informe ministerial de 1834, señalaba que: “Entre los obstáculos que detienen el desarrollo de nuestra industria, podemos enumerar la acumulación de muchos terrenos en pocas manos. Una grande heredad no llega a cultivarse toda, ni puede cultivarse bien [...] Las haciendas de campo demasiado extensas no rinden el producto que, subdivididas, deben dar, y [...] la nación pierde cuantiosas rentas por efecto de esta desproporcionada distribución de la tierra”.

Pero la sacralización de la propiedad privada y el rechazo liberal al uso de mecanismos estatales en materia económica dejaron atadas de manos a la sociedad chilena y a la justicia social. Así nuestra agricultura y ruralidad se mantuvieron durante siglo y medio amarradas a un régimen económico y social semifeudal heredado de la Colonia. Pues en 1810 la encomienda española fue reemplazada por la hacienda chilena. Luis Durand la describía a comienzos del siglo XX como un régimen en que “el inquilino, el sirviente o el trabajador libre, que vaga de hacienda en hacienda, ajeno por supuesto a todo vínculo y obligación familiar, viene al pequeño pueblo a buscar alguna mercadería que no encontró en la pulpería de la hacienda. Por lo demás, allí está eternamente “enditado” y ya su cosecha en

verde está comprometida con el patrón o algún mayordomo favorito que puede hacer su negocio a espaldas del amo". Se trabajaba de sol a sol, sin derechos civiles ni sociales. En la hacienda la democracia era además burlada por el cohecho y el cacicazgo. Luis Durand simbolizaba la psicología de ese Chile en un "patrón sentado sobre la montura de su hermoso caballo de silla, que vigila sus tierras, y la del sirviente, pronto a agachar la cabeza para obedecer".

En 1964, ciento veinte años después del Informe Ministerial de don Manuel Rengifo, Chile vivía en un mundo dividido en dos. Por una parte un puñado de poderosos latifundistas gozaban de enormes propiedades y por la otra millares de minifundistas y cientos de miles de inquilinos, peones, llaveros y afuerinos para quienes la propiedad privada era una quimera para ellos e instrumento de opresión de los otros. Era tal la injusticia que el propio Jorge Alessandri Rodríguez señalaba que había que "dar acceso a la propiedad de la tierra a quienes la trabajan". Para ello promulgó una Ley de Reforma Agraria en 1962 que no afrontó la magnitud del desafío. Se le llamó "la reforma de macetero", no sin cierta injusticia. Fue gracias a ella, y a la creación de Cora e INDAP a manos del gobierno de Don Jorge, que durante los tres primeros años del gobierno de Don Eduardo Frei se pudo realizar la reforma agraria.

Sin embargo, el historiador Cristián Gazmuri recuerda

que al presentarse en 1965 el proyecto de ley de reforma agraria "10.300 grandes empresarios detentaban el 65% de la tierra arable de Chile y el 78% de la regada" y que el minifundio, el que, según dicho informe, constituía el 74,6% del total de propiedades rurales y normalmente las tierras de peor calidad, sólo comprendía un 5,2% de la superficie agrícola. La injusticia social iba, como casi siempre, acompañada de una baja productividad pues la producción agropecuaria de Chile había subido 2,29% por año entre 1950 y 1963, en tanto la población lo había hecho en un 2,71%.

Hugo Trivelli, formado en la Doctrina Social de la Iglesia Católica, asumió el desafío como político, técnico y socialcristiano. En efecto, en marzo del año 1962 el episcopado hizo pública una "pastoral colectiva" titulada La Iglesia y el problema del campesinado chileno. Moseñor Manuel Larraín y el cardenal Raúl Silva Henríquez, en junio de ese mismo año, subdividieron, entre 228 familias campesinas, la propiedad de cinco fundos que era dueña la Iglesia Católica. Por cierto Hugo Trivelli se enfrentó a quienes sostuvieron que la propiedad privada era "uno de los derechos emanados del orden instituido por Dios y que ninguna autoridad humana puede violar". Así lo sostuvieron el Partido Conservador, el presidente del Partido Liberal, la Sociedad Nacional de Minería, la Cámara Central de Comercio y la Confederación de la Producción y del Comercio.

La política agraria pasaba por dotar a los campesinos de dignidad y derechos. Por ello se fomentó la sindicalización campesina que apenas aglutinaba a 1658 personas en 1964. Para ello se dictó una ley que permitió la sindicalización de 100.000 campesinos a 1970. Se reformó la Constitución Política del Estado para hacer efectiva la función social del derecho de propiedad. En 1967 se promulgó la ley de Reforma Agraria. Gracias a ella se expropiaron 1 264 predios con un total de 3.400.000 hectáreas. Por cierto el conflicto se desató. Entre 1967 y 1969 se produjeron 1821 huelgas en el mundo rural. El 30 de abril de 1970, Hernán Mery, encargado regional de Cora, fue herido de muerte al enfrentarse a quienes defendían ferozmente una propiedad en Longaví. Un senador del Partido Conservador acusó a sus promotores de locos e ilusos y un senador del Partido Radical habló de simple despojo. Incluso el partido de Don Hugo se dividió porque algunos sostuvieron que la reforma era muy lenta. ¡Qué de cavilaciones, quebrantos y dolores habrá vivido en aquellos años!

¿Resultados? Sofía Correa, Consuelo Figueroa, Alfredo Jocelyn-Holt, Claudio Rolle y Manuel Vicuña han señalado que “desde un punto de vista productivo, la reforma agraria presentó resultados relativamente positivos. Pese a la sequía que azotó al país en 1968, los cultivos agrícolas crecieron entre los años 1965 y 1970 a una tasa promedio de

5% anual, sobrepasando con creces el 2,3% obtenido como promedio en el período inmediatamente anterior; en tanto que la producción ganadera tuvo un incremento anual del 5,5%, contrastando con el casi 2% de la administración pasada. A pesar del repunte en la productividad, sin embargo, la agricultura continuó siendo incapaz de abastecer la demanda interna se mantuvo la importación de alimentos y el agro siguió generando un desequilibrio en la balanza de pagos, pese al aumento del 40% en las exportaciones del rubro”.

Hugo Trivelli siempre defendió la Reforma Agraria que, por cierto, consideraba con errores en su concepción e implementación, como toda obra humana. Ella generó polarizaciones políticas y sociales. Los campesinos que llegaron a ser propietarios y agricultores eficientes fueron muchos menos de los esperados. Se aspiraba a ciento treinta mil propietarios. Cien mil pudieron haberlo sido. Sin embargo, la contra reforma agraria a partir de 1974 y el nulo apoyo otorgado hicieron que hoy 35.000 de ellos sean agricultores hoy. Pero sin la Reforma Agraria la modernización económica, social y cultural del agro chileno no hubiese sido lo que fue. Como señala Gazmuri “está obligado a mejorar la producción y productividad agrícolas, a explotar terrenos abandonados cambiar el cultivo extensivo tradicional por el cultivo intensivo de predios más pequeños. () ()

Después de los cambios ocurridos a partir del golpe militar de septiembre de 1973, la división en la tenencia de la tierra atrajo hacia la actividad agrícola a personas del ámbito urbano, los que adquirieron tierras y las administrarían eficientemente con técnicas empresariales modernas". La pujante agricultura de hoy jamás hubiese sido posible con los latifundios y mentalidades del ayer, esas que la Reforma Agraria superó.

Pero dejemos las disquisiciones económicas de lado. Hugo Trivelli nos diría que lo principal de la reforma realizada fue la dignificación del campesinado chileno. El inquilino y el peón de ayer se convirtieron en ciudadanos, como la república democrática se los venía prometiendo desde 1823. Más aún, ayudó a realizar plenariamente esa revolución en la cual él creía y que surgió en Galilea. Aquella que proclamó que cada ser humano es hijo de Dios y hermano de su prójimo. En silencio, este fin de semana santo, Hugo Trivelli se retiró de este mundo. Su memoria merece el recuerdo agradecido de muchos entre los que orgulloso me cuento junto con un puñado de amigos.



Mientras nosotros vivamos, nuestros héroes y heroínas no morirán

El filósofo católico Gabriel Marcel expresaba que la divisa del amor era “Mientras yo viva, tú no morirás” He aquí la clave de la vigencia del pensamiento y de la obra de nuestros héroes y heroínas. Mientras nosotros vivamos y les seamos fieles, ellos no morirán.

Vigente es para el abogado una ley que se aplica y para el moralista es una costumbre que se observa y tiene vigor. ¿Están vigentes nuestros héroes y heroínas? ¿Alguna vez lo estuvieron? Para la etimología la vigencia dice relación con el vigor. Y esta es una palabra que nos acompaña desde la Edad Media y nos remite a viga, a “tronco de dos caballos que tiran de un carro”. ¿Cuál es el carro que tiramos los que de jóvenes nos atrevimos a soñar?, me pregunto.

Y ese vigor que supone una viga que une a los amigos y que tiran un movimiento de la historia supone un vigía. Nuestros sabios fueron una atalaya, una alta torre desde dónde vieron la línea del horizonte y nos avisó de los descubrimientos de mundos nuevos, bellos, superiores. Y para que un pensamiento una a los amigos; para que arrastre con el peso de la historia utilizando una poderosa viga maestra; y logre seguir descubriendo nuevos horizontes de humanismo requiere de vigilancia, es decir, atención exacta a las cosas que están a cargo de cada uno. Estar vigilante es estar en vela, atendiendo cuidadosamente lo que velamos. Los héroes han muerto. ¿Me preguntan a mí cómo seguimos? Respondo, ¡Con todo lo que tengamos a mano! Con todo nuestros nervios, entrañas y mente. ¡Que para eso estamos!

Para continuar con bellas tradiciones de pensamiento y acción que hunden sus raíces en el pasado. La tradición es la entrega de una cosa. Mejor aún, tradición es entregarse uno a una causa. Más aún, tradición es entregarse uno a otro, al amigo, al padre, al abuelo, a las generaciones anteriores que nos transmitieron algo que consideramos valioso. Todo lo que es tocado por el hombre ha de morir. Sin embargo, la memoria es la bendita facultad del alma que nos permite volver a traer al presente lo que se presumía ya muerto, enterrado y olvidado. Para hacerlo vigente,

vigoroso, vigilante y observado en las vidas de sus seguidores.

¿Qué hace que una tradición filosófica perdure? Preguntémosle al discípulo de Ortega y Gasset, Julián Marías. “El año 322 antes de Cristo murió Aristóteles en la isla de Euba. Con él termina un periodo de incomparable actividad filosófica en Grecia, que comienza en Sócrates y llena aproximadamente un siglo. (..) (...) ¿Qué ha ocurrido? ¿Cuál es esta doctrina que ha desplazado así súbitamente las más altas creaciones de la mente griega? Como es bien sabido, Aristóteles no encuentra un discípulo de talla filosófica comparable: Teofrasto, Menón, Dicearco, Estratón de Lampsaca, el propio Eudemo, todos los continuadores de Aristóteles en el Liceo, están muy lejos de su maestro; eso es, por lo pronto, un azar; pero aunque no fuera más que esto, no podemos perder de vista el papel que el azar desempeña en las cosas de la vida humana; sin el factum de la existencia del hombre que fue Platón, ¿cuál hubiera sido la suerte del socratismo en Grecia?”.

Y, obviamente, Platón debe su grandeza, en parte, a Aristóteles. Para Marías, “La aparición de Aristóteles, un extranjero, en la Academia platónica; sin su presencia, la filosofía de Platón hubiera tenido aproximadamente el desarrollo que después tuvo dentro de la Academia misma. Pues bien, Aristóteles no tuvo el Platón que tocó en suerte

a Sócrates, ni quien desempeñara respecto de él el papel del propio Aristóteles en la Academia”.

Nuestras heroínas necesitan de discípulos fieles e innovadores. Por eso, ahora de nosotros depende. Mientras nosotros vivamos, ellas no morirán. ¿Con qué contamos? Con un puñado de hombres y mujeres libres. ¿Cuál son nuestros instrumentos de trabajo? Las palabras. Debemos leer, escribir y conversar mucho y con muchos. Así honraríamos la primacía de los medios pobres y humildes.

Paul Ricoeur nos ha escrito que: “No hay que sentir vergüenza de ser un ‘intelectual!...”. Yo creo en la eficacia de la reflexión, porque creo que la grandeza del hombre está en la dialéctica del trabajo y la palabra; el decir y el hacer, el significar y el obrar están demasiado mezclados para que pueda establecerse una oposición profunda y duradera entre teoría y praxis. La palabra es mi reino y no me ruborizo de ello; mejor dicho, me ruborizo en la medida en que mi palabra participa de la culpa de una sociedad injusta que explota el trabajo, no ya en la medida en que originariamente tiene un elevado destino. Como universitario, creo en la fuerza iluminadora, incluso para una política, de una palabra consagrada a elaborar nuestra memoria filosófica; como miembro del equipo Esprit, creo en la eficacia de la palabra que retoma reflexivamente los temas generadores de una civilización en marcha; como oyente de la predicación

cristiana, creo que la palabra es capaz de cambiar el “corazón”, esto es, el centro manantial de nuestras preferencias y de nuestras actitudes.

Debemos formar parte de una comunidad de simples lectores, escribanos y aprendices. Que rompan eso que dijo Compañe a propósito de Maritain : “Una referencia obligada más que una fuente de inspiración”. De esas lecturas y reflexiones compartidas deberán salir lo que Jaime Castillo llamaba “soldados de una causa muy exigente, marcados por una disciplina férrea y el sentido de unidad profundo”.

Así el maestro seguirá inspirando a los amigos de la ciudad eterna que siguen marchando en este mundo en el cual habitan la polilla y el gusano.



En medio del combate.
Un homenaje a Amado Nervo

Amado Nervo escribe entre enero de 1914 y diciembre de 1916 un puñado de poemas que lo immortalizan. El poeta busca elevar el espíritu del lector. Dichoso se declara si logra en nosotros templar el espíritu, fortalecer el ánimo, alargar la mirada, bendecir el dolor, combatir la injusticia y mirar de frente la muerte. ¿De qué se trata? De ser arquitecto de nuestro propio destino. De poder decir al final del invierno de nuestra vida: “Amé. Fui amado. El sol acarició mi faz ¡Vida, nada me debes; ¡Vida, estamos en paz!”.

Por cierto no se trata de vidas sosegadas, sino combativas. Pues en medio del combate y sólo en medio de él sabemos en qué realmente creemos. Pues cuando las fuerzas flaquean, la desesperanza cunde, las deserciones se multiplican y los dolores martirizan, sólo entonces sabremos lo que es nuestra verdadera fe. Por ello el poeta

reclama "No te resignes antes de perder definitiva, irrevocablemente la batalla que libras. Lucha erguido y sin contar las enemigas huestes ¡Mientras veas resquicios de esperanza no te rindas! (...) (...) Cuando las tinieblas y los espectros y los trasgos lleguen a inspirarte pavor, ¡cierra los ojos, abraza tu fe toda y arremete!". Si valores perennes están de tu lado, ¿qué esperas para combatir?

En medio del combate y sólo en medio de él sabemos lo poco que sirven las pequeñas ambiciones y los afanes fatuos. Insisto en que cuando las bajas son muchas y el miedo muerde furioso, nos damos cuenta que sólo la pureza de las motivaciones nos mantendrá en pie. Por el contrario, la vanidad y la vanagloria se descubrirán demasiada poca cosa ante tanto bregar y tanto sacrificio. Vendrá entonces el dulce pero fatal llamado a renunciar, abrazando la tranquilidad del vivir sosegado, sin combatir. Entonces la derrota estará servida. Por eso Amado Nervo exorciza el afán de reconocimiento. "¡Renombre, renombre, vete! Muchos quieren que halagues su oído; muchos que se mueren de hambre y sed de elogios ...Olvidame a mí, con gran olvido: como si jamás hubiera existido...Y no hagas ruido, que estoy bien así".

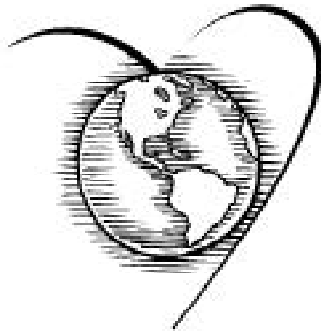
En medio del combate y sólo en medio de él sabemos cual es nuestra fortaleza, que no es otra cosa que estar dispuesto a seguir batallando y ser nuevamente herido.

“Dolor, pues no me puedes quitar a Dios, qué resta a tu eficacia ¡¡Dónde está tu aguijón! (..) (..) ¡Oh dolor, tú también eres esclavo del tiempo; tu potencia se va con los instantes desgranando: mientras, que el Dios que en mi interior anida, más y más agigántase, a medida que más le voy amando!!”. “Lo que no te mata, te fortalece” dice el filósofo del nihilismo. “Nunca se pelea mejor que cuando se está solo contra la muralla” agregaba el inspirado tribuno Radomiro Tomic.

En medio del combate y sólo en medio de él sabemos con quienes contamos. Aristóteles decía que necesitamos de los amigos para realizar las acciones nobles: “dos marchando juntos”, así, en efecto, están más capacitados para pensar y actuar”. Antorcha sagrada, sólo superada en valor por la virtud, la amistad ilumina la noche, ayuda a proteger el flanco y alegra el espíritu. Cuando junto a la fuertes convicciones personales se une un puñado de valientes amigos, vamos, la victoria está asegurada, no temas y arremete. Por el contrario, el pequeño gigante de Jena y Waterloo aprendió que “nunca sabremos quiénes son nuestros amigos hasta que no caigamos en desgracia”. Ignacio de Loyola pedía que hubiese en nosotros “*suiecto*”, es decir, que fuésemos sujetos humanos de veras. Esos que sujetan convicciones profundas y dan soporte a caracteres fuertes que son capaces de discernir y cumplir las grandes misiones de la vida ¡¡Qué el combate no es para los débiles!!

En medio del combate y sólo en medio de él sabremos quienes somos realmente y qué estamos llamados a ser. Hasta la víspera del combate final, sólo podemos hacer estentóreas declaraciones de nuestro valer. ¿Pero mañana seremos capaces de entrar en el campo de batalla, pelear y vencer? Cuando esta arrecia, cuando la huida es ya imposible, cuando los amigos se apretujan dando formidables mandobles por doquier, sólo ahí es cuando las dudas son remplazadas por las certezas vitales. La vida de un hombre es lucha para Pablo de Tarso. Por eso Amado Nervo reserva para el combate final la exclamación convencida: "Murieron los QUIEN SABE, callaron los QUIZA: el corazón es copa de amor, en donde cabe todo el divino vino que la esperanza da. No ignora ya la nave qué rumbo seguirá ni desconoce el ave dónde su nido está. Murieron los QUIEN SABE, callaron los QUIZA".

Para el poeta la alegría de la vida parece revelarse en la donación que supone elevarse a alturas que sólo puede alcanzar el poderoso espíritu humano. Se nos invita así a que al "decir "amor", "dolores", "muerte", digámoslo en verdad, con amor, con dolores y con muerte". Se trata de vivir la vida a fondo, abismo y cisma siempre juntos. Vivir hasta la hora postrera en que, atreviéndonos a ver la faz augusta y triste de la muerte, alcemos los ojos y encontremos a Dios. "Elevación", pues, de Amado Nervo, poeta mexicano y latinoamericano inmortal.



Dos extraños sueños



La noche que conversé con Allende y Frei²

Introducción: Una noche triste en el Café Brown

Detrás del edificio del Ministerio de Minería se ubica el Café Brown. Es un lugar de estilo americano (norteamericano me refiero) donde se comen nutritivas ensaladas "lights". Delante de la mole de hormigón inexpugnable, que es el ministerio antedicho, se ubica la Plaza de La Constitución y La Moneda. Concurrí allí una noche de invierno a conversar con mis amigos de los ochenta. Ya más viejos y cansados, al calor de las cervezas importadas de México, Alemania y Bolivia, la nostalgia nos embargó. La hechicera de la medianoche nos asaltó cuando el

² Publicado por la revista de la Fundación Ideas: Creaciones Ciudadanas.

alcohol hacía estragos en nuestras agotadas neuronas de final de semana laboral. Volvimos sobre nuestros recuerdos del movimiento juvenil de los ochenta y de la apatía política juvenil actual. Todo terminó cuando Yerko miró su reloj y recordó nuestros deberes conyugales y paternos. Era tiempo de separarnos.

Solo ya y en busca de un taxi, dirigí mis zigzagueantes pasos rumbo a la Plaza de la Constitución. El frío y la niebla nocturna caían con fuerza. A pasos rápidos quise atravesar la plaza. Extrema sería mi turbación cuando se acercó un hombre de porte distinguido y me llamó por mi nombre: "Sergio, necesito hablar con usted". "Disculpe señor", le dije, "pero no creo conocerlo". Lanzó una sonora carcajada, se puso de perfil y con la mano derecha indicando su nariz me dijo socarrón: "¿No me reconoce?". ¡Claro! ¡Era Eduardo Frei Montalva!

De cómo Frei me preguntó por la crisis global de la política

"No se asuste", me dijo. "Soy sólo un fantasma cívico que no hace mal a nadie. Piense que le está hablando a la estatua, ésa que usted ve allí". "Don Eduardo", pregunté tembloroso, "¿en qué puedo ayudarle?". Me contestó cierto: "Fácil, explíqueme por qué más de un millón de jóvenes no se ha inscrito en los registros electorales y no quieren ser

ciudadanos. ¿Es cierto que hay una crisis universal de la política". Se cruzó de brazos, y me miró desafiante.

"Don Eduardo, lo que pasa es que la política vive una crisis global. Los filósofos franceses, muertos ya, Althusser y Marcuse, que tantos dolores de cabeza le dieron en su gobierno inspirando a los jóvenes del Mapu, han proclamado la muerte de los metarrelatos. Es la condición posmoderna. Ya no hay una utopía política por la cual soñar ni menos trabajar y morir. Desde Roma, Maritain, su nueva cristianidad y el socialcristianismo han sido reemplazados por una jerarquía más bien preocupada del secularismo y de la crisis moral que se ubica entre las piernas. Desde Washington, Fukuyama proclama el fin de la historia: no hay alternativa filosófica a la economía de mercado ni a la democracia liberal. Desde Alemania, Luhmann señala que la complejidad sistémica es tan alta y es tal la autonomía de la economía, que la política ya no es el centro ordenador de la sociedad".

Paré de hablar y tomé aire. Miré a Frei, que encendía ágil con la mano derecha un puro que colgaba de sus labios. Me miró y agitó su mano izquierda hacia el cielo, como alentándome a que siguiera.

Inspiré fuerte, invoqué a Atenea y continué. "Desde España, Castells nos ha señalado que, bajo la globalización, la política y el Estado siguen siendo irremediablemente locales, mientras el capital financiero fluye libremente por todo el

mundo. El poder se aleja electrónicamente de la política. Las empresas multinacionales, los grandes conglomerados mediáticos como CNN, me refiero a los medios de comunicación social, don Eduardo, y los gigantescos movimientos corporativos, ninguno de ellos democráticos, tienen más poder que el Estado y los partidos políticos”.

Tragué saliva. “No es raro entonces que la gente, el pueblo, Don Eduardo, no crea en la política. Además, Sartori ha denunciado al ciudadano que se ha privatizado en la televisión. Este está reducido a ser consumidor de una superoferta de pasatiempos fútiles. Y, por otro lado, el burgués ha sido reemplazado por un verdadero gladiador en búsqueda de un trabajo cada vez más esquivo e inestable. Imagínese, en Gran Bretaña, hace veinte años atrás, el 80% de los empleos eran del tipo 40/40 (semana laboral de cuarenta horas por cuarenta años) y con protección social. Hoy ese tipo de empleos es del 30%. En Chile el Estado maneja menos del 23% del PIB, lo que hace que para los ciudadanos sea mucho más importante el mercado y la economía privada que la política estatal. Si a eso agrega el individualismo que disocia a la familia, la clase social, el partido político y la nación, la crisis es total. Don Eduardo, no es extraño que los jóvenes, más atentos a los nuevos tiempos, lo adviertan y ...”.

“Flaco”, gritó alguien desde el otro extremo de la Plaza de la Constitución. Interrumpido mi lamentable alegato, giré la cabeza hacia el lugar desde donde provenía la voz. Era Allende, que se bajaba ágilmente de su estatua que buscaba inmortalizarlo.

De cómo Allende se burló de mí, a propósito de la crisis nacional de la política

Un alegre Allende cruzó a grandes zancadas la plaza, abrazó a Frei y se rió. “Flaco. Ya estás nuevamente de intelectual. Deja tranquilo a este citador de pensadores abstrusos y más bien pídele que hable de los jóvenes chilenos, los de carne y hueso. Porque su explicación me ha parecido como aquellas del materialismo dialéctico de mis tiempos”.

“Muy bien Salvador, es todo tuyo”, señaló Frei y me invitó a contestar a Allende.

Francamente mareado, ya no por el alcohol sino que por esa extraña tertulia republicana, alegué. “Es cierto que mis razones parecen lejanas y teóricas, pero no lo son. Chile siempre se ha visto fuertemente expuesto a los procesos mundiales de cambio. En 1958 sólo había seis regímenes autoritarios en América Latina que saltaron a dieciseis tras la guerra fría que reventó en Sierra Maestra. Ustedes saben bien el daño que nos hizo el factor ideológico mundial”. Se

miraron entristecidos. Había golpeado a los amigos que jugaban pimpón en el Algarrobo de fines de los años cincuenta y que tanto se habían separado en los sesenta.

Continué, avergonzado por mi artero golpe retórico: “Pero, ciertamente, hay factores nacionales que explican nuestra crisis de la política. En 1988, un 64% de los chilenos creía siempre en la democracia y hoy es sólo un 45,2%. Y el padrón electoral de 1988 estaba integrado en un 21,16% por jóvenes entre 18 y 24 años. Y hoy ese porcentaje es de sólo un 7,32%. Hay una decepción con la democracia. Por cierto, en 1989 la gente evaluaba una democracia que sólo existía en sus corazones y hoy la democracia es una realidad humana como todas. Siempre lejana del ideal. No es raro, entonces, una cierta frustración”.

“Cierto”, me dijo Allende. “Pero cada vez que vienen a hacerme homenajes ante mi estatua, los oradores se extienden acerca de las promesas incumplidas de la democracia. Alegan de la falta de subordinación militar al poder civil. Jorge Alessandri, cada vez que escucha esto, me recuerda desde su estatua, que él estuvo en contra de la inamovilidad de los Comandantes en Jefe. Luego está el tema de las violaciones a los derechos humanos no sancionados y los enclaves autoritarios no eliminados”.

Y extendiendo sus brazos al cielo, un histriónico Allende, exclamó: “Y para qué le cuento la cantidad de discursos

acerca de las desigualdades. ¿No se pudo ir más rápido en esta transición y consolidación democráticas que parece haber sido realizada a cámara lenta? ¿No puede el Estado jugar un papel claro para potenciar el desarrollo del país y hacer una más justa redistribución de la riqueza? Si hasta Don Jorge se decía socialista en materias de previsión social y Nixon keynesiano. ¿Es cierto que Bush jr. acaba de invertir doscientos mil millones de dólares en subsidios? Incluso me han dicho que la economía española, bajo el Partido Popular, es controlada en un 42% por el Estado”.

Veía que Don Salvador no había perdido su tiempo desde la fatídica mañana de septiembre de 1973. Seguía doliéndole Chile. Le dije: “Don Salvador, hemos tenido la transición que el pueblo de Chile quiso. Entre 1983 y 1987 se desarrolló una singular batalla por recuperar la democracia. La Alianza Democrática con Gabriel Valdés a la cabeza apostó –nada menos– por una Asamblea Constituyente, la renuncia de Pinochet y un gobierno de centro-izquierda. ¿Lo supo?”

“Sí. ¿Y por qué ello no fue posible?”, Insistió Allende.

“Las razones son muchas. El Partido Comunista, MDP mediante, se dedicó a internar armas, intentar el tiranicidio (cuya legitimidad era motivo de acalorados debates académicos) y dividir a la oposición. La Democracia Cristiana se encontraba –¿cuando no?– dividida frontalmente por la estrategia para salir de la dictadura. “Guatones y chascones” se

llamaban (con dudoso gusto). Los socialistas, cada uno de ellos, se dividían por dos. Los colegios profesionales y las clases medias se asustaron por el tenor de las protestas sociales de 1983. Los Sindicatos, gremios y organizaciones sociales eran débiles. ¿Qué más se les podía pedir que lo que hicieron hasta la Asamblea de la Civilidad? La derecha empresarial y el sólido tercio de la derecha política, como no sabían acerca de la mayoría de las violaciones a los derechos humanos (¿?), profitando como lo hacían de las privatizaciones y no durmiendo bien recordando a la Unidad Popular, no dejaron nunca de apoyar al General Pinochet”.

“Las Fuerzas Armadas no dudaron un minuto. Eso de los militares “duros y blandos” es un invento de transitólogos norteamericanos. La represión siempre fue muy, muy dura. A nivel mundial, los Estados Unidos de Reagan no iban a aguantar una nueva Nicaragua (y menos el Vaticano de Juan Pablo II). La Unión Soviética no iba a hacer por la izquierda chilena lo que no hizo por Salvador Allende. Menos un confundido Gorbachov. Así vistas las cosas, se hizo lo que se pudo. No fue nada de malo el resultado. Y así estamos”.

Allende me miró y sentencioso exclamó: “Ya lo dijo Marx. Los hombres hacen la historia, pero no en las condiciones que libremente eligen”.

Un largo silencio se produjo. La helada caía triste sobre las poblaciones y campamentos de un Santiago aún tercermundista.

Pero las sorpresas no terminarían allí. Un galope de caballo se escuchó por Morandé. Frei gritó, "Mira Salvador, es Manuel Bulnes, el que se incorpora". Alcancé a hacerme a un lado. El fogoso corcel del Presidente Bulnes pasó a centímetros de mi cuerpo.

De cómo Bulnes reflexionó sobre la crisis local de la política

Siempre de mal genio, espetó don Manuel "Por Dios, Eduardo y Salvador ¡cómo han cambiado los tiempos! En esta remodelada plaza ya no hay dónde abrevar a un caballo y dejarlo quieto y amarrado. Qué diría el colorín de Don Bernardo O'Higgins. A propósito –confidenció casi susurrando– lo dejé haciendo una arenga patriótica frente a su alameda de las delicias. Sigue con su obsesión por Magallanes, el congreso ecuménico mundial y la reforma de la educación".

Don Manuel me miró y dijo severo, "He escuchado vuestra conversación. Y creo que os equivocáis. La gente que pasa corriendo todo los días bajo mi estatua, habla de otras cosas. Siempre lo mismo. La política es una plaga

bíblica que hace salir sapos y culebras del ciudadano medio. Se les acusa de acordarse de la gente sólo durante las elecciones y después no aparecerse más, que siempre gobiernan a su favor, mientras los de abajo no reciben nada. ¿Qué opináis, ciudadano chileno del siglo XXI?”

Apuntándome con su espada, desde su alto corcel, no me dejaba alternativa. Debía contestar. No lo dudé. Era el momento de cobrar una vieja deuda penquista.

“La culpa es suya, Don Manuel. Usted, en Loncomilla, derrotó a su primo Don José María de la Cruz y acabó con el poder del sur de Chile. Don Manuel Montt acabó con el poder del norte en 1859. Así las cosas, el poder político se radicó en Santiago y se alejó irremediamente de la gente”.

Hidalgamente don Manuel Bulnes me contestó. “Cierto, pero si no hubiese actuado como lo hice, nuestra naciente república pudo haber terminado como otros pueblos latinoamericanos, destrozados por el caudillismo militar y las frondas regionalistas. ¡Quedar en manos de José Manuel Infante y su federalismo valdiviano, jamás! ¿Ese Ménem, no viene de La Rioja? Pero debo reconocer que el precio fue alto. Mis queridos Yumbel y Rere duermen una larga siesta provinciana. Y aquí en Santiago hay más de seis millones de habitantes. Una monstruosidad”.

Envalentonado, continué con mis explicaciones acerca de la crisis de la política. Ahora abordaba las causas lo-

cales. "A la centralización política se suma el problema del tamaño. Ya Montesquieu dijo que la república solo era posible en países dotados de pequeñas poblaciones. Si todos los ciudadanos de Concepción fuesen 10.000 y quisiesen hablar diez minutos cada uno, esa asamblea democrática duraría 208 días de ocho horas diarias de debate sólo para escucharse. Y si los representantes quisiesen escuchar los problemas de cada uno de sus diez mil electores, para solucionar sus problemas concretos, se pasarían 1667 horas en ello. Pero la gente pide contacto cara a cara y no falta el demagógico que lo ofrece", concluí.

Del renacer republicano y del fin de tan extraordinaria noche con la llegada de Camilo Henríquez

Don Manuel se quedó divagando acerca de cómo un país de quince millones de habitantes podía gobernarse democráticamente. No le cabía en la cabeza. Allende cavilaba acerca del papel del Estado y de la superación de las desigualdades en un mundo globalizado y de economía de mercado transnacionalizada. Frei estaba enojado con lo que él juzgaba un retroceso del papel del cristianismo en la construcción de una sociedad más justa. ¡Volver al ritualismo y al rigorismo!, gritaba.

Y yo, callado, nunca me había sentido más pequeño ante estos gigantes de la política y de la historia patria. La cabeza me daba vueltas y el estómago y mi hígado protestaban.

Una voz desde un pasado aún más lejano se hizo oír. Lo reconocí inmediatamente. Era Fray Camilo Henríquez que, con un sucio trapo, intentaba limpiarse sus manos llenas de tinta.

No había cambiado nada. Llegó nadando contra la corriente. Extendiendo un periódico nos dijo: “¡Qué selecto grupo! Les entrego el primer número de la Aurora de Chile del Bicentenario. He decidido volver a imprimirla. Vengo de La Biblioteca Nacional y debo decirles que mi vieja imprenta funciona maravillosamente bien. Siempre tan fiel. Lo hago porque ya no hay un Monitor Araucano ni nada que se le parezca. Nadie difunde nuestras ideas libertarias, republicanas y patrióticas. La superficialidad de la prensa es algo atroz. Y no veo mucha libertad en ella. Tanto luchar y llegar a esto”.

Agregó con igual seguridad; “y con respecto a vuestro debate, les voy a decir que confíen más en la libertad humana. Escuchando a este relator de problemas, parece que la capacidad de acción ciudadana ha quedado reducida a cero. Que incluso todos juntos son impotentes ante las leyes de la sociedad y los poderes de los otros. Parece que Ud. cree que la política la hacen los otros, los empresarios,

las transnacionales, los medios de comunicación social, los poderosos. Recuerdo a los que nos decían que era ley de la naturaleza el hecho de que uno mandara y todos los demás obedecieran. Que así funcionaba el cuerpo humano, los seres animados del mundo natural y el sistema solar que giraba en torno a un único sol. La retórica de la intransigencia que se opone a todo cambio”.

Y continuó, “Cuando los patriotas de la gran nación americana del mundo hicieron su revolución y dictaron su Constitución republicana, se inspiraron en los romanos, pues no tenían a quién imitar. Lo crearon todo de la nada. Y los patriotas de 1810 hicimos algo igual, con el agravante de que al éxito de Estados Unidos se sumó el terrorífico fracaso de la revolución francesa. ¡Qué de dudas y miedos!”.

Un Camilo inspirado alegó a favor de la libertad y contra todo determinismo. “No me gusta Homero, pues no creía en la libertad. Para él, los seres humanos no éramos más que marionetas impulsadas por los juegos de dioses inmortales. Tampoco me gustan los que nos ven como esclavos de leyes sociales, económicas, naturales o psicológicas inescapables, irreversibles e inevitables. Por eso me inspiraron de joven los profetas del Antiguo Testamento, que recorrían los desiertos proclamando que Dios amaba tanto la libertad del hombre y de la mujer que prefería soportar el pecado y el mal antes de hacernos unos autómatas de la bondad”.

Eduardo Frei enardecido agregó: “Camilo, si me permites, debo agregar que sobre todo hay que creer en la libertad en tiempos de crisis. En momentos en que el viejo mundo no termina de morir y el nuevo mundo no termina de nacer hay que volver a nacer. Cuando las viejas recetas no sirven, necesitamos de ciudadanos libres, que asuman riesgos y opten por nuevas preguntas y nuevas respuestas. Cuando el pesimismo cunde, necesitamos líderes y ciudadanos inspirados”.

“Así es, pues mientras haya dos ciudadanos decidimos, aún tendremos Patria”. Al borde del desmayo, escuché al romántico de Manuel Rodríguez arengar a una plaza llena de fantasmas del pasado. Desde la Caja del Seguro Obrero los jóvenes se sumaban a esta conmemoración. Desde el interior de una humeante Moneda, los allendistas de ayer se volvían a saludar. No faltaban los sindicalistas y los socialcristianos de los veinte. Y así fue que, por un instante robado de la eternidad, una plaza volvió a llenarse de héroes y villanos, patriotas y ciudadanos.

Camilo retomó la conversación, y remachó, desafiante y orgulloso: “Así acabamos con quinientos años de monarquía y sentamos los cimientos de una república que existía sólo en los sueños de José Miguel Carrera en 1811. Leer los signos de los tiempos y lanzarse a recrear la libertad republicana, ésa que dice que sólo es libre el que se somete

a la ley que él mismo contribuyó a promulgar. Nada de dejarse abatir por el poder de los otros. Cuando dos o más actúan en concierto, ahí surge el poder político. Grandes palabras y grandes hechos”.

Don Manuel Bulnes, aplaudió las palabras del sacerdote libertario y expresó: “Es tiempo ya de acabar con esta plática. El frío es insoportable. Me recuerda la cordillera en el Alto Bío Bío. Los invito al Club de la Unión, a jugar a las cartas y tomar un buen vaso de vino. ¿Me acompañan caballeros? Y con respecto a vos –me dijo nuevamente apuntándome con su espada, esa mala costumbre de General victorioso– sólo os digo que nosotros ya cumplimos con nuestros deberes y es tiempo ya de que vosotros retoméis las tareas de la República de Chile. No creo que ellas sean más grandes que las de 1810, 1849, 1891 o 1929”.

Don Camilo me gritó cuando se perdían frente a la Bolsa de Santiago, “Diles a los jóvenes que no cometan el error de cruzarse de brazos. Tendrán una eternidad para arrepentirse”. Lo dijo, me dio la espalda y puso sus brazos sobre los hombros de Frei y Allende. Manuel Bulnes, a caballo, ya les llevaba amplia ventaja.

Y yo, poniendo por escrito mis recuerdos de tan extraordinaria noche, doy por cumplido mi deber de escribano y espero ahora su reacción, paciente lector.



Un raro sueño latinoamericano

Hoy por hoy no es cosa fácil ser latinoamericano y conciliar el sueño. Un viernes por la noche fui a ver una película francesa, en un multicine de una cadena norteamericana en medio de un bullicio “mall”. Al llegar a casa tuve la mala idea de encender la TV y ver por CNN la tragedia venezolana. Los últimos tres años han recibido cien mil millones de dólares en exportaciones de crudo, pero la población es pobre y ya llevan cuatro huelgas generales con violencia social e inestabilidad política. Me quedé dormido con el televisor encendido. Fue el momento en que lo realmente extraordinario irrumpió en mi noche de desasosiego latino e indoamericano.

Me soñé de lustrabotas en un extraño cielo. Estaba en un bello comedor colonial, de austeras y anchas paredes blancas. Me encontraba claramente en otra época, en otro

mundo donde ya no había muerte. El salón se encontraba iluminado por velas. Bajo la enorme mesa de roble, donde arrodillado y con dificultad me desplazaba, entre betunes negros y relucientes paños, lustraba negras y largas botas. Estas estaban llenas de polvo y barro de la Cordillera de Los Andes, de los llanos del Maipo, de la alta sierra peruana, de las cálidas tierras cuayaquileñas, bogotanas, caraqueñas y mexicanas. Una alegría embargó mi ánimo: ¡Me encontraba lustrando las botas de los Libertadores de 1810!

Impertinente, agucé el oído para escuchar lo que conversaban. Más bien, mirando hacia arriba, veía sus rostros y no oía más que un elocuente silencio. Discretamente me levanté y los contemplé. Ninguno de ellos hablaba, ni bebían ni comían los exquisitos vinos y platos latinoamericanos que cubrían la mesa.

Razones tenían para estar silenciosos. Don José de San Martín murió en el exilio, doblemente viudo: de su mujer y de su Argentina. Su hija Mercedes lo salvó de la desesperación de una patria controlada por tiranos y disputas fratricidas. Francisco de Miranda es sometido a prisión y muerte final en su tierra que soñó libre y murió contemplándola oprimida. Simón Bolívar terminó reclamando en contra de "... esos legisladores (...) nos van a conducir a la anarquía, y después a la tiranía, y siempre a la ruina...".

Don Bernardo O'Higgins se hizo enterrar descalzo, vestido de franciscano, con un cinto anudándole el hábito del penitente franciscano. Murió solo y exiliado en Lima. Los sacerdotes católicos Camilo Henríquez, Miguel Hidalgo y José María Morelos murieron igualmente incomprendidos. El primero abandonó sus queridos hábitos y los otros fueron fusilados. Ellos que habían luchado por "... nuestra libertad, nuestras costumbres, todo lo que consideramos precioso y sagrado". Y así se les había pagado. José Sucre murió asesinado dejando tras de sí Ayacucho y Bolivia. Atravesando la sierra, para simplemente lanzarse a los brazos de su amante, fue traicionado y asesinado.

Pensé sobrecogido que quizás su dolor no nacía del pasado, sino que del duro presente ¿Sabrán ellos los amargos momentos que vive la patria grande, la latinoamericana? ¿Sabrán de los 39% de hogares pobres –200 millones de pobres– en la tierra que Pablo Neruda describió como de ríos arteriales y pampas planetarias? ¿Entenderían que los últimos veinte años, América Latina se ha empequeñecido económicamente, con respecto ya no sólo a Europa y América del Norte, sino que del sudeste asiático y Oceanía?

¿Sus semblantes esconderían el dolor de saber que más de un diez por ciento de argentinos, ecuatorianos, cubanos, mexicanos y salvadoreños viven fuera del hogar? ¿Y qué dirían de los 35 millones de hispano parlantes que

viven en la tierra de Abraham Lincoln? ¿Sentirían el dolor del trasplantado: “Volver no tiene sentido, tampoco vivir aquí?”. ¿Se reirían al saber que la mayor industria cultural de música ranchera se encuentra en Los Ángeles, California, donde habitan siete millones de latinos? ¿Miami, capital de América Latina?

¿Y qué opinarían al saber que los millones de mexicanos que habitan en Estados Unidos envían remesas por más de 9.273 millones de dólares anuales a sus parientes que dejaron en la patria de Benito Juárez? ¿Qué dirían de la deuda externa que de 16 mil millones en 1970 saltó a 750 mil millones el 2000? ¿Recordaría Don Bernardo el préstamo de Irisarri, que quebró la república? Deuda externa inagotable pues ya ha sido tres veces pagada por nuestros angustiados Estados ¿Sabrían que cada campesino o indígena latinoamericano nace con una deuda de 1550 dólares, que equivale a sus ingresos de cinco a diez años? ¿Sabrían de los veinte mil muertos en Colombia por culpa del narcotráfico que utiliza 12 países de la región para la producción y/o traslado de la droga? ¿Y qué decir de los nueve millones de niños pobres en la Argentina, la de las pampas y riquezas planetarias?

Qué lejos aún del sueño bolivariano de Angostura de 1819: “América que constituiría la mayor nación de la Tierra, no tanto por su extensión, como por su libertad y su gloria”.

Mientras cavilaba, alguien tocó la puerta. El mayor de todos ellos, Francisco de Miranda, se paró y con apresurado paso llegó a la puerta y la abrió. Y con alegría abrazó al recién llegado: ¡Qué felicidad que hayas llegado. Te estábamos esperando!

Irrumpió Bartolomé de Las Casas. “Vengo de Verapaz”, dijo. “Allí el sueño de la hermandad sigue gobernando, como lo hace en las misiones de los jesuitas en Paraguay. Mucha sangre latinoamericana se ha derramado, pero somos infinitamente más pacíficos que europeos, rusos, chinos y norteamericanos que cuando se involucran en guerras, los muertos suman decenas de millones”. Dicho lo cual, se sentó al lado de Camilo Henríquez, Miguel Hidalgo y José María Morelos.

Luego entró José Santos Ossa, quien señaló a Francisco de Miranda. “Los latinoamericanos somos unos mendigos, pero estamos sentados sobre una montaña de riqueza. Y cada vez más veo a nuestros pueblos educados y superando el analfabetismo de ayer”. Concluyó sentenciado: “Somos ricos y estamos destinados a grandes cosas”. Un alegre Francisco de Miranda lo abrazó y le indicó un puesto al lado del líder de la nación continental. Pedro de Braganza lo recibió gustoso.

Sor Juana Inés de la Cruz reclamó el lugar en la mesa para poetas y literatos universales. Venía de respirar la cultura

de más de cien millones de mexicanos, ciento setenta millones de brasileños y de decenas de millones de latinoamericanos que han hecho surgir cultura y música tan vasta como el reggae por el norte y el melancólico tango por el sur. Y reclamó con fuerza "Ya hay más de doscientos mil licenciados y posgraduados mexicanos en Estados Unidos que empiezan a ser elegidos alcaldes y representantes. ¡¡Aprendamos entonces portugués y bebamos de la cultura de nuestros hermanos!!" Bolívar la recibió gustoso.

Luego irrumpieron un colorido grupo de razas y pueblos. "Representamos -dijeron- la vivencia compartida entre distintas etnias y razas, convivencia que no deja de impresionar al mundo entero". Cuauhtémoc se les unió reclamando. "Los que creen que nuestras culturas han sido asesinadas por el acero y la enfermedad, que vean su fuerza en las tierras de México y Guatemala". Don Bernardo los acogió con agrado.

Finalmente entraron una multitud infinita de cristianos y hombres y mujeres de fe encabezados por Fray Martín de Porres, el patrono latinoamericano de la justicia social. Con fuerte voz sostuvo, "Pobres, pero creyentes, llegará un día en que el futuro del cristianismo será latinoamericano o no será. América Latina donde los pobres sufren tanto, siguen creyendo alegremente. La esperanza es posible pues aquí campesinos, indígenas y marginados no son

canonizados por millones porque no lo necesitan". La situación se hizo inmanejable y la comida se transformó en bulliciosa fiesta.

De repente, un niño indígena se arrodilló buscando una pelota de trapo con la que jugaba. Sorprendido me descubrió oculto bajo la mesa. Transpiré helado. ¿Qué sería de mí?

Me desperté agitado. CNN seguía transmitiendo los horrores latinoamericanos... Me dirigí a mi habitación. "Mañana escribiré una líneas llamando al pensamiento y la acción en mi bello continente", pensé.

Me reí en silencio de mis pretenciosas labores futuras. Mi mullida cama me recibió cálidamente.

